

EN ÓRBITA



W. H. Fear

OPERACIÓN SATÉLITE

Andreu



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



W. H.Fear

Operación Satélite

Título de la obra en inglés: **OPERATION SATELITE**

Traducción: F. Cazorla

Por**tada:** Andreu

CAPITULO I

EL SATELITE TRIPULADO

No parecía aquel hombre, la persona a quien alguien desease matar. Era un hombre pequeño, rechoncho, de mejillas rubicundas y con la cabeza cubierta por una cabellera blanca como la nieve, que aparecía escondida bajo un flexible sombrero de fieltro. Por su aire, parecía casi fuera de lugar, embutido en un largo abrigo negro, corbata negra y pantalones a rayas negras. Llevaba un paraguas enrollado en la mano, que le servía de bastón.

A pesar de todo, la escena estaba preparada para un asesinato.

El regordete hombrecito, deambulaba a lo largo de la amplia calle, pareciendo no ver nada, ni las gentes que se dirigían a sus trabajos en las grandes factorías, en los turnos de noche, ni a las gentes más acomodadas que iban a sus hogares o bien a llenar cines y teatros.

Era como sí aquel señor pequeñito se paseara por un mundo que le perteneciese por completo y cuyos pensamientos, en aquel momento, se hallaran a millones de millas lejos de la ciudad de Manchester y del industrioso Norte de Inglaterra.

A unas cincuenta yardas más le]os, sobre el mismo sentido de la calle, un gran coche negro, cerrado, esperaba con el motor en marcha silenciosamente, ocupado por el conductor y los pasajeros, envueltos por una obscuridad casi absoluta, a no ser por el resplandor rojizo de sus cigarrillos. Quedaban casi invisibles detrás de las ventanillas del automóvil.

Algo más abajo, y en la misma calle, en aquel momento, se hallaba envuelto por la luz de la ventana de una tienda un Joven vestido con una chaqueta de sport de piel de ciervo y unos pantalones marrones. Era un chico de agradable presencia y hermosas facciones, que completaba con una abundante y sedosa cabellera bien peinada. Fumaba un cigarrillo medio consumido, que pendía del centro de su boca.

El ruido de la multitud se habla apagado y cuando el señor bajito pasó frente a él, el ruido de sus pasos resonó fuertemente sobre el duro pavimento, y el eco de sus pisadas pareció el anuncio de una próxima sentencia de muerte.

El joven que se hallaba bajo la ventana iluminada, lanzó la colilla de su cigarrillo al arroyo en el preciso momento en que el anciano del sombrero negro se hallaba al nivel del coche con el motor en marcha.

Las chispas rojizas de los cigarrillos del interior del coche, se apagaron súbitamente al aproximarse el señor bajito, que, de repente, quedó deslumbrado por los potentes faros del automóvil.

Y el potente coche, aceleró también, de repente, su poderoso motor.

Diabólicamente manejado por el conductor, un tipo de duras facciones, salió disparado desde el bordillo de la acera. El joven se volvió rápidamente al oír el súbito arranque del coche y sus pupilas se dilataron de horror al ver el negro monstruo mecánico lanzarse a toda marcha sobre el viejo caballero, con la clara intención de aplastarlo. El anciano se revolvió al verse envuelto por el haz luminoso de los faros y un grito de terror se le ahogó en la garganta.

El joven de la chaqueta de piel de ciervo, se lanzó de un salto hacia adelante, como sí tuviera alas en los pies y en una fracción de segundo pudo hacer presa con sus dedos ágiles en el pecho del anciano. El rugiente automóvil ya se hallaba sobre ellos en aquel preciso instante. Los dos peatones se vieron lanzados uno contra otro sobre la baja pared que ostentaba la ventana iluminada de la tienda, donde habla permanecido momentos antes el joven, experimentando éste, al caer arrollado, un fuerte golpe en la parte superior del brazo.

El coche negro, ya había pasado como un relámpago encontrándose ambos hombres hacinados sobre la acera. El joven se puso en pie trabajosamente, palpándose con el brazo sano el que tenía herido. Dirigió su vista hacia el coche asesino, pudiendo sólo ver, en el último Instante, los pilotos traseros que se perdían en la obscuridad.

El hombrecito rechoncho, se incorporó entonces, sosteniendo el estropeado sombrero con manos temblorosas, con el rostro cubierto de una palidez mortal, y del que hablan desaparecido los puntos sonrosados de sus mejillas.

El joven flexionaba una y otra vez su brazo golpeado y se volvió hacia el anciano, rescatado de la muerte, preguntándole con una voz agradable y de tono educado, a pesar del dolor que sufría:

—¿Se encuentra bien, profesor Kelland? Ese cerdo canalla no le habrá herido, ¿verdad?

El hombrecito a quien llamaban profesor Kelland se humedeció los labios con la lengua y trató de esbozar una débil sonrisa.

—Sí... ah... sí. Eso creo, Joven; pero yo...

En aquel instante un policía apareció junto a ellos. Venia corriendo y, al llegar junto al grupo, preguntó ansiosamente:

—¿Están ustedes bien, señores? ¿Les ha herido el automóvil?

—Sí, creo que estamos bien, oficial, o al menos... —Y se volvió hacia el Joven que le había salvado en el último instante—. ¿Qué tal se encuentra usted, mi Joven amigo? ¿Está usted herido?

El chico se palpó nuevamente el brazo y murmuró dolorosamente:

—Creo que la delantera del capot de ese maldito coche me ha dado un soberano batacazo —repuso—. Pero creo que no me ha roto ningún hueso... espero que no.

El policía se rascó pensativamente la mejilla.

—Alguno de ustedes ha podido anotar el número de matrícula del coche? —preguntó esperanzado—. Sería posible detenerlo y hacerle responsable de la fechoría.

—Por favor, no se moleste.—El profesor sonrió suavemente y volvió la cabeza hacia el joven—. A menos que este joven lo desee...

—No, no, en absoluto, profesor —replicó el chico—. Me alegro de haberle sido útil.

—Entonces, no es necesario que se moleste usted más, agente —dijo el hombrecito regordete—. Estos puercos de la carretera son un peligro por todas partes ¿no está usted de acuerdo?

Y se volvió hacia su salvador…

—Mi piso se encuentra cerca de aquí, joven amigo. Estarla encantado sí usted quisiera acompañarme. Lo menos que puedo hacer por usted es ofrecerle un trago en casa y que mi asistente vea cómo tiene usted ese brazo. Wetherby es un auxiliar bien calificado para prestar un primer socorro. Supongo que no le molestará.

—Como usted quiera, profesor.

El joven encogió sus amplios hombros y echó a andar Junto al anciano profesor. Al alejarse del lugar del accidente, el profesor levantó el paraguas sobre su cabeza, como un saludo de despedida hacia el agente de policía.

—Buenas noches, agente —dijo—. No se preocupe usted por esto, tendrá usted seguramente, otras cosas más importantes de que ocuparse.

El hogar del profesor Kelland, se hallaba en un bloque de pisos de excelente y moderna construcción, en la calle de Jarrold, al que daba acceso una amplia escalera de mármol, en la puerta principal, ampliamente iluminada.

Al entrar, seguido por el hombre que acababa de salvarle la vida, un portero nocturno hizo un gesto para reconocer al visitante desde su pupitre, en el vestíbulo y con un somnoliento gesto de cabeza, murmuró:

—Buenas noches, profesor.

El profesor se inclinó atentamente hacia él y repuso con suavidad:

—Buenas noches, George. —Y señaló con un dedo al Joven, como indicación de que iba en su compañía.

Ambos entraron en el ascensor, que les condujo al tercer piso del edificio. La segunda puerta a la derecha, mostraba una placa con el nombre del profesor Henry Kelland. El profesor se adelantó, y tocó el timbre. Se volvió al joven y le dijo con agradable sonrisa:

—Tengo una llave, por supuesto: pero a mi sirviente le gusta venir a abrirme personalmente. El buen Wetherby, cree que así cumple mejor sus funciones.

El joven aprobó con una sonrisa.

Al abrirse la puerta del piso, apareció un verdadero gigante de hombre, rematado por un gran mechón de cabellos amarillos, bien cepillados contra su cráneo por alguna clase de brillantina barata. La primera impresión que cualquiera podía recibir de aquel sirviente, era la de que todo en él resultaba liso. La cara, la nariz y sus enormes orejas como coliflores, todo resultaba liso y cepillado, como su cabello.

Una amplia sonrisa cruzó por el rostro de Wetherby, a la vista del profesor, sonrisa que quedó extinguida, automáticamente, al reparar en el abrigo sucio de polvo y en el sombrero manchado y deshecho. Sus ojos, de color desvaído, se fijaron en el joven que acompañaba al profesor.

—Parece que ha debido ocurrirle algo, profesor Kelland. ¿Este hombre que le acompaña, es amigo suyo?

El anciano profesor, hizo un gesto al sirviente.

—No se preocupe, Wetherby, está bien. Ha sido golpeado hace un momento, cuando me salvaba la vida.

En el acto se dulcificó la expresión del sirviente del profesor Kelland, y se echó hacia un lado para dejar entrar a los dos hombres. Les acompañó a través de un pasillo, que desembocaba en una amplia y hermosa habitación, excelentemente amueblada, en la que ardía un agradable fuego, aunque no habla necesidad de él, debido a la buena temperatura ambiente.

El anciano profesor se quitó el abrigo, que se apresuró a recoger Wetherby y se dirigió hacia un mueble bar, en donde empezó a preparar dos vasos de whisky. Se dirigió cariñosamente al joven:

—Creo que todo va bien por el momento. Mientras preparo un trago, quizá permitirá usted a Wetherby, echarle un vistazo a su brazo, querido amigo.

—Pero... sí no es nada, profesor Kelland. Yo...

—Insisto —interrumpió el profesor—. Nunca se sabe qué complicaciones pueden seguir a un golpe, por pequeño que sea.

Mientras el joven se despojaba de la chaqueta de piel y se arrollaba la manga de la camisa, el profesor ya habla preparado dos abundantes whiskys. El sirviente examinó con cuidado el brazo y el hombro del Joven.

Wetherby farfulló alguna cosa incomprensible y remarcó después:

—No hay nada roto; pero hay un magullamiento infernal. ¿Qué le ha golpeado? ¿Una apisonadora?

El anciano profesor soltó una carcajada:

—¡No tanto como eso, Wetherby! Creo que ha sido la delantera de un automóvil que hace un rato trató de aplastarme en la calle.

Wetherby se volvió atónito:

—¿Dice usted que un coche... ha tratado de arrollarle... de matar a usted, profesor?

—Sí, creo que esa fue su intención, Wetherby.

El profesor sacudió lentamente la blanca cabeza.

—Pero este Joven, cuyo nombre aún ignoro, interpuso su mano salvadora

en el último instante, antes de que me aplastara.

Wetherby dijo con voz apagada:

—¿La Liga Antiespacial, profesor?

—Puede muy bien haber sido, Wetherby

—repuso el profesor.

El joven se mezcló entonces en la conversación.

—¿Dice usted la Liga Antiespacial, profesor? ¡Pero esa gente deben ser un racimo de imbéciles cavernícolas! ¿Serían capaces de querer matarle por el simple hecho de que usted intenta enviar un cohete tripulado por hombres, al espacio?

El anciano profesor, repuso con calma:

—La Liga Antiespacial puede que no sea tan dañina como usted imagina, joven. Exteriormente, parece ser eso que usted dice: un puñado de estúpidos con ideas prehistóricas y reaccionarias ante la Ciencia; pero más allá de todo eso, creo que se enmascara un asunto político de gran envergadura. Ciertas naciones desean evitar a toda costa que sea el Reino Unido, la primera nación que envíe seres humanos al espacio, como operación preliminar para un vuelo hacia la Luna.

El Joven miraba pensativamente mientras bebía el whisky que el profesor le había entregado momentos antes. Todavía apoyaba el vaso en sus labios, cuando el profesor continuó:

—Nadie sabe quiénes son los agentes de la Liga Antiespacial o de qué forma quieren atacamos. Por eso insistí en que me acompañara usted a mi piso.

El joven aparató el vaso, parpadeó confuso y dijo a Kelland:

—¿Debo rogarle que me perdone, señor?

El profesor sonrió fríamente:

—Usted es una persona completamente extraña para mí y con todo, usted conoce mi nombre. Cuando el coche pasó después de su criminal atentado, usted me preguntó sí me encontraba bien y me llamó por mi nombre. ¿Cómo sabía mi nombre y quién es usted?

El gigantesco sirviente se situó rápidamente cerca del joven de la chaqueta de piel de ciervo, con el cuerpo tenso y las piernas arqueadas bien apoyadas en el suelo, presto a entrar en acción, sí fuera preciso.

El chico puso el vaso de whisky en un mueble cercano, y repuso:

—Mi nombre es Bryant, profesor. Thomas Bryant. ¿Que cómo le conocía? Porque soy un técnico en motores de cohetes y trabajo en Westlake. Le conocí tan pronto como vi sus facciones.

Kelland repuso, con el mismo aire dubitativo:

—Hay cientos de personas trabajando en Westlake. Muy pocas me conocen personalmente, señor Bryant. Y a esas pocas personas las conozco yo muy bien. ¿Por qué es usted una persona extraña para mí?

Thomas Bryant sonrió serenamente, se rebuscó en los bolsillos de su chaqueta y mostró una carta de identidad especial, protegida por un estuche de

plástico, que entregó al anciano profesor.

—Aquí está, señor, mi pase especial de trabajo. Como verá por la fotografía y la filiación, este documento me identifica como a Thomas Bryant, técnico en cohetes.

El profesor estudió detenidamente el documento y al hombre Segundos después, devolvía al joven su carta de identidad con una apacible sonrisa.

—Necesito que me perdone usted, señor Bryant, por haber sospechado. Pero el hecho es que todos los que estamos directamente interesados en el proyecto del Satélite Tripulado, sabemos que la Liga Antiespacial no descansa y debemos permanecer con los ojos bien abiertos ante todas sus fechorías.

—Ya comprendo, profesor.

Tom Bryant se guardó el documento en un bolsillo interior y tomó asiento junto al fuego, sosteniendo en la mano, de nuevo, el vaso de whisky a medio consumir.

—Cuando construimos los motores para el satélite —dijo—, y se anunció que un equipo de técnicos sería elegible para formar parte de la tripulación del navío espacial, yo fui uno de los cuatro hombres que fueron sometidos a examen. Mi decepción al saber que había sido rechazado, no puede describirse, profesor. Habría dado veinte años de mi vida por haber sido el tercer hombre de la tripulación; el técnico que hubiese acompañado al comandante Maddocks y al doctor Lloyd.

—Arnold Bailey resultó ser más útil que usted, señor Bryant —repuso el profesor—. Sí, ahora me acuerdo de usted. Le recuerdo cuando vino usted al tribunal examinador en el ejercicio oral. Le presento mis disculpas por no haberlo recordado antes, señor Bryant.

—No es necesario que se disculpe, profesor —repuso Tom en tono lastimero—. Usted es un gran científico, señor, y el Satélite Tripulado necesita ocupar casi por completo, toda su atención. No tiene por qué recordar a uno de los candidatos fracasados para la plaza de técnico en el espacio. —Vaciló un momento, y continuó rápidamente—. Naturalmente, a ninguno se le dio explicación alguna de por qué había sido rehusado y comprendo que sea natural proceder así en un asunto tan secreto. Pero ¿no podría decírmelo confidencialmente usted, ahora, por favor?

El profesor Kelland Jugueteó con el vaso entre los dedos y tras una breve pausa respondió:

—En realidad, señor Bryant, recuerdo ahora el asunto perfectamente, tras las explicaciones que acaba usted de darme. Sí, se lo diré. Fue realmente, una especie de prueba difícil entre usted y Arnold Bailey. Ambos eran tipos físicamente perfectos. Ustedes dos fueron probados en la misma cámara de presión artificial de Westlake y sometidos a una presión de cinco veces superior a la normal, que es la que debe soportar la tripulación del Satélite, al ser lanzado. Usted conoce mis motores de hidrógeno-oxigeno igual que Bailey. Las matemáticas fueron el examen final. Y allí usted quedó el segundo, con relación a Bailey. Por esa razón él fue elegido para el viaje en

lugar de usted, señor Bryant.

Tom Bryant permaneció silencioso unos instantes. Se bebió de golpe el contenido restante en el vaso. Se puso en pie y alargó una mano al profesor.

—Bien, gracias por decirme la verdad, señor. Le quedo muy agradecido.

El profesor le hizo una señal para que volviera a sentarse y con un gesto, ordenó a Wetherby que llenase los vasos de nuevo.

—¿Por qué desea usted tanto viajar por el espacio, señor Bryant? —Preguntó con interés no disimulado—. ¿Cuál es la atracción que ejercen sobre usted las obscuras regiones del espacio exterior? Ya debe usted conocer la posibilidad de que la tripulación del Satélite no vuelva Jamás a la Tierra...

—¿Por qué no, señor? —repuso Bryant—. En la actualidad, sabemos que el hombre está en condiciones de vivir en el espacio, por un corto periodo por lo menos, durante el cual los rayos cósmicos procedentes del Sol, no ejercen una influencia tan terrible como imaginábamos antaño. Los rusos ya probaron que la vida es posible allá, cuando lanzaron sus perros a la alta atmósfera. Los americanos y nosotros, lo hemos comprobado posteriormente con monos. Sí un mono o un perro puede sobrevivir, ¿por qué no un hombre?

—¡Oh, sí, pueden vivir! —repuso el profesor con un rápido movimiento de cabeza—. Sin duda alguna. Las señales enviadas desde los primeros satélites prueban que los animales podían vivir hasta que los últimos alimentos eyectados les servían de veneno, así se supuso que habría ocurrido; pero eso no prueba que los rayos cósmicos no ejercieran una especial influencia sobre ellos.

—Pero... —Bryant empezó a decir, siendo interrumpido nuevamente por el profesor.

—No pensaba demasiado en los rayos cósmicos, señor Bryant, cuando mencioné la posibilidad de no poder volver a la Tierra; pensaba más bien en las dificultades para retrotraer el Satélite, una vez establecida la órbita durante dos semanas. Como usted ve, esto es algo que nunca se ha llevado a efecto con anterioridad. Nuestro piloto, el comandante Maddocks, será el primer hombre en todo el transcurso de la historia de la Humanidad, que lleve a cabo semejante hazaña. Tiene que saber por sus instrumentos, al final de ese vuelo de dos semanas, sí el arrastre gravitacional de la superficie terrestre le lleva hacia atrás de nuevo a nuestro planeta o no. En tal caso, dispondrá de un control manual de la tercera y última fase del cohete que haga volver hacia la Tierra al Satélite. Nosotros hemos tratado, por todos los medios a nuestro alcance, asegurar que el Satélite, su tripulación y todos sus valiosos datos vuelvan intactos a nuestras manos. La tercera fase del motor le haría volver a la Tierra y los cohetes del morro del Satélite actuarían como frenos para evitar la velocidad del mismo al entrar en la baja atmósfera, ya que en caso contrario arderla y serla desintegrado. Un dispositivo retráctil aseguraría una toma de tierra suave y sin choques violentos, cuando llegase el momento del aterrizaje.

—¿Entonces, por qué esa incertidumbre?

—preguntó Tom—. Yo he trabajado en esos motores de hidrógeno-

oxígeno, profesor. He visto comprobarlos y yo estaba allí cuando fueron expuestos a una serie de tests, para señalar cualquier defecto posible. No hubo ningún defecto, esos motores son tan perfectos como cuando entraron en los bancos de pruebas.

—Mi querido Joven —explicó Kelland con paciencia— ¿No comprende usted que cuanto yo pueda decirle es una mera hipótesis? Hasta ahora no se ha intentado hacer volver a la Tierra ningún navío espacial en forma de cohete. Ningún hombre viviente sobre la Tierra sabe qué ocurrirá cuando el comandante Maddocks opere en el giroscopio y en el estabilizador, al final de ese periodo de dos semanas. Nadie sabe sí será capaz de estar en condiciones físicas de realizarlo. Nos hallamos en la frontera de lo desconocido, señor Bryant. Maddocks, Lloyd y Bailey son los primeros hombres, los pioneros del espacio. Cuando salgan disparados en el Satélite Tripulado Kelland, pueden volver a la Tierra cubiertos de gloria, o pueden no regresar Jamás. No conozco la respuesta a esta interrogante. Sé lo mismo que usted, joven amigo.

Thomas Bryant permaneció silencioso un buen rato. Jugueteó con el vaso de whisky entre los dedos, mientras observaba el Juego de luces de las llamas del hogar, a través del líquido que reposaba en el fondo del vaso y que a veces producía el efecto de un extraño arco iris. Los únicos ruidos perceptibles en el piso, eran el alegre chisporroteo de los troncos en la lumbre y la pesada respiración del gigantesco Wetherby, situado al fondo de la espaciosa habitación y medio oculto por las sombras.

Bryant comenzó a hablar como sí lo hiciese consigo mismo.

—Ser uno de los primeros hombres del espacio ha sido mi sueño dorado y mi ambición desde que fui a trabajar a Westlake. Me he aplicado en el conocimiento de todos los detalles de los motores del navío-cohete, hasta llegar a conocerlos mejor que ninguna otra cosa en la vida, ni que pueda seguramente volver a conocer jamás en el futuro.

—Levantó los ojos hacia el profesor y continuó—: Ser el primero y sentir lo que debió sentir Colón al acercarse a las costas de América, cuando circunnavegando el mundo, pensó que llegaría a las Indias, ése había sido el deseo más vehemente de toda mi vida. Pero yo también viajaré un día por el espacio exterior. El Satélite Tripulado Kelland es el primero, pero habrá otros y mi oportunidad llegará...

Tom se detuvo en su monólogo y con una sonrisa embarazosa se dirigió nuevamente al profesor:

—Lo siento, profesor Kelland, creo que me he olvidado de que estaba en presencia de usted y estaba divagando.

Se puso en pie.

—Bien, gracias por su invitación y por sus atenciones y las del señor Wetherby. Ahora debo marcharme.

El profesor le tomó afectuosamente por el brazo.

—Lo siento mucho, señor Bryant, lo siento mucho más de cuanto pueda expresarle. Pero será como usted dice. Habrá muchos otros cohetes que salgan

al espacio un día, esto es sólo el principio, un tímido principio. El espacio se nos muestra ahí en su inmensidad, haciéndonos señas, invitándonos a ir en su busca, a conquistar el Universo. Se irá a Marte, cuando se haya conquistado la Luna, y cuando hayamos aprendido a controlar nuestros navíos espaciales, para evitar caer sobre el Sol, por nuestros cálculos, entonces también se podrá ir a Venus y a Mercurio. Usted es muy joven, señor Bryant, y usted conocerá la fascinación del espacio, antes de que yo muera y haya sido olvidado. Infinitas gracias por lo que hizo esta noche.

Thomas Bryant se volvió hacia la puerta con una breve sonrisa para el gigante Wetherby. Casi estaba cerca de ella, cuando se abrió y un hombre entró en el vestíbulo.

Era un tipo no más allá de la primera juventud, aunque todavía no podía clasificársele como hombre de edad mediana. Iba impecablemente vestido y llevaba su elegante atuendo con aire marcial, como si fuese un uniforme militar. Su rostro aparecía pulcramente afeitado y en los rasgos de su mandíbula inferior dibujaba la expresión característica del hombre acostumbrado al mando. Rubio, con un amplio bigote que se prolongaba hasta casi las orejas.

Por un momento se quedó en suspenso mirando fijamente al joven técnico, como sorprendido, y luego, se dirigió al profesor.

—No creo que este caballero y yo nos hayamos visto antes, profesor...

El profesor Kelland se adelantó para darle un abrazo, mientras Wetherby se apresuraba a tomar el sombrero de la mano del visitante.

—No, desde luego, Stanley. Permítame presentárselo. El señor Thomas Bryant, el comandante Stanley Maddocks de las Reales Fuerzas Aéreas.

Los dos hombres se dieron la mano y, al mirarse ambos, los ojos del comandante aparecieron fríos y escrutadores. Thomas Bryant hizo un gesto y dijo:

—Le he visto con frecuencia en Westlake, señor.

—¡Ah! ¿Sí? —gruñó Maddocks mientras se volvía rápidamente hacia el profesor, buscando una explicación a la presencia del joven en el apartamento del gran científico.

Kelland comprendió.

—El señor Bryant y yo hemos sostenido una charla muy interesante acerca de nuestro Satélite. Está locamente enamorado de la posibilidad de volar por el espacio exterior. Es un técnico de la planta de Westlake. Ayudó a construir los motores que le llevarán a usted al espacio.

—¡Vaya, vaya! —repuso secamente Maddocks. Y mirando fijamente a Bryant le preguntó directamente—: ¿Con que trabaja usted en Westlake, verdad? Déjeme ver su pase, por favor.

Thomas Bryant se sintió ofendido por el tono de voz empleado por el alto oficial de la R.A.F., y su respuesta surgió casi con indignación.

—¿Y qué autoridad tiene usted, señor, para exigirme mi pase?

Maddocks repuso secamente de nuevo.

—No tengo autoridad realmente para eso, joven. Pero si usted rehúsa mostrarme ese documento, le dejaré aquí al encargo de Wetherby y saldré a buscar un policía. ¡Ya tenemos bastantes preocupaciones con tenerle aquí sin ser invitado por el profesor a entrar en su hogar!

Kelland le recriminó.

—¡Pero Stanley! ¡No puede usted hablar a este joven en esa forma, ya que hace una hora me ha salvado la vida arriesgando la suya! No quiero...

—Está bien, profesor —cortó Bryant—. No trate de defenderme.

Rebuscó de nuevo en los bolsillos y sacó otra vez su documento de identidad y lo mostró al comandante.

—Aquí está mi pase, comandante. Lleva mi fotografía y podrá usted identificarme a su satisfacción.

Stanley Maddocks estudió el documento por unos instantes y lo devolvió al joven.

—De acuerdo, Bryant —dijo—. Le ruego me excuse por haber dudado de usted. Pero como el profesor sabe, ya hemos tenido demasiados problemas con cierto grupo de gentes a quienes no podemos permitir que se mezclen en nuestros asuntos, ni desde muy lejos.

—Gracias —repuso Bryant. Se guardó el documento en la chaqueta de piel y dirigiéndose al profesor Kelland se despidió.

—Bien, buenas noches otra vez, profesor. Gracias por nuestra charla. Ahora me siento mucho mejor.

Cuando se hubo marchado el joven, Maddocks, tomó asiento en el sillón vacío cerca del fuego.

—Lamento lo ocurrido, profesor; pero no podemos correr ningún riesgo inútil. Espero que no le habrá usted confiado el menor secreto a tal jovencito. Puede ser una persona de confianza; pero usted no podrá seguramente tener la certeza de ello. Me ocuparé mañana de comprobarlo en Westlake.

Kelland sonrió.

—Creo que no será necesario, Stanley. Sí hubiese sido uno de nuestros enemigos no habría hecho esta noche lo que hizo.

—¿Y qué fue ello? —preguntó interesado el comandante, arqueando levemente las cejas.

Brevemente el profesor relató lo ocurrido al futuro piloto del Satélite Tripulado. Le refirió el atentado sufrido en la calle cuando volvía al piso y de qué forma precisa y heroica, con riesgo de su propia vida, el joven Bryant le había salvado en el instante oportuno, de una muerte horrible.

Al finalizar su relato, Maddocks comentó:

—Esos malditos de la Liga Antiespacial otra vez en danza, o yo dejaré de llamarme Maddocks. No se arredran ante nada. Harían lo imposible por evitar el lanzamiento de nuestro Satélite. ¿Ha tomado parte la policía en lo ocurrido, profesor?

—Un policía acudió inmediatamente después de desaparecer el coche —repuso Kelland, llenando un vaso para el visitante—.

Pero fue demasiado tarde para hacer nada ni intentar cualquier averiguación. He preferido dejar pasar la cosa por completo. Necesitamos evitar toda publicidad hasta el fin de la Operación Satélite.

—Sí, desde luego, es cierto —convino el oficial de la R.A.F.

El profesor ofreció el vaso de whisky a Maddocks y tomó asiento en un sillón frente a él. Tomó un sorbo de whisky y preguntó:

—Y bien, ¿qué le trae a usted por aquí tan inopinadamente? No es que deje usted de ser bienvenido en cualquier momento, Stanley. ¿Hay algo que desee usted discutir conmigo personalmente?

Maddocks miraba fijamente el contenido del vaso como sí se hallara sumido en un profundo problema mental. Se dirigió al sabio.

—Sí, realmente, existe ese algo, profesor.

Kelland trató de adivinar qué problema tendría planteado el piloto que tanto le preocupaba.

—¿Es el Satélite o la tripulación, Stanley?

—Pues bien, querido profesor, se trata de la tripulación.

—¿El doctor Lloyd?

—No, estoy pensando precisamente en el joven Arnold Bailey.

—No... no estará enfermo, ¿verdad?

Maddocks sonrió abiertamente para disipar la preocupación del hombre de ciencia.

—¡No, gracias a Dios! No está enfermo. Aunque últimamente parece preocupado consigo mismo. Da la impresión de estar lleno de ideas y pensamientos no relacionados con el vuelo espacial. ¿No sabe usted, por casualidad, sí es que tiene algún grave problema personal?

Kelland sacudió la cabeza negativamente.

—¿Problemas personales? No lo creo, ¿por qué había de tenerlos? Un hombre soltero que vive en una deliciosa casita en las afueras de la ciudad, rodeado de comodidades... ¿Qué problemas podría tener?

—Esto es lo que me intriga —continuó Maddocks—. En cualquier caso es un mal asunto para un miembro de la tripulación, tener disgustos o graves problemas a pocos días fecha del momento del lanzamiento. Creo que debemos ir derechos al asunto y averiguarlo, ¿no lo cree usted así? —Y el comandante sacó una pipa que comenzó a cargar de un saquito de tabaco de excelente calidad—. No puedo admitir a un técnico en el espacio, junto a mí, ocupando su mente en cosas distintas a las que tiene que hacer y dedicando la mitad de su atención a asuntos ajenos a nuestro proyecto.

Los dos hombres acercaron los butacones al fuego. Continuaron su charla en un tono mesurado, mientras que Wetherby, en silencio, les dejaba solos con sus sueños del espacio, unos sueños que estaban próximos a convertirse en realidad.

Capítulo II
EL SECRETO PROBLEMA DE ARNOLD BAILEY

Los páramos de Yorkshire aparecían yermos, inhospitalarios y fríos aún en la época de verano, y parecían proyectar fuera de sí una especie de desagradable ambiente de hostilidad y desamparo, que podía apreciar cualquier viajero, o cualquier persona aunque nunca hubiese vivido en aquellos lugares. Y especialmente, para los hombres que habían venido procedentes de las grandes ciudades del Reino Unido, a construir sobre su inhóspita superficie, un vasto campamento defendido con alambradas, en cuyo interior muchos hombres realizaban una labor del más alto secreto y en donde un enorme destacamento de policía, uniformada de azul, se hallaba siempre de vigilancia, patrullando por todo el circuito de su valla alambrada, durante las veinticuatro horas de cada día, todos los días.

Un coche oficial negro, se dirigía en aquel momento por la nueva carretera construida por el gobierno, hacia la factoría de Westlake. Aquellos páramos aparecían sombríos y brumosos, aunque el sol había lucido en la mañana al dejar la ciudad de Manchester.

Una niebla gris, difusa y baja se enrollaba sobre sí misma, a través del ondulante horizonte, algo lejana todavía para entorpecer la conducción del coche por su uniformado chófer; pero amenazando con echársele encima a cada bocanada del viento que soplaba desde el oeste.

Solitario en el asiento trasero, el profesor Kelland sostenía sobre sus rodillas su inseparable paraguas y su cartera. Se dirigía a Westlake a tomar parte en la conferencia que tendría lugar, en la base de lanzamiento, con el personal del proyecto y la Administración de la Operación Satélite. En aquel día, todo el mundo que tuviese alguna relación de dependencia con el proyecto, se reuniría en el salón de conferencias para asistir a la filmación de una película especialmente preparada para tal proyecto. El film, era una recopilación de cuanto se habla realizado hasta la fecha, obtenida con el fin de refrescar la mente de todos sus componentes, y prepararles mejor para el gran momento del lanzamiento. El coche se detuvo suavemente en el puesto de control de la entrada y un policía uniformado se aproximó al volante. Aunque conocía al profesor Kelland, no dio orden de abrir las puertas de acceso hasta que le hubo exigido el pase especial que identificaba su personalidad. El policía saludó al profesor al devolverle el documento.

—No hace una gran mañana, señor.

—La misma clase de mañanas que siempre en esta parte del país —suspiró Kelland—. Fría y húmeda, agente.

—Es cierto, señor. —Y el policía señaló a los guardias de acceso que dejaran pasar el coche del profesor.

El chófer soltó el freno y siguió adelante. Se dirigió por la carretera

principal y pasó a lo largo entre los bajos edificios de ladrillo de la Administración, hacia la parte central del terreno, donde la Operación Satélite tenía su cuartel general.

A través de la ventanilla del coche, el profesor vio de un rápido vistazo la figura de un hombre alto y delgado que caminaba a lo largo de una acera con un pesado bastón en la mano. El profesor adelantó el cuerpo y tocó en el hombro del chófer.

—¿Tiene la bondad de acercarse a aquel señor? Ese caballero es uno de mis colegas. Le llevaremos hasta mi oficina.

El automóvil negro rodó hasta detenerse en el borde de la acera, mientras que el profesor Kelland, asomándose a la ventanilla, se dirigía cordialmente a su amigo:

—Buenos días, doctor Lloyd, permítame llevarle hacia el lugar G-Uno.

El hombretón se volvió rápidamente al oír la voz de Kelland y al contemplar la agradable y rubicunda faz del científico, sonrió y le devolvió el saludo con la mano armada con su largo bastón de paseo.

—¡Ah, buenos días, profesor Kelland! Sí, gracias, encantado de ir con usted.

Pasó al coche, ocupando un asiento contiguo al del profesor, depositando su bastón y la cartera en la alfombra del automóvil, a sus pies. Encendió un cigarrillo.

—Y bien, profesor Kelland. ¿Qué tenemos para hoy? Espero que no sea otra de esas endiabladas sesiones en la cámara de acero al final del rotor. Debo confesar que me siento enfermo de tanto test sobre la gravitación.

El profesor movió un dedo en señal de reprobación hacia el doctor Lloyd, que en uno de los elegidos para la Operación Saté lite.

—¡Vamos, vamos, doctor Lloyd! Nunca tendremos bastante, ya sabe usted, todo ello ayuda a tenerles a ustedes dispuestas pan el gran momento en que sean lanzados al espacio. La presión será entonces cinco ve ces mayor que lo normal, como ya sabe usted y sólo un hombre bien entrenado, puede estar en condiciones de soportar tan tremenda presión.

El doctor Lloyd, número dos del equipo tripulante del Satélite, sonrió y replicó a Kelland:

—Sí, ya lo sé, profesor, créame, sólo estaba bromeando.

—Ya lo suponía, Stephen —repuso el científico calurosamente—. Pero usted necesita estar dispuesto y desprovisto en absoluto de todo temor. No hay nada desagradable para usted esta mañana. Simplemente la contemplación de un film que ha sido rodado durante el tiempo que ha durado el proyecto, una especie de «cursillo refrescante» para las mentes de todos y cada uno de los miembros de la Operación Satélite.

El coche oficial se detuvo frente a un gran edificio, con grandes ventanales encortinados y con un signo sobre la entrada principal que señalaba el lugar como Cuartel General del Proyecto G-Uno.

Los dos hombres se apearon del automóvil y cortés como siempre, el

profesor Kelland dio las gracias al chófer que le había traído desde Manchester. El hombre se tocó la gorra, sonrió y repuso al científico.

—A usted, profesor. Estaré de vuelta a las cuatro para llevarle a la ciudad.

Entraron en el edificio y quince minutos más tarde los altavoces anunciaban por todas las dependencias que todos los miembros interesados en el proyecto deberían reunirse inmediatamente en el salón de conferencias, llevando cada uno en la solapa del traje, la correspondiente tarjeta de identificación.

El profesor se halló en la sala el primero, para saludar a los que iban llegando. Científicos más Jóvenes, ingenieros, técnicos y ciertos militares de graduación, también se hallaban presentes por razones de la más estricta seguridad. Al llegar todos se quedaron asombrados al contemplar la transformación de la gran sala de conferencias convertida entonces en un cine eventual. Numerosas filas de sillas ocupaban más de la mitad del espacio de la amplia habitación frente a una gran pantalla blanca. En la parte trasera, se habla instalado un proyector cinematográfico, servido por un joven operador que esperaba instrucciones junto a una serle de rollos de película, en una mesa al alcance de su mano. El profesor fue saludando a los concurrentes y señalándoles el asiento que debían ocupar. Unos minutos después, el profesor levantó las manos en un elocuente gesto, solicitando silencio.

Sonrió gentilmente a los tres hombres que ocupaban el centro de la fila frontal que le respondieron igualmente con el mismo afecto. Uno de ellos era el alto y espigado doctor de rasgos severos, el segundo era el comandante del amplio bigote, que serla el piloto del Satélite y el tercero, un tipo de cara enjuta con una nariz de halcón y joven, rondando los treinta años y que daba la impresión de un enfermo en fase de quietud, como sí aquél lugar fuese el único del mundo donde deseara encontrarse. Este tercer hombre. era Arnold Bailey, el técnico elegido frente a otros, incluso entre ingenieros de mayor edad, para surcar el espacio con el Satélite Tripulado Kelland y a cuyo cuidado quedarían los preciosos motores del satélite artificial como sí de una Joya se tratara y estaría pendiente del fallo más insignificante en su funcionamiento.

El profesor Kelland se dirigió a la concurrencia.

—Muy bien, señores, pueden fumar sí lo desean.

Esperó unos momentos, mientras una gran parte se aprovechaba de la circunstancia aceptando el ofrecimiento del científico y cuando el auditorio estuvo en calma, continuó:

—Es obvio para ustedes, que se encuentran reunidos conmigo esta mañana, que lo están para ver una película. En esta película se han recopilado durante el periodo de tiempo que ha durado el proyecto en su fase preparatoria, todos los datos relacionados con nuestra ambiciosa empresa «Operación Satélite». Es, como podrán observar, una recapitulación de todo lo realizado desde que empezamos nuestro trabajo. Se pasará, pues, para recordar a todos ustedes cualquier aspecto o detalle que haya podido

olvidarse. Nada más tengo que añadir. Tomaré asiento entre ustedes. Cuando quiera, el operador puede empezar.

Tomó asiento junto al Joven técnico y cuando estuvo junto a él le susurró:

—Buenos días, Arnold. ¿Qué tal se encuentra?

Arnold Bailey se pasó la lengua por los labios antes de responder.

—Muy bien, profesor. No me ocurre nada de particular.

El profesor Kelland miró fijamente por breves momentos al joven técnico estudiándole de cerca, tratando de leer cualquier cosa que se escondiera detrás de aquellos grandes ojos y en el interior de su cabeza adornada con una hermosa cabellera castaña.

—Me alegro de oírle, Arnold —murmuró—. Sólo deseamos que nada pueda turbar a los miembros de la tripulación del satélite en este último período.

En aquel momento, las luces se apagaron y Bailey aprovechó la súbita obscuridad para evitar su respuesta.

Todo se hallaba en silencio y sólo se oía el zumbido del proyector, que comenzó por presentar en la pantalla la imagen del propio profesor Kelland. La banda sonora del film entró en acción y todos escucharon con la mayor atención:

—«El hombre ha irrumpido en los dominios del espacio exterior hace menos de cinco años. A los rusos corresponde el honor de haber sido la primera nación que ha enviado un proyectil a la atmósfera superior. Ellos también han sido los primeros en enviar un ser viviente a donde ningún hombre jamás ha estado.»

A esta breve introducción, siguieron diversas fotografías y noticiarlos relacionados con el segundo satélite artificial ruso, a su construcción y a la preparación del perro que lanzaron al espacio, en la gran jornada.

—«Y entonces siguieron los americanos y finalmente, los ingleses. En conjunto y en las distintas ocasiones en que han sido lanzados, el número de satélites no es inferior al de 24, lanzados al espacio exterior por estas tres grandes naciones de la tierra. Los rusos con sus perros, los americanos con monos y los ingleses copiando de sus hermanos de allende el Atlántico, no en el sentido estricto de copiar, sino porque hemos creído, tras comprobaciones exhaustivas, que los monos se hallan biológicamente en la escala animal, en el lugar más próximo al hombre, dentro de lo que es posible en el orden natural. Desde esta época, la Gran Bretaña ha ido forjando y construyendo con tesón sus planes para abordar la salida al espacio cósmico. Hemos desarrollado en alto grado nuestros combustibles líquidos, experimentado con las diferentes cantidades inyectadas en las mezclas y ahora creo haber descubierto las cantidades correctas de combustible hidrógeno-oxigeno precisas para enviar con éxito un satélite más allá de la atmósfera de nuestro planeta, que consiga establecer una órbita de, aproximadamente, 550 millas.

«Con el apoyo del gobierno británico, he desarrollado las motores del cohete impulsados por el poder formidable de mi fórmula hidrógeno-oxigeno

y desde el principio del proyecto, hemos construido aquí, en Westlake, el terreno y la base de lanzamiento, que ha venido a ser conocido como el «Satélite Tripulado Kelland.»

A continuación siguió en la pantalla una detallada información gráfica del gran cohete dé ochenta pies de altura, dispuesto para ser disparado al espacio y conseguir la órbita calculada, con tres hombres en su interior.

La voz del profesor volvió de nuevo a la pantalla, describiendo el cohete y su funcionamiento. Se refirió a los motores de tres fases, que se desprenderían del Satélite, cuando su ciclo de trabajo se hubiese logrado y de los estabilizadores que conservarían el rumbo necesario al navío espacial, hasta que, por el influjo de la gravitación, fuera atraído hacia la órbita terrestre. El profesor explicó todo lo relativo al motor de emergencia, que permanecería intacto en la totalidad del viaje espacial, y que sólo sería utilizado por el comandante Maddocks sí el Satélite no mostraba señales de aproximarse a la superficie terrestre, cuando hubiese dado por terminado el ciclo de dos semanas previsto para aquel vuelo experimental. Remarcó y explicó con todo detalle, el cometido de los dos motores a reacción de la delantera del Satélite, en el morro del aparato, que serían encendidos simultáneamente al empezar el regreso hacia la Tierra. Aquellos formidables cohetes, dirigirían su escape ígneo en la misma dirección de vuelo del Satélite, sirviéndole así de frenos para la excesiva velocidad al entrar en contacto con las primeras capas de la alta atmósfera, evitando de aquella forma, que tanto el navío como los hombres de su tripulación, se quemasen o se desintegrasen en la nada. Un diagrama posterior mostraba al Satélite Tripulado, planeando a través de las aguas de un amplio océano con el morro dirigido hacia la superficie y después, surgiendo de sus costados, dos potentes pares de alas de cuarenta pies, de línea aerodinámica especial.

—Esto —explicó nuevamente la voz del profesor—, son los dispositivos retráctiles, que pueden ser extensibles en la forma que ustedes pueden ver y que capacitan al Satélite para deslizarse suavemente a través de la superficie de la Tierra, hasta que el comandante Jefe de vuelo, encuentre el lugar adecuado en nuestro país, para recibir al navío espacial.

Las fotografías se desvanecieron en la pantalla y de nuevo surgió el noble rostro del profesor Kelland, orlado con su nívea cabellera.

«—Y bien, señores, éste es nuestro Satélite Tripulado y esto es, en resumen, el curso normal de los acontecimientos. Naturalmente, ustedes están advertidos, como lo está la tripulación del Satélite, de que esto no ha sido Jamás realizado en toda la historia del género humano. Las cosas pueden ir mal allá lejos, en la frontera de lo desconocido, cosas de las cuales nosotros, que no conocemos el espacio cósmico, estamos por completo inadvertidos. Y por esto, el segundo miembro de la tripulación es un doctor y el tercero, un técnico maestro en motores de cohetes espaciales y que ha trabajado en ellos, desde su mismo principio y que sabrá cómo actuar al menor fallo mecánico. Me gustará mostrar a ustedes a nuestros tres hombres juntos. Ahora podrán

observarles al salir de la cámara especial de presiones, en un test reciente, donde fueron capaces de soportar la presión de la gravedad por encima de cinco veces lo normal. Esa será la presión que sufrirán en el momento del lanzamiento. La velocidad inicial que el Satélite necesita para escapar hacia el espacio exterior es de cinco millas por segundo y durante los primeros minutos de vuelo, estos tres hombres irán a través de un verdadero infierno. Gracias a los test, que estos hombres han sabido soportar, ya tienen una idea razonable de lo que les espera.»

La película cambió de nuevo, mostrando esta vez a los tres hombres de la tripulación encerrados en los primeros trajes espaciales de todos los tiempos. Parecían realmente pesados y engorrosos, de una sola pieza que iba desde los pies hasta el cuello, fabricados enteramente de un plástico brillante. Sobre la cabeza llevaban unos cascos de un plástico especial con una amplia placa de glasita en la zona visual. Las botas aparecían sobre sus pies, como las que se utilizan en las profundas exploraciones submarinas, y entonces la voz del profesor explicó lo referente a este último componente del equipo espacial.

«—Estas botas están construidas enteramente de metal y uno de los botones del pequeño panel frontal del traje espacial, controla un circuito que las transforma en verdaderos magnetos. Se ha previsto la posibilidad de tener que salir al exterior del navío espacial. Esperamos que no sea necesario, sin embargo. Pero nuevamente debemos recalcar el hecho de que nada sabemos sobre lo que nos aguarda en el espacio cósmico, ni de lo que espera a sus conquistadores. En caso de cualquier daño sufrido por la coraza exterior del Satélite, uno o varios de sus miembros tripulantes, podrán salir al exterior mediante un compartimiento de diferencia de presión para reparar los posibles daños, adhiriéndose al casco metálico, permitiendo así que el tripulante quede aislado flotando en el vacío y se pierda para siempre».

»Y ahora, noten ustedes el hecho de la diferencia de color de estos trajes espaciales. El uno es rojo, el otro verde y el tercero, azul. El brillante colorido de tales trajes no ha sido concebido para alegrar a los miembros de la tripulación, como parece ser que algún humorista ha rumoreado por ahí; sino para asegurar de que ellos puedan reconocerse entre sí, sí, llegado el caso, tengan que salir a la cubierta exterior de la nave cósmica.»

Una serie de fotografías mostraban a los tres miembros del equipo moviéndose rígidamente dentro de un compartimento con sus trajes espaciales fuertemente coloreados en la forma explicada por el profesor. Como equipo verde, Arnold Bailey tropezó súbitamente con sus pesados zapatos y midió el suelo cuanto largo era, provocando una sonora carcajada en la concurrencia, en la obscuridad de la sala.

En la fila frontal, Arnold Bailey rezongó con rabia apretando los puños. El profesor Kelland, a su lado, volvió de nuevo a mirarle con ansiedad.

El film se prolongó todavía unos minutos más, mostrando principalmente, el terminado del Satélite que apuntaba al cielo, sobresaliendo de todos los edificios del terreno de lanzamiento en Westlake, seguro y desafiante, entre su

complicado atalaje mecánico y el gigantesco andamiaje que le rodeaba. Apareció igualmente, el edificio de control construido sólidamente de cemento, teniendo por ventanas una serie de estrechas mirillas. Allí se hallaba el mecanismo de disparo del satélite, para cuando llegase el momento del lanzamiento y que protegería con toda seguridad a los encargados de la operación.

Acabado el film y dispersada la concurrencia, el profesor Kelland charló durante unos momentos con los tres hombres que formaban la tripulación del satélite que llevaba su nombre. Hablaron de diversas cosas relativas a la próxima aventura y durante todo el tiempo el profesor vigiló cautelosamente las reacciones de Arnold Bailey. Acabó adquiriendo la certeza de que el joven se hallaba bajo el influjo de alguna preocupación, en la que no veía la forma de poder intervenir por ignorar de qué se trataba.

En un momento dado pudo hallarse a solas con el comandante Maddocks y con tal motivo sostuvieron una breve charla relacionada con el joven técnico de cohetes.

—Así, ¿usted cree que existe algo grave que afecta moralmente a este chico, profesor? —preguntó Maddocks mascando nerviosamente en el tubo de su pipa de eglan tina—. ¿Qué quiere usted insinuar exactamente? ¿Supone usted que se halla enfermo?

El profesor Kelland sacudió la blanca cabellera.

—No creo que se trate de nada que le afecte físicamente —repuso—. Sí así fuera, el médico lo habría descubierto en el último examen que sufrió recientemente. Tampoco creo que lo que conturba a Bailey tenga nada que ver con nuestro proyecto.

—Pero cuando salgamos al espacio con él ¿cómo sabremos la intensidad con que puede afectarle ese enigmático asunto que parece ir mal en su mente? —sugirió Maddocks.

—Sí, creo que comprendo su sugerencia, profesor, no podemos aventurarnos a que las cosas vayan mal, allá fuera ¿no es cierto?.

—Eso, exactamente, es lo que quiero decir —afirmó Kelland—. Yo le agradecería, Stanley, que, como superior en la tripulación y jefe suyo, tenga usted una breve charla con Arnold, hoy mismo, haciéndose el encontradizo con él, como por casualidad, por ejemplo, en la cantina. Trate de indagar qué clase de preocupación es ésa. Y vea sí tiene alguna relación con el Satélite, en cualquier aspecto.

—¡Buen Dios, espero que no! —exclamó el oficial de la R. A. F.—.De ningún modo podemos tolerar semejante complicación, ahora, en la última fase del proyecto. No podríamos recomponer la totalidad de nuestros trabajos y entrenar a otro técnico para su cometido.

—Véalo, Stanley. Tenga un cambio de impresiones con él en la primera oportunidad. Háblale como un padre, haga lo imposible en la forma que usted lo crea conveniente.

El comandante salió de la oficina.

—Sí, lo haré —prometió—. Déjelo de mi cuenta, profesor.

La oportunidad deseada llegó, como había sospechado el profesor, en la cantina, a la hora del almuerzo. Maddocks vio al entrar en el edificio, a Arnold Bailey sentado en un rincón alejado y solitario, en el momento de empezar a almorzar.

Maddocks se aproximó como por casualidad, buscando dónde sentarse, y se aproximó al Joven técnico, acabando por tomar asiento frente a él. Bailey levantó los ojos del plato para ver de quien se trataba, gruñó un rápido saludo y de nuevo se obsesionó en su almuerzo.

El comandante llamó a la camarera y, con tal motivo, trató de abrir una conversación.

—¿Es que no se encuentra bien del todo. hoy, Arnold?

Bailey le miró deteniendo la cuchara a medio camino de la boca y replicó con tono de cierta sorpresa:

—¿Bien del todo? Sí señor, me encuentro perfectamente y no me ocurre nada de particular.

Maddocks se encogió de hombros y por el momento no encontró la manera de continuar. A los pocos instantes volvió otra vez a la carga, procurando emplear el mayor tacto posible.

—Me parece que denotaba usted estar disgustado esta mañana en la sala de conferencias. ¿Hay alguna cosa que le intranquiliza? ¿Algo que quisiera consultar o discutir conmigo?

Los labios de Bailey se contrajeron nerviosamente en una delgada línea y dejó caer la cuchara y el cuchillo sobre la mesa con un gesto irritado.

—¡Mire, Maddocks! ¡No hay nada que yo desee discutir con usted ni con cualquiera otra persona! ¡Mis asuntos personales, nada tienen que ver con usted!

Maddocks se echó hacia atrás, sin hacer ningún esfuerzo para disimular su temperamento autoritario.

—Sí tienen que ver, sí usted tiene intención de ir al espacio con sólo la mitad de su mente dedicada a su cometido. No podemos permitir ninguna tontería, ni ningún riesgo inútil de ese género, Bailey. Eso podría ser fatal para todos.

Arnold Bailey se puso en pie con las mejillas encendidas de furor.

—¡Cuídese de sus asuntos, Maddocks! ¡Y no se preocupe por el proyecto!

Se apartó de la mesa dejando el almuerzo a medio consumir y se marchó malhumorado. El comandante Maddocks permaneció pensativo, moviendo la cabeza dubitativamente.

Acabada la jornada, Arnold Bailey regresó a su hogar. Condujo su pequeño automóvil a la casa donde se suponía que tenía alquilada una habitación y lo encerró en el garaje.

Cruzó a lo largo del jardín, hacia la puerta principal, mirando ansiosamente hacia arriba y a la ventana que había sobre las escaleras que conducían al piso superior. La ventana se hallaba iluminada contrastando la luz con las sombras

que envolvían el edificio en el próximo anochecer. Abrió la puerta y cruzó el corredor en dirección al cuarto de estar. Estaba vacío, sin señales de comida preparada para él. Apretó los labios con un gesto de disgusto y subió rápidamente las escaleras. Con la mano apoyada en la balaustrada, llamó con fuerza para que alguien le oyese en el piso superior.

—¡Marión! ¿Estás ahí?

Una voz de mujer contestó con tono despectivo y casi burlón.

—Por supuesto que estoy aquí arriba. ¿Dónde piensas que podía estar?

Bailey tragó saliva conteniendo su irritación y replicó:

—¿Qué estás haciendo?

No hubo respuesta para aquella pregunta, y tras una breve pausa, Bailey saltó la alfombrada escalera, de dos en dos los peldaños, y se detuvo frente al dormitorio, cuya puerta se hallaba levemente entornada y de la que salía una luz tenue. Entró tras un segundo de vacilación.

La mujer, que estaba sentada ante el espejo, vistiendo una bata de casa bordada, se aplicaba un maquillaje en las mejillas cuidadosamente. Debería tener una edad próxima a los treinta años. Era, realmente, una mujer guapa al primer golpe de vista, aunque, observándola con cuidado de cerca, ya se le notaban ciertas arrugas en las comisuras de los labios. Ella advirtió la imagen de Bailey reflejada en el espejo y la expresión que cruzó por su rostro fue la de un profundo desagrado.

Arnold permaneció en pie en el umbral observándola y viendo que no hacía la menor cosa para hablar una palabra, Bailey dijo con voz sombría:

—¿Dónde vas, Marión?

La mujer se limitó a sacudir los rizos rubios de su cabellera y siguió sin responder.

La boca de Arnold se crispó y repitió la pregunta con un rugido irritado.

—Te he hecho una pregunta. ¿A dónde diablos vas?

Ella apenas movió los labios y repuso arisca:

—Voy a salir.

Arnold Bailey entró en el dormitorio y cerró la puerta con un tremendo golpe.

—¿Salir? ¿Salir? ¿Dónde?

Esta vez, la mujer se envolvió en su bata de satén y se encaró con él. Sus ojos relampagueaban de furor y la respuesta fue una provocación, surgiendo como un disparo:

—¡Eso es algo que no te importa!

—¡Maldita seas! ¡Soy tu marido! ¡Tengo el derecho de saber a dónde vas ahora!

—¿Tú eres mi marido? —repuso con burlona sonrisa—. ¡Nadie lo diría! Nosotros no vivimos como la demás gente normalmente casada. No me llevas a ninguna parte, a ninguna representación, ni siquiera al cine. ¿Qué clase de marido te figuras tú que eres?

Arnold hizo un esfuerzo para controlar su temperamento y trató de hablar

con calma y suavidad,

—Tú sabes de qué forma debemos guardar estas apariencias, Marión, por el momento presente, a toda costa. Sí se enteran en la base de lanzamiento de Westlake que estoy casado, jamás me permitirían ser uno de los miembros de la tripulación, para la que ya he sido elegido, como sabes. Tú sabes, también, que la condición indispensable para formar parte de esa tripulación del Satélite Kelland, es la de ser soltero, sin compromisos, lazos, ni responsabilidades.

—Sólo tienes pensamientos para ese Satélite del infierno, ¿no es así?

Bailey extendió los brazos en un amplio gesto.

—Tú ya sabes lo mucho que significa para mi, Marion —repuso Arnold—. Ser uno de los tres hombres que irán al espacio. Eso es lo que he soñado desde que tengo memoria para recordarlo. Por favor, compréndeme y ayúdame, querida. Trata de ponerte en mi lugar. Cuando acabe este viaje y todo ello habrá terminado en tres semanas, no tendremos necesidad de mantener secreta nuestra situación por más tiempo. Estaré en condiciones de decir a todo el mundo que tú eres mi mujer y que, además, te quiero mucho.

—¡Ja! —Marion Bailey se puso en pie y se encaró con su marido con aire desafiante—. No, Arnold, estoy segura de que tú quieres al Satélite mucho más que a mí. Sí llegase la ocasión de elegir entre el espacio y yo, creo que escogerías el subir hasta el cielo, ¿no es verdad?

—Marión, tú sabes muy bien que eso no es cierto.

Arnold se aproximó a su esposa y trató de rodearla con sus brazos. Pero Marion se apartó vivamente de ellos y se quedó en pie con la espalda apoyada en el borde de la vestidora.

Bailey permaneció rígido y de pronto surgió en sus ojos un brillo de hielo azulado, el propio de las gentes del Norte.

—Tú vas fuera, a encontrarte con otro hombre. Marion, ¿no es cierto? No, no trates de engañarme. Lo sé desde hace tiempo. Yo creo, además, que no ha sido solamente con uno. Ha habido ya una serie de ellos, desde que vinimos al Norte y yo empecé mi trabajo en Westlake.

Marion comprendió que no tenia ya que seguir fingiendo ni ocultar un secreto que había dejado de existir.

—Pues bien, es cierto que voy a una cita con otro hombre y eso es cosa que no debe importarte en absoluto. Cuando me has abandonado por completo, por ese maldito Satélite de Westlake, yo también te abandono. Voy a buscar lo que me distrae y tú no podrás detenerme.

Y echando la cabeza hacia atrás, soltó una carcajada histérica.

—Anda, ve a hacer el amor a tu Satélite. Yo me iré con un hombre, que es realmente, un hombre.

Arnold mascculló sílaba a sílaba con glacial suavidad:

—Sería tan fácil matarte, Marion...

—¡Oh, no, Arnold! —dijo en medio de una risotada—. No podrás nunca imaginarte lo estúpido que pareces cuando te vuelves dramático. Salgo a

divertirme y volveré, cuando regrese a la casa. ¿A qué hora será? Pues no lo sé. Sí quieres quedarte en casa y rabiar y patalear, puedes hacerlo a tu gusto, querido. Y ahora, ¡vete al infierno y sal de mi habitación! ¡Voy a vestirme!

Por un instante, pareció que Arnold iba a golpearla mortalmente. Levantó el puño cerrado con los dedos agarrotados en una mortal amenaza y después lo dejó caer lentamente. Se volvió y sus hombros le colgaron hundidos del cuerpo como jamás antes le había sucedido. Abandonó la habitación terriblemente abatido, mientras su mujer observaba su marcha con un gesto sardónico en los labios y las manos descansando en sus amplias caderas.

Aquel era el secreto problema de Arnold Bailey. El secreto que no podía confiar a nadie de los que trabajaban con él. Para ir con la tripulación del Satélite Kelland era condición indispensable ser soltero y Arnold Bailey no lo era. Su mujer tenía un enredo tras otro con otros hombres y Bailey no tenía la menor idea de cómo podría detenerla.

Capítulo III
EL LANZAMIENTO

Sentado solitariamente en la zona obscura del cuarto de estar, Arnold Bailey aplastó la colilla de su enésimo cigarrillo contra el cenicero que tenía al alcance de la mano. Miró con desesperación a los restos apagados del fuego del hogar y buscó mecánicamente la botella que habla sobre la mesa.

Sobre su cabeza, el reloj de pared emitió un dulce sonido y en seguida sonó las campanadas de las cuatro. Bailey miró a su reloj de pulsera. No había duda alguna. El de pared, marchaba bien y eran las cuatro de la madrugada.

Bailey apartó su imaginación de la bebida y se buscó en los bolsillos la caja de cigarrillos. ¡Qué tarde era! ¿Qué diablos estaría haciendo Marion a semejante hora? ¡Aquellos malditos amigos suyos! Apretó los puños con los dedos entrecruzados en un gesto furioso. Mascó el cigarrillo que aún no había encendido y que mantenía entre los dientes y con un gesto de asco escupió los restos de tabaco.

Se puso en pie y empezó a pasear por la habitación sumida en la obscuridad y en aquel momento oyó el zumbido del motor de un coche detenerse en el exterior de la casa.

Se lanzó a la ventana y miró hacia fuera.

Había, en efecto, un automóvil en el exterior. Detenido frente a la casa con un hombre y una mujer en los asientos delanteros. Mientras observaba sin apartar la mirada, vio al hombre que ocupaba el asiento del volante, inclinarse sobre la mujer, tomarla en brazos y besarla. La mujer le correspondió generosamente y Arnold sintió que el corazón se le salía del pecho. Era Marión y aquel tipo, su acompañante nocturno, el hombre que la había retenido hasta las cuatro de la mañana.

Esperó sin moverse, hasta que la mujer se soltó de los brazos del amante y abrió la portezuela del auto. Oyó claramente sus palabras, en voz alta.

—Buenas noches, buenas noches, querido. Te veré mañana a la noche, a la misma hora.

No oyó la respuesta del hombre; pero no había duda de que lo que hubiese sido había agradado a Marión. Ella se dirigió alegremente a través del sendero del jardín hacia la casa, mientras el auto aceleraba y se desvanecía en la noche.

—¡Dios mío! —pensó Arnold—. Esta mujer ha perdido el último resto de la vergüenza... Tendrá que suponer que la estoy esperando, y en el estado en que me encuentro. O debe estar bien segura de todo ello y esa tierna escena ha sido provocada deliberadamente...

Cuando Marión entró en la casa, la encontró obscura y silenciosa. Encendió la luz del hall y se dirigió hacia el cuarto de estar. Lo encontró vacío. El fuego estaba casi apagado. Había una botella de whisky sobre la mesa y un vaso. El cenicero estaba repleto de colillas y Marión comprobó que una de ellas humeaba ato. Marión sintió un escalofrío de temor y miró a su alrededor. La habitación se hallaba vacía. Depositó su abrigo sobre una silla y encendió la luz. Fue entonces cuando llamó.

—¿Arnold? ¿Dóndes estás? ¿Te has ido a la cama?

No recibió respuesta a sus preguntas, sino el propio eco de su voz y sin poder discernir la razón sintió un glacial escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. ¿Dónde podría hallarse Arnold? ¿Qué clase de muchacho imbécil había sido hasta la fecha?

Gritó de nuevo con una nota histérica en la voz, esta vez.

—¡Arnold! ¿Dónde estás? ¡Por amor de Dios, deja ya de comportarte como un chiquillo! Sé que no te has ido a la cama, aquí hay una colilla que aún está encendida.

Marión daba la espalda a la puerta cuando Arnold entró en la estancia y, por un momento, pareció mirarla fijamente. Tenía los cabellos en desorden, y el rostro sin afeitar. El nudo de la corbata le caía a un lado del cuello en el mayor abandono.

Ella se volvió y le miró. Marión trató de sonreír vagamente y con voz entrecortada le dijo:

—¡Dios mío; pero sí estás hecho una facha y medio borracho!

—¿De veras, Marión?

Arnold Bailey anduvo unos pasos hacia ella, con una mano metida en el bolsillo de la chaqueta. Permaneció a una docena de pasos de su mujer y con voz reposada continuó:

—He visto la emocionante escena de amor entre tú y tu amigo, Marión. Yo... yo he decidido que esto no puede continuar por el camino que va y tiene que terminar.

Marión abrió su bolso afectando un aire indiferente. Sabía que su marido estaba borracho como una cuba y era la ocasión de bromear con él, hasta conseguir que se fuera a acostarse.

—No, desde luego que no, Arnold, y ahora vete a la cama como un niño bueno. Mañana hablaremos de todo esto.

—¿Intentarás ver a ese hombre de nuevo, Marion? —gritó Arnold con voz ronca.

Marión dudó un momento para responder.

Realmente aquella pregunta era más de lo que podía soportar. Su marido estaba borracho hasta el límite máximo.

—¡Por Dios, cállate, cierra la boca! —chilló Marión—. Tú y yo hemos terminado, Arnold. Puedes meterte esa idea en tu estúpida cabeza desde esta momento. Te dejo con tus cohetes y tú me dejas también en paz.

—Sí, hemos terminado, Marión —continuó Arnold brevemente y con

frialdad—. Es lo mejor que puede hacerse. Es demasiado mal asunto, en realidad. Yo tenía grandes esperanzas en volar por el espacio en el cohete del profesor Kelland, pero tú lo has estropeado todo, has deshecho mi obra. Sé que no estaría en condiciones de atender mi cometido durante dos semanas, concentrado en mi trabajo, sabiendo que tú te dejas llevar por cualquiera que te salga al paso.

Y probablemente trayendo a esos hombres a esta misma casa, convertida en tu harén particular.

—¿Quieres decir que vas a abandonar tu empleo en Westlake? —inquirió Marión con cierta sorpresa en la voz.

—Eso —repuso Arnold ásperamente— Eso y otras cosas más.

Y sacó del bolsillo una pistola automática que fulguró siniestramente en el rojizo resplandor de los tizones moribundos del hogar.

Los ojos de Marión se distendieron de terror frente al arma. Tragó saliva aterrada y como en un sombrío susurro se dirigió hacia su marido.

—¡Arnold! ¿Qué haces con esa pistola? ¡Qué vas a hacer!

—Es lo que tú has dicho, Marión —repuso Bailey—, hemos terminado los dos. Voy a matarte.

—Tú estás loco, rematadamente loco. ¿Qué pasaría sí me disparas? La policía vendrá y te ahorcarán. Por el Cielo santo, aparta esa pistola, Arnold. ¡Vete a la cama! Mañana pensarás de modo diferente.

—No habría nada que decir mañana para ninguno de los dos, Marión —continuó Arnold Bailey glacialmente—. No, querida, no estoy borracho, ni nada que se le parezca. Sé exactamente lo que estoy haciendo. Sé que deseo mejor verte muerta que envuelta en esos sórdidos enredos con hombres desconocidos, cada vez que vuelvo la espalda.

La mujer empezó a dirigirse despacio hacia su marido, paso a paso. Ella sabía que estaba borracho, aunque él lo negara y suponía que sí pudiese desarmarle, él le agradecería el gesto a la mañana siguiente, cuando, después de dormir la borrachera, su mente se hubiera despejado.

Como sí adivinara lo que pasaba por la mente de su mujer, Arnold Bailey gruñó súbitamente:

—No, no te acerques más, Marión. Yo pensaría igual sobre puerco asunto por la mañana o dentro de un mes. ¡No, quédate donde estás, te estoy diciendo!

Su mujer se lanzó contra él a paso rápido y adelantó las manos para arrebatarle el arma por el cañón. Arnold dio unos pasos hacia atrás para evitarlo. Vaciló en el filo de la alfombra, y medio perdió el equilibrio. Entonces Marión se lanzó como una furia sobre él. Los dedos de la mujer se agarrotaron como garfios sobre el cañón de la pistola mientras que con la otra mano, hacia presa con los dedos como garfios en la cara de su marido. Se mezclaron y lucharon y de repente sonó una sorda explosión.

La lucha cesó de repente y ambos permanecieron por un instante como sí estuvieran tallados en piedra. Se percibió el olor acre del humo del disparo y

entonces, lentamente, Marión Bailey se separó tambaleándose de su marido.

Arnold siguió en pie, con los ojos dilatados por el terror, y la mandíbula inferior colgando en una expresión estúpida del más tremendo estupor, con la pistola humeante en la mano, mientras su mujer se derrumbaba como una borracha sobre la mesa, apoyándose una mano en el pecho, por donde brotaba una mancha de sangre, bajo uno de sus senos. Clavó los dedos en la mesa, para sostenerse y miró a su marido con expresión desamparada.

—¡Arnold... me has disparado... me has herido...! —Crispó la boca en el paroxismo del dolor—. ¡Por Dios, hombre! ¡Llama a un médico, pronto!

Y se desplomó como un fardo, sin vida, en el suelo, donde quedó inmóvil.

Su caída pareció sacar a Arnold del atontamiento que se pintaba en su semblante, teniéndole hasta entonces como hechizado. Con un grito desgarrador, tiró lejos de sí la pistola y se precipitó junto al cuerpo de su mujer. Levantó la fláccida cabeza de Marión y sollozó con la voz rota por la desesperación.

—¡Dios mío...! Marión, no quería dispararte... Sólo deseaba asustarte un poco, hacer que cesaras en tus salidas con otros hombres... ¡Te quiero, Marion, te quiero!

La cabeza de la mujer rodó hacia un lado y sus ojos abiertos e inmóviles miraron sin vida al techo de la habitación.

Bailey se incorporó poco a poco y se enjugó el sudor de las manos en la chaqueta. Miró nuevamente el cuerpo muerto de su esposa, durante largo rato y rompió en un llanto desesperado.

—Está muerta... ¡La he matado!

Atravesó la habitación con el cerebro enloquecido por lo que acababa de hacer. Parecía como sí todo su mundo se hubiese desfondado y no le quedara ya nada que hacer, ni nada quedara para vivir en él. Demasiado tarde supo que aquella mujer, cuyo cuerpo manchado de sangre yacía frente a él, significaba más que todos los cohetes espaciales del mundo y que el propio mundo entero.

Y él la había matado.

Necesitaba telefonear a la Policía inmediatamente. Se dirigió hacia el hall y en el umbral uno de sus pies tropezó con la culata de la pistola asesina que antes había lanza do lejos de sí, a la primera reacción después de la tragedia.

La recogió torpemente y la miró. Conservándola en la mano se dirigió al teléfono instalado en la entrada del hall. ¿Qué haría la Policía cuando le contara lo sucedido? Se ría arrestado bajo la acusación de asesinato. Le encarcelarían, habría como consecuencia Un largo proceso y una torturante espera. Le declararían culpable del asesinato de su mujer y seria ahorcado.

Ahorcado por el cuello hasta que muriera.

La total comprensión de todo aquello, le golpeó con toda la cruel ferocidad del más negro horror. En su mente, pareció sentir ya el áspero contacto de la cuerda del verdugo alrededor de su cuello, y el suelo abrirse bajo sus pies al ceder la trampa de la horca.

Volvió hacia atrás y dejó caer el receptor del teléfono que casi había descolgado del aparato. Se dirigió lentamente hacia la habitación de la muerte y como sí no advirtiese el cuerpo caído de su mujer muerta, yacente Junto a la mesa, se dirigió hacia la ventana y dirigió sus ojos extraviados hacia el cielo nocturno.

Allí arriba, millones de estrellas parpadeaban en la fría bóveda del espacio. Y todo el Universo más allá...

Y él, Arnold Bailey, había tenido la oportunidad de ir a asomarse a aquel infinito Universo, y la había perdido tan absolutamente que Jamás tal oportunidad volvería de nuevo a sus manos.

Nunca más verla el espacio cósmico.

Lentamente, Arnold Bailey levantó la mano que manejaba la pistola, hasta qué el frío y horrible anillo del cañón estuvo en línea recta frente a su cabeza. Su dedo índice se enroscó alrededor del gatillo y tiró.

Y Arnold Bailey se disparó un tiro en los sesos.

La tragedia no fue descubierta hasta el día siguiente, cuando un coche fue a buscar al técnico de la Operación Satélite y volvió sin él. Las repetidas llamadas telefónicas a su casa no tuvieron respuesta y fue el propio profesor Kelland quien ordenó que se desplazase un coche con un agente de seguridad oficial a buscarle personalmente.

Las insistentes llamadas a la puerta principal del policía gubernamental no dieron tampoco el menor resultado y entonces comprobaron que, aun siendo ya más de las once de la mañana, el periódico aún permanecía en el buzón de la puerta y dos botellas de leche reposaban intactas al pie de la puerta de entrada al Jardín. El policía llamó de nuevo y finalmente con auxilio del conductor del coche, forzaron la puerta principal, hallando la tragedia de la noche anterior.

Marión Bailey yacía muerta Junto a la mesa del cuarto de estar con un balazo en el corazón y su marido aparecía derrumbado bajo la ventana, con un tiro en la cabeza conservando todavía la pistola en su mano fría y agarrotada.

Se dio aviso a la Policía de la ciudad y en la cabecera de los periódicos apareció al siguiente día:

DOBLE MUERTE EN MANCHESTER Famoso Técnico en Operaciones Espaciales, se suicida después de asesinar a su esposa.

Y seguía un amplio reportaje sobre la muerte por partida doble en la casita del suburbio y después, un artículo escrito por algún reportero estúpido, cuyas explicaciones científicas se hallaban a mil millas de la realidad, sobre el trabajo de Arnold Bailey, en los terrenos de lanzamiento de Westlake.

El profesor Kelland, sentado en su despacho con los periódicos del día frente a él, miraba abatidamente por la ventana de su oficina. Más lejos podía observar el brillante casco y la aguda saeta del morro del Satélite Tripulado Kelland, por encima del techo del bloque de cemento, junto a la gigantesca

plataforma y al andamiaje para ser lanzado al espacio.

Todo se hallaba dispuesto para el lanzamiento. El cohete había respondido con éxito todos los tests preliminares y la tripulación igualmente lista para emprender la maravillosa aventura, cuyo momento ya estaba señalado para un plazo de dos días más tarde.

Y he aquí ahora el estupor ante el desarrollo totalmente imprevisto de los acontecimientos, en el elemento humano. Uno de los miembros de la tripulación del Satélite, había muerto.

Arnold Bailey, el técnico en cohetes, elegido como uno de los tres hombres de la tripulación espacial, había asesinado a su esposa y se había suicidado después. Se habían invertido casi cerca de tres meses para entrenarle y convertirle en miembro del equipo del Satélite y ahora desaparecía repentinamente de la escena.

Todas las fórmulas matemáticas llevadas a cabo para el lanzamiento en su momento preciso para que alcanzara la órbita de 500 millas sobre la superficie terrestre, podían considerarse inútiles y sin valor alguno.

El profesor Kelland, era normalmente, el hombre más pacífico y dulce de carácter del mundo, pero en aquella ocasión estrelló el puño contra su mesa de trabajo y gritó estrepitosamente:

—¡Rayos y truenos! ¡Maldita sea!

Descolgó el teléfono y gritó:

—¡Deseo ver al Comandante Maddocks y al doctor Lloyd inmediatamente!

La voz situada al otro lado del hilo respondió tímidamente:

—Pero, señor, se encuentran ahora dentro de sus trajes espaciales para otro test sobre la unidad circulante del calor...

Kelland rugió como un león:

—¡No me importa lo que hagan, ni sí se hallan a medio camino del planeta Marte! ¡Quiero verles en mi oficina en el menor tiempo posible!, ¡ahora mismo! ¡en el tiempo Justo que necesitan para llegar hasta aquí! ¿Está bastante clara esta orden?

—Sí, sí señor.

El profesor estrelló, prácticamente, el teléfono sobre la horquilla del aparato y se echó hacia atrás en su asiento despidiendo chispas por los ojos y bufando como un toro embravecido. Había sabido que Arnold Bailey se encontraba envuelto en cualquier clase de problema; pero Jamás pudo imaginarse que fuese tan serio, como para culminar en una forma tan desastrosa: un asesinato y un suicidio. Justamente pocos días antes del momento señalado para despegar el Satélite hacia el espacio.

Cuando Maddocks y Lloyd entraron en el despacho del profesor, el científico permanecía inmóvil y anonadado en su asiento. Los dos hombres se miraron significativamente y se dejaron caer en los butacones que su superior les señaló con un gesto.

—Los cigarrillos se encuentran sobre la mesa, caballeros, sí desean fumar

—dijo el anciano científico con un gesto irritado—. Personalmente no deseo nada, excepto dar rienda suelta a la indignación que me invade.

El Comandante Maddocks tomó un cigarrillo y lo encendió.

Lloyd dijo:

—¿Se refiere usted al infortunado suceso de la muerte de Bailey?

—¿Y de qué otra cosa podría preocuparme en un momento como este? —respondió Kelland furioso. Se mordió los labios y en seguida ensayó una sonrisa de excusa—. Por favor, dispénsenme. No deseaba, en realidad, expresarme así. Yo...

—Está bien profesor —dijo Lloyd con calma—. Me supongo cuál es su estado de ánimo en este preciso momento. Es un deshonor que el joven Bailey haya tenido la ocurrencia de eliminarse, cuando más falta nos hacía. Supongo que esto se traducirá en un aplazamiento de lo proyectado...

—Sí —repuso Kelland con un movimiento de cabeza—. Me temo que será así. Sin Bailey, nuestro cerebro técnico, nos hallamos de nuevo ante la agobiante perspectiva de tener que buscar al hombre que pueda sustituirle e instruirle en la forma que se hizo con Bailey.

—El profesor adoptó un gesto ceñudo—. Bien. Supongo que este acontecimiento proporcionará a nuestros amigos de la Liga Antiespacial la satisfacción de comentar humorísticamente nuestra situación. Hemos fracasado antes de empezar, ante varias naciones del mundo bien adelantadas en sus propios proyectos de satélites orbitales tripulados. Dudo de que el Reino Unido pueda estar en condiciones de aspirar al honor de ser la primera nación que envíe sus hombres al espacio.

—Es terriblemente duro saber lo que eso quiere decir en estos momentos, profesor —intervino Maddocks, lanzando una bocanada de humo de su cigarrillo—. Lo siento de veras, no sólo por usted sino por mí mismo. He deseado como nada en la vida ser el primer hombre que pilotara una nave espacial.

—Esto es espantoso —barbotó descompuesto el profesor Kelland—. Ojalá que ese coche que trató de matarme el otro día, hubiera tenido éxito y que el joven Thomas Bryant se hubiese encontrado a cien millas de distancia de mí en el momento del atentado para que nuestros amigos de la Liga Antiespacial hubieran podido...

El profesor detuvo en seco su perorata y permaneció unos instantes con la boca abierta y las pupilas dilatadas por una repentina inspiración. Levantó ambas manos que cruzó en el aire y Maddocks y Lloyd se miraron alarmados. El doctor Lloyd saltó de su asiento como un muñeco de su caja de sorpresas y se dirigió al lado del profesor.

—¿Qué es, profesor? —preguntó con voz baja—. ¿Se encuentra bien señor?

El profesor pareció no darse cuenta de nada de cuanto le rodeaba. Brillaba en sus ojos un destello de esperanza. Dejó caer los puños sobre la mesa y murmuró:

—Bryant... Thomas Bryant... ¡Sí, claro está!

—¿Thomas Bryant? —preguntó Lloyd—. ¿Qué ocurre con Thomas Bryant?

Ignorándole por el momento, el profesor Kelland se hallaba como galvanizado por la nueva determinación que iba a emprender. Levantó el teléfono y chilló en el micrófono:

—¡Thomas Bryant! Sí, es un antiguo técnico que trabaja en los laboratorios de los motores del cohete. Quiero que venga a mi oficina en el acto ¿Me oye usted?

Colgó el teléfono y se volvió radiante hacia sus colegas con una mirada de triunfo en su faz regordeta.

—¡Por todos los diablos! ¡No estamos aún vencidos, caballeros! ¡No lo estamos todavía!

—Pero, ¿quién es Thomas Bryant, profesor? —preguntó Stephen Lloyd—. Creo que no lo conozco.

Kelland se incorporó y se dirigió hacia la ventana de la oficina, desde donde podía verse la flecha dirigida hacia el cielo, del Satélite, en la distancia. Se frotó fuertemente las manos, como bien satisfecho de sí mismo y repuso a la pregunta del doctor Lloyd.

—Usted no le conoce todavía, Stephen. Pe ro le conocerá muy bien.

—¿Bryant? ¿Bryant? —preguntó Maddocks—. Ese nombre me suena algo. ¿Dónde he oído ese nombre antes?

El profesor Kelland se dirigió a él:

—¿No recuerda usted, Stanley la noche de mi infortunado accidente de auto? La no che en que vino a verme a casa sobre el asunto de Bailey, había un Joven conmigo, el joven que me apartó de las ruedas del coche realmente.

Maddocks chasqueó los dedos en el momento de recordarlo.

—Sí, claro está, ahora lo recuerdo. Me dijo usted que estaba interesadísimo en el proyecto. Fue uno de los chicos que se inscribieron para el examen de técnico en cohetes del equipo del Satélite.

—Justamente —repuso el profesor sonriente—. Siguió las pruebas desde el principio, al fin. Examen escrito y oral, cámara depresión, todo, en resumen. Se quedó el segundo tras Bailey, en la elección final.

—Pero no querrá usted decir que le admitiremos ahora en la tripulación, profesor —advirtió Lloyd—. El lanzamiento habría tenido lugar dentro de dos días. ¡Eso es descabellado!

—Conoce estos motores tan bien como Bailey —explicó Kelland—, y todos y cada uno de los instrumentos y de las piezas de las partes vitales del cohete, Stephen. Bryant ayudó a construirlo todo y a montarlo, de acuerdo con mis planos.

—Pero el entrenarle para las condiciones del espacio exterior, profesor —insistió Lloyd—. No ha recibido nada de eso. El...

—Le entrenaremos —añadió Jubilosamente el científico con la mayor decisión—. Le entrenaremos hoy y mañana a toda marcha. Todos los tests del

proyecto del principio al fin, de un tirón ¡Lo haremos! ¡Yo sé que lo haremos!

El Comandante Maddocks aplastó la colilla de su cigarrillo en el cenicero del despacho y sonrió ampliamente.

—Estoy de acuerdo con usted, profesor. Creo que podemos hacerlo. Yo le acompañaré en persona en todos los tests.

Los tres hombres se sentaron de nuevo confortablemente y al instante alguien llamó con los nudillos a la puerta de la oficina.

Kelland se irguió sonriente y exclamó:

—¡Adelante!

Se abrió la puerta y Tom Bryant entró en la oficina. Iba vestido con el blanco uniforme de técnico antiguo de los laboratorios. Sobre una mejilla llevaba una mancha de grasa, lo que probaba al profesor la prisa que se había dado por acudir a su llamamiento.

Bryant se inclinó respetuosamente hacia el profesor.

—¿En qué puedo servirle, señor? He venido lo más aprisa posible, en cuanto he recibido su mensaje, profesor Kelland.

No había tiempo que perder, en opinión del científico y se fue derecho a la cuestión, sin ningún preámbulo.

—Usted puede ir en la tripulación del Satélite, señor Bryant, con el Comandante Maddocks y el doctor Lloyd, aquí presentes.

Tom parpadeó con asombro por unos instantes, como sí estuviera soñando o fuera a volverse loco, o algo por el estilo. Se puso a reír con aire de incertidumbre.

—¿Eso es una broma especial, profesor Kelland? Ya sé lo ocurrido a Bailey; pero...

—En mi vida he hablado más seriamente, Thomas —contestó el científico con un gesto—. Bailey ha muerto por su propia mano. El Satélite tiene que ser lanzado dentro de dos días y necesitamos un técnico en motores de cohetes. Los informes demuestran que usted es un hombre excelente para ese cometido y de hecho, sí yo hubiera estado advertido a tiempo de que Arnold Bailey era casado, nunca habría sido elegido. A tal respecto consiguió engañarnos a todos. ¿Usted no estará casado, eh Bryant? No habrá esposas ni chicos escondidos por ahí...

—Ni una cosa ni otra, profesor —repuso vivamente Tom. Y añadió con seriedad: —Pero el Satélite tiene que ser lanzado dentro de dos días. ¿Cómo puedo estar dispuesto para ir con ellos? Hizo falta un largo entrenamiento para Arnold Bailey, ¿no es cierto?

—Habrá suficiente con dos días para entrenarle a usted, Tom —dijo Maddocks—, Iremos a efectuar todas las comprobaciones necesarias del principio al fin a marcha forzada y vamos a empezar ahora mismo.

Thomas Bryant sonrió con el rostro iluminado por una loca alegría, maravillado de cuanto le rodeaba.

—No puedo creerlo —dijo—. Un pequeño fallo en el examen de matemáticas y todos esos meses trabajando sencillamente en los motores y en

los instrumentos del Satélite y ahora, como en un premio de la lotería, heme aquí de repente convertido en un miembro de la tripulación.

Se volvió al profesor Kelland y con tono humilde le dijo:

—Se lo agradezco, señor, desde lo más profundo de mi alma. Esto era lo que he soñado desde el comienzo de los viajes por el espacio, desde que los rusos lanzaron su primer satélite no tripulado. Ser uno de los primeros hombres en el espacio cósmico.

—Yo soy quien debe darle las gracias, Joven —replicó Kelland—. Sin un hombre como usted, que ya tiene hechos algunos de los tests necesarios, y dispuesto a partir al primer aviso, todo el proyecto hubiera sido pospuesto por Dios sabe cuánto tiempo.

—¿Cuándo empezamos, señor? —preguntó Tom al Comandante Maddocks.

—De acuerdo, Tom —replicó Stanley con una sonrisa cálida—. Lo primero, es una visita al médico. Tendremos que aseguramos que se encuentra usted en la misma forma física que cuando fue reconocido por el tribunal para su examen y después iremos a la cámara de presión. Deseo ver cómo aguanta usted la resultante de una aceleración repentina de cinco millas por segundo.

Cuando se hubieron marchado, el doctor Lloyd se volvió hacia Kelland moviendo la cabeza.

—Creo que ha tenido usted la decisión Justa, profesor Kelland —dijo—. Sí hay un hombre dispuesto para el lanzamiento dentro de dos días, creo que se es el señor Bryant. Creo que es un tipo ideal para ir a las estrellas.

El examen médico reveló, la forma más favorable, que Bryant correspondía al tipo biológico A-1 del mejor tipo humano. Una hora más tarde se hallaba sujeto a un asiento para sufrir la aceleración del Satélite réplica exacta del original y con el Comandante Maddocks a su lado. Los asientos de espuma de goma especial, flotaban sobre una base hidráulica fuertemente sujetos a ambos lados para asegurarles del riesgo de no ser lanzados al espacio en los súbitos cambios de gravedad y la aceleración.

La pequeña cabina de presión empezó a girar al final de su brazo de acero y una luz roja parpadeó en el techo, simultáneamente con el estridente sonido de un timbre de alarma.

—¡Ya estamos, Tom! —gritó Maddocks con los dientes encajados—. ¡Ya verás lo que es un infierno en su propia salsa!

La terrible aceleración cayó sobre ellos como un peso de hierro y Bryant sintió como sí cada onza de su vida en su cuerpo fuese comprimida brutalmente. Su rostro se contorsionó como sí fuera de caucho y sintió que sí no se detenía en el acto se volvería, loco. Perdió el conocimiento por un momento y cuando volvió al estado consciente, la presión ya había cesado. Se quejó como en una dolorosa agonía y trató de retroceder la cabeza para mirar al Comandante Maddocks.

El oficial de la R. A. F., no estaba en mejores condiciones. Tenía la cara blanca y cubierta de una palidez mortal y en su labio inferior aparecía una

delgada línea de vómito gris. Maddocks pudo dirigirle una débil sonrisa mientras susurraba:

—¿Qué tal se siente, Tom? ¡Una condenada experiencia, verdad!

—Sí, señor, eso y mucho más —repuso Tom sacudiendo la cabeza para salir de su aturdimiento.

Unos técnicos ayudaron a sacarles el aparato y ambos encendieron un cigarrillo.

—Esto es lo que le sucederá en el lanzamiento al espacio, Tom. Es la velocidad de escape. ¿Cree usted que podrá soportarlo de nuevo en el tiempo que falta de dos días tan sólo?

—Estaría dispuesto todos los días, durante un año seguido, sí ese fuera el precio para viajar por el espacio, señor. Y lo digo de todo corazón.

—Sí, creo que es cierto —convino Maddocks—. Y le admiro por ello, joven. Sepa usted que le aprecio y me gusta mil veces más que Bailey. Era una extraña clase de individuo. Y además con sus secretos y demás cuestiones particulares.

—¿Su esposa, supongo?

—Sí, creo que esa sería la causa —afirmó Maddocks—. Por los relatos que han hecho los periódicos, no era, precisamente, por desgracia, la clase de esposa de la que un hombre pueda sentirse orgulloso. —Tiró la colilla y ordenó con aire militar—. No podemos perder ni un minuto. Venga conmigo, eche un vistazo a los trajes espaciales. Emplearé unas cuantas horas para explicarle su funcionamiento antes de que empiece a usarlo.

Maddocks trabajó de firme con Tom Bryant aquel primer día, en un entrenamiento acelerado para poner al joven técnico en condiciones mínimas posibles para el gran salto al espacio y al final de la jornada, sobre las diez de la noche, ambos hombres estaban rendidos y sólo desearon irse a la cama y dormir.

Mientras se dirigían desde el edificio de la Administración, brillantemente iluminado hasta el coche del oficial de la R. A. F., un hombre apoyado contra la puerta de un almacén les observaba alejarse. Era un tipo alto, delgado y enjuto, vestido con el mono blanco de los mecánicos de la planta. Encogió los párpados y una vaga sonrisa apareció en sus labios.

—Hombres del espacio... ¡Hum! —murmuró sarcásticamente mientras se alejaba el coche—. ¡Ya os daremos, hombres del espacio!

Eran las once en punto de la mañana, dos días más tarde. Sobre el área del terreno de lanzamiento del Gobierno, en Westlake, en los páramos de Yorkshire, todo respiraba un aire denso de expectación, que casi podía palparse.

El lugar ocupado por el Satélite Tripulado Kelland, había sido totalmente evacuado de personal, excepto de los hombres indispensables en la operación de disparo. Un gigantesco balón rojo, había sido suspendido sobre el campamento, encima del bloque compacto de cemento desde el que se realizaría el lanzamiento automático del Satélite. En el interior de la

habitación del lanzamiento, profusamente iluminado por tubos fluorescentes, el profesor Kelland permanecía en pie rodeado de paneles cargados de complicados mecanismos e instrumentos y junto a ellos, los técnicos uniformados que debían cuidar de los mismos.

Con el profesor se hallaban los tres hombres de la tripulación espacial, Maddocks, Lloyd y Bryant, vestidos ya con los pesados trajes del espacio especialmente diseñados para ellos por los científicos del proyecto.

Maddocks como piloto vestía el equipo rojo, Lloyd el doctor el verde y Bryant, el Joven técnico de motores de cohetes, el azul. Los cascos con sus espesas mirillas de glasita se hallaban dispuestos a bordo del Satélite.

Una voz potente y metálica procedente del sistema de altavoces de la base interrumpió la conversación de los cuatro hombres y los técnicos militares ocuparon sus plazas frente a los controles.

—¡Faltan treinta y tres minutos para el lanzamiento! ¡Faltan treinta y tres minutos para el lanzamiento!

El profesor Kelland echó un vistazo a su reloj de pulsera y aunque aparecía exteriormente tranquilo, Stanley comprobó que al anciano profesor le temblaba ligeramente el brazo.

Maddocks no se lo reprochó. El mismo, sintió como sí su estómago estuviese atado con cien nudos y tuviese náuseas constantemente. Aquel era un gran momento en la historia del mundo y por medio de la televisión, los ojos de todo el mundo civilizado, estarían sobre ellos en aquel momento.

Kelland tragaba saliva, sin control y dijo finalmente:

—Bien, el momento se acerca, caballeros. Sugiero que suban ya a bordo del Satélite y se preparen para el lanzamiento. El señor Bryant operará en la radio todo el tiempo.

hasta que yo ordene callarla. ¿Comprendido señor Bryant?

—Por completo, señor.

Tom Bryant no estaba realmente seguro de lo que le ocurría, creyendo a veces que vi vía un fantástico sueño, del cual fuera a despertarse en cualquier instante, en la cama de su hogar.

El profesor hizo un gesto con la mano y el Comandante le abrazó con una sonrisa emocionada.

—Le deseo la mejor suerte, Stanley.

—Gracias, profesor —replicó Maddocks simplemente.

Kelland apretó la mano del doctor Lloyd Ninguno de los dos hombres habló una palabra. No era preciso que lo hicieran, ya que cada uno de ellos conocía muy bien los sentimientos del otro. Finalmente el profesor volvió hacia Bryant.

—Bien, Tom, he aquí lo que usted ha deseado más en su vida ¿no es cierto? Dios lo acompañe en esta Jornada hacia lo desconocido y que pueda usted volver sano y salvo con nosotras a la Tierra cuando haya terminado la experiencia. Le deseo también la mejor suerte, mi joven amigo.

Tom Bryant no pudo responder por instante. Después, emocionadamente

repuso

—Gracias, profesor Kelland. Pero no necesitaremos de una suerte especial, en este viaje. Su Satélite tendrá buen cuidado de nosotros, hasta que estemos de vuelta.

—Le agradezco su confianza en mí, Tom

—dijo Kelland más conmovido aún por la sinceridad del joven—. Y ahora, adiós a todos y hasta la vista.

El ruido de los altavoces llegó de nuevo.

—¡Faltan veintiocho minutos para el lanzamiento! ¡Faltan veintiocho minutos para el lanzamiento!

—¿Dispuestos, caballeros? —preguntó el Comandante Maddocks.

Lloyds y Bryant asintieron con un movimiento de cabeza y acompañados por el profesor Kelland, se dirigieron hacia el Satélite, tomando un Jeep para aproximarse a la base del cohete. Pasaron a lo largo de la alta muralla de cemento, tras la cual se hallaban los bomberos, soldados y sanitarios con las ambulancias. Bryant notó la presencia de los médicos de vigilancia y el ritmo de su corazón se aceleró ante la idea de que tal cosa fuera posible. Era lógico que todos aquellos hombres, estuviesen allí reunidos ante la eventualidad de un accidente. Para el caso de que algo fuera mal, como sucedió con el primer intento de lanzamiento de satélite de los Estados Unidos, en que el cohete saltó sobre sus reactores elevándose escasamente unos pocos pies del suelo, para estrellarse seguidamente, destruyéndose totalmente en una gigantesca explosión que lo deshizo por completo. Aquel satélite americano no estaba tripulado. Este sí lo era, y sí se producía la explosión, no serían necesarios ni los médicos ni las ambulancias. No quedarla de los tres hombres ni lo suficiente para ser visto con un microscopio.

Al pie del gigantesco cohete, los tres hombres se alinearon y bajo las miradas de aquellos hombres y de las lentes de las cámaras de televisión telescópicas, empezaron a subir el largo y solitario trecho que les separaba del morro del Satélite en cuyo aire a presión dentro de la liviana cabina de acero, deberían vivir juntos las dos próximas semanas.

Mientras Bryant, el tercero de la fila subía por la escalera de acero de la grúa, le resultó difícil imaginar que sí todo iba bien según estaba planeado, él se encontraría quinientas millas sobre la superficie de la Tierra en media hora de tiempo. Aquello se le antojaba imposible. Tocando los talones del doctor Lloyd, Tom alcanzó la cabina de aire a presión del Satélite y Maddocks esperaba para manejar la válvula interior que cerraría y precintaría herméticamente la nave una vez todos en su interior. Bryant volvió la cabeza en una última mirada al mundo que le era conocido y que ahora abandonarla para siempre quizás, sí algo dejaba de funcionar tanto en el lanzamiento, como después en el espacio exterior.

Maddocks no se movió para darle prisa cuando el joven técnico se apresuró a ocupar su plaza en la cabina, el Comandante le guiñó el ojo con un gesto de simpatía.

De cualquier forma, después de todo, Bryant se sintió mejor y el ruido de la válvula de seguridad no le afectó gran cosa en sus nervios excitados.

—De acuerdo, camaradas —dijo el piloto, una vez que todos los miembros de la tripulación se hallaron en sus puestos, rodeados por todas partes por los brillantes paneles de diales e instrumentos que entrarían en funcionamiento para la observación, información y registro del espacio exterior en dispositivos automáticos—. Ya saben cómo deben tomar posiciones en sus asientos. ¿Bien organizados, eh?

Tom Bryant, cuyas piernas le parecían de caucho, ocupó su asiento de espuma de goma, fundamentado sobre un sostén hidráulico. Miraba fijamente a Maddocks, que se acomodaba en su plaza, en posición de lanzamiento. Procedió a actuar sobre el dial que le permitía incorporarse un poco, hasta poder manipular en la radio, cuyos controles tenía enfrente.

—¿Qué tal va eso? ¿Confortable?

Bryant se humedeció los labios resecos y replicó con voz que parecía más bien, un ronco quejido.

—Sí, señor.

—Olvide el tratamiento de «señor», Tom

—dijo Maddocks—. Mi nombre es Stanley.

Se adelantó con sus botas de acero resonando sobre el suelo metálico para comprobar que el doctor Lloyd se hallaba acomodado con seguridad, en su plaza y Thomas Bryant se ocupaba de la radio. Manejó el dial convenientemente y la voz del profesor Kelland llegó fuerte y clara, aunque ligeramente agitada.

—¿... oyéndome, Tom? ¿Me está usted oyendo? ¡Conteste en seguida sí puede oírme!

—¡Sí, sí, puedo oírle perfectamente, profesor! —repuso débilmente.

—De acuerdo, Tom. ¿Está todo bajo control ahí arriba?

—Sí, profesor, todo en orden. —Volvió la cabeza para dirigir una última mirada a sus camaradas e informar detalladamente al profesor—. El doctor Lloyd se encuentra ya debidamente asegurado en su asiento y el Comandante también ocupa el suyo. Ahora se dedica a comprobar los instrumentos que tiene sobre la cabeza.

La voz del profesor llegó de nuevo.

—Diga a Maddocks que compruebe los tanques de combustible, Tom. Recuérdele que es de necesidad imperiosa que cierre la válvula de la segunda fase al final de su combustión completa y que abra la tercera exactamente dos segundos después, cuando el dial de su izquierda se encienda en rojo. Sí no obedece a tales Indicaciones, la tercera y última fase del cohete no enviará al Satélite a la órbita que hemos calculado para ustedes, de catorce días de duración ¿Comprendido?

—Comprendido, profesor. Repetiré esas instrucciones en el acto.

Repitió las instrucciones recibidas al Comandante Jefe de vuelo y el piloto le hizo un signo de conformidad con el dedo pulgar hacia arriba.

—Sobre la cabeza del técnico surgió la voz de la base.

—¡Faltan ocho minutos para el lanzamiento! ¡Faltan ocho minutos para el instante cero!

Tom se echó hacia atrás en su asiento y respiró profundamente. Sintió un delgado surco de sudor en la frente y miró a sus camaradas que parecían tomar la situación mejor que él.

Lloyd que no tenía obligaciones inmediatas, ni en el lanzamiento, ni después del disparo, descansaba con todo el cuerpo extendido, por completo relajado y con los ojos cerrados. Parecía sencillamente que iba a gozar de una buena siesta. Maddocks se mantenía con la cabeza ligeramente erguida, estudiando los instrumentos frontales intensamente. Levantó una mano hacia el brillante panel y a medio camino la dejó caer de nuevo. Bryant le vio restregarse la barbilla como sí algo le irritase en aquel lugar. Parecía tan tenso y nervioso como el propio Bryant. La radio permanecía silenciosa hasta que de nuevo sonó por los altavoces:

—¡Faltan dos minutos para el lanzamiento! ¡Faltan dos minutos para el instante cero!

Y a continuación:

—¡Despejen el terreno de lanzamiento todo el personal!

La respiración de Tom comenzó de nuevo a acelerarse, tenía los dientes apretados y le parecía como muy lejana la voz del doctor Lloyd que le aconsejó afectuosamente:

—Descanse muchacho, descanse. Le resultará mucho más fácil, sí se lo toma con calma.

Bryant esbozó una mueca que quiso ser una sonrisa.

El sonido del altavoz llegó de nuevo para informar a los tres hombres que permanecían encerrados y precintados en el interior de la cabina del Satélite, lo que ocurría fuera del Satélite Tripulado, momento a momento, lejos ya como si estuvieran aislados del resto del mundo.

—¡Aparten la grúa del costado del Satélite! ¡Aparten la grúa del costado del Satélite! ¡Falta minuto y medio para el lanzamiento!

Tom trató de imaginar lo que estaba ocurriendo en el exterior, en aquellos momentos. Toda el área estaba siendo despejada del personal, quedando solamente en ella los hombres que se ocupaban de apartar lentamente del Satélite la gigantesca grúa para situarla en seguridad, lejos del terreno del disparo. Pudo imaginar también, dentro del enorme bloque de cemento, al profesor Kelland en la habitación del control, con el corazón latiéndole aceleradamente. Y seguramente esperando y sudando más que los tres pioneros de a bordo del Satélite.

La voz del profesor Kelland, resonó en el altavoz potente y clara:

—Falta un minuto para el lanzamiento, muchachos. Este es el minuto que habéis estado esperando. En menos de sesenta segundos, saldréis disparados al espacio y seréis los primeros hombres que veréis las estrellas desde el espacio cósmico, y os convertiréis así en los pioneros de los viajes espaciales.

Los mejores deseos del mundo entero están con vosotros, Stanley, Stephen y Tom. Que Dios Todopoderoso os acompañe también.

El altavoz cambió y comenzó la trágica cuenta de los segundos que faltaban para el disparo, y el último minuto anterior a la salida al espacio... o a la muerte.

—«Diez y siete, diez y seis, quince, catorce... »

Tom Bryant apretó los labios y respiró fuertemente. Inconscientemente se halló a sí mismo clavándose las uñas de los dedos tan fuertemente en las palmas de las manos que casi le producían heridas.

—«Diez, nueve, ocho... »

—Descansa, Tom —volvió a aconsejarle la suave voz del doctor Lloyd—. Descansa, tómalo con calma, hijo.

«—Cinco, cuatro, tres... »

—¡Santo Dios! —pensó en un relámpago que cruzó por su enfebrecida mente, Tom Bryant—. ¿Qué hago aquí? ¡Ah, Señor, voy a morir... SÍ, voy a morir... Quiero marcharme...! ¡Dios mío, déjame marchar...!

—«Dos, uno, CERO!! »

Capítulo IV
HOMBRES EN EL ESPACIO COSMICO

—¡FUEGO! —gritó la voz excitada del oficial de control en el bloque pétreo de la base de Westlake.

Un largo dedo pulsó el botón y tanto el profesor Kelland como sus colegas, protegiéndose los ojos con unas gafas oscuras, se lanzaron afanosamente sobre las mirillas de la habitación de control, mirando fascinados el Satélite que solitario y orgulloso, apuntaba al cielo su morro brillante.

Una tremenda explosión en la base del cohete y en seguida una cegadora llama de fuego procedente de los cohetes reactores, al entrar en ignición los potentes motores hidrogeno - oxigeno, y un rugido creciente en fracciones de segundo al entrar los reactores en pleno rendimiento, esparciendo una llama blanca a cien yardas en todas direcciones a través del duro terreno de la base.

El enorme navío espacial se conmovió al principio, comenzó a levantarse de la superficie del terreno de lanzamiento.

—¡Está despegando! —gritó el profesor

Kelland en el colmo de la excitación— ¡Lo hemos conseguido!

Y, entonces, con un rugido, como el de un tren exprés al entrar en un túnel, magnífica do mil veces, el Satélite Tripulado Kelland, se levantó airosamente de la Tierra y se desvaneció en el azul del firmamento de Yorkshire, dejando tras él una pesada nube de humo blanco y una enorme área de terreno calcinado tan grande como la mitad del terreno de lanzamiento.

Tom Bryant, yacente a todo lo largo de su cuerpo en su asiento especial sintió la conmoción de toda la nave cuando los reactores entraron en ignición, y en seguida el escape de los gases, cuyo ruido le invadió la mente, no existiendo para él otra cosa que el ruido y los terribles efectos de la aceleración, que empezaban a invadir sus oídos y todo su cerebro. En un breve destello de pánico, trató de incorporarse de la posición que ocupaba; pero le resultó imposible y en seguida la velocidad y con ella la aceleración, empezó a hacer mella en todo su cuerpo, empapado por el sudor.

Le pareció, como sí un peso gigantesco de hierro, le presionara hacia abajo sobre cada pulgada de su organismo, desde la cabeza a los pies y que aumentaba a cada segundo que transcurría.

Una niebla roja de agonía, pasó a través de su cerebro y sintió como sí la carne de todo su cuerpo se desprendiera de sus huesos y quedara deshecho. Trató de gritar; pero su boca no se abrió. Sintió un agudo dolor en todas las articulaciones y tuvo la certeza, de que todos los «tests» a que se habla sometido, en la base de Westlake, no eran nada en comparación con lo que estaba sufriendo en aquellos momentos.

Finalmente, el mundo consciente de Tom, quedó disuelto en una nube pulverizada de fragmentos y puntos brillantes, cayendo en un abismo de

negrura del que no deseaba volver...

Al otro lado de la cabina, el Comandante Maddocks, con los dientes encajados, observaba la creciente aceleración del Satélite, en los diales que tenia frente a sus ojos. Sintió la negrura de la inconsciencia cernerse sobre él, pero luchó terriblemente para conservar la lucidez y el juego de su brazo derecho. Era el único tripulante, a quien no le estaba permitido perder el conocimiento, en aquella fase de la jornada. Tenía que poner en ignición el tercer piso del cohete, cuando alcanzase el punto máximo de la curva trazada por encima de la superficie de la Tierra. La tercera fase, que habría de situar el Satélite, en la órbita que habría de mantener constantemente alrededor de la Tierra, según los cálculos efectuados por el profesor Kelland.

Al fin la aguja se inclinó y cayó suavemente, cuando la primera fase del Satélite se desprendió y cayó al espacio y en seguida ganó el terreno perdido rápidamente al entrar en funcionamiento, la segunda fase, que funcionó fácil y regularmente.

Todo marchaba como estaba previsto por Kelland y según los planes y cálculos realizados en su oficina de la Tierra. La velocidad del Satélite se mantenía en la marca de cinco millas por segundo, sin señales de disminuir.

Maddocks luchó para borrar de sus ojos las manchas blancas que entorpecían su visión, agitando los párpados, con un tremendo esfuerzo. El ritmo de elevación del Satélite empezó a decaer, al decrecer la fuerza impulsora del segundo estadio. La velocidad era escasamente de cuatro millas por segundo. Los instrumentos le indicaban, que el cohete continuaba subiendo; pero empezaba a retrasar se. Los ojos de Maddocks no se despegaba del dial que marcaba los segundos, y que advertiría oportunamente, cuando tendría que poner en marcha la tercera fase, final del cohete, para entrar en la órbita calcula da. Transcurrieron algunos momentos. La fa se número dos se hallaba casi extinguida. Disponía de dos segundos para presionar el botón, cuando la fase segunda, marcase cero.

Maddocks trató de levantar el brazo y exhaló un grito de dolor que le recorrió todas sus venas. ¡Dios mío! —pensó presa de pánico irracional—.¡No puedo mover el brazo. Hizo un esfuerzo sobrehumano para obligar a su brazo derecho a levantarse hacia arriba. Pulgada a pulgada, su brazo tembloroso se movió hacia el botón. La segunda fase acababa de extinguirse y la aguja marcó el cero. Uno, dos.

El dedo de Maddocks se apoyó en el botón de la tercera fase y el motor rugió lleno de vida. La aceleración, renovada, forzó nuevamente al Comandante a caer aplastado sobre su asiento y sintió como sí todos sus huesos fueran a descoyuntarse.

Pero Maddocks se sintió satisfecho. Había cumplido lo que parecía imposible. Había hecho de la órbita calculada a quinientas millas, una realidad evidente. Dejó a su cerebro ser invadido por la negrura de la inconsciencia y se unió a sus compañeros en los dominios sombríos de una profunda laxitud, seguida de la pérdida del conocimiento.

Thomas Bryant recobró los sentidos.

Luchó a su vez, a través de las espesas y negras oleadas de la inconsciencia, hasta que aquella negrura se transformó en un vapor blanco lechoso ante sus ojos, percibiendo rápidamente la luz y la conciencia de cuanto le rodeaba. Se fijó en la radio, frente a él, todavía en posición de recibir y su primer pensamiento fue de un profundo agradecimiento por hallarse de nuevo en la vida. El Joven técnico inglés murmuró una plegaria ferviente y pudo darse cuenta del hecho de que la sensación terrorífica de la aceleración, ya no le afectaba en absoluto.

Se había terminado y era evidente que él y sus dos camaradas se hallaban en el espacio exterior y siguiendo un vuelo orbital alrededor de la superficie de la Tierra. Pensó en seguida en Maddocks y en Lloyd y volvió la cabeza para mirar en su dirección, dejando escapar un suspiro de alivio, al advertir que sus compañeros, no solamente estaban vivos sino en plena consciencia, tomando un activo interés en cuanto les rodeaba.

El doctor Stephen Lloyd se dirigió hacia el Comandante y le habló con voz todavía temblorosa:

—¡Enhorabuena, Stanley —dijo—, usted lo ha conseguido!

Maddocks le respondió en igual tono de voz y con una cordial sonrisa.

—Gracias, Stephen. Hubo momentos en que creí que no me sería posible levantar el brazo para hacerlo. Mi brazo pesaba, según me parecía, una tonelada.

—Seguramente pesaría una tonelada —afirmó Lloyd—. Desde luego sería perfectamente posible en esa zona. Eso lo hace la extrema aceleración.

—Bien, ya he descubierto algo —convino el Comandante—. Algo de lo que tendrán que apercibirse en el futuro los astronautas. El piloto deberá tener su brazo derecho asegurado contra el panel de instrumentos sí tiene que realizar alguna manipulación, mientras dura la aceleración. ¡Buen Dios, creo que no podría volver a repetir la faena en mil años!

El doctor volvió la cabeza hacia el joven Tom.

—¿Qué tal va eso, jovencito?

—Me encuentro perfectamente, doctor —respondió Bryant—. Confieso que me encontré desesperado en los primeros momentos del disparo, creí en un momento dado que moría. Pero ahora estoy perfectamente.

—Lo hizo muy bien, Tom —afirmó el Comandante Maddocks desde la otra parte de la cabina—. Para un hombre que sólo ha dispuesto de un par de días para entrenarse para un viaje espacial, lo ha hecho usted mejor que ningún otro hubiese podido hacerlo.

—Gracias, señor —murmuró Tom.

—Y desde ahora va a suprimir ese «señor», jovencito, de una vez por todas. Somos tres seres humanos reunidos, viviendo una experiencia que ningún hombre de la Tierra ha vivido antes jamás. Somos amigos y éste es el único camino para seguir adelante en este vuelo. Desde ahora, yo soy Stanley.

—Y yo solamente Stephen —intervino el doctor Lloyd—, o bien mejor

Steve sí ustedes quieren abreviar, como ya lo hacen muchos de mis amigos.

En aquel momento la voz del profesor Kelland empezó a oírse débilmente en la radio a través de un cierto «fading» advirtiéndose sin embargo su inconfundible acento.

—¡Alló, Satélite, alló, Satélite! ¡Tom! ¿Puede usted oírme? Cambio para usted, cambio,

Thomas Bryant operó en el dial del equipo hasta señalar la figura cinco, la recepción entonces fue potente y clara. Cambió la posición de la palanca y en disposición de transmitir, habló frente al micrófono:

—¡Alló, profesor Kelland! Sí, le recibimos claramente en la banda cinco del receptor. Cambio.

—Gracias a Dios. —Bryant pudo comprobar el profundo alivio que expresaba la voz del anciano hombre de ciencia—. ¿Qué tal va eso, Tom? ¿Alguna cosa ha ido mal en cualquier momento?

—No, señor, nada. Nos encontramos perfectamente. Creo que el Comandante Maddocks ha experimentado una gran dificultad en el momento de poner en funcionamiento la tercera fase, a la altura de la curva orbi tal ¿Quizá quisiera usted hablar con él, señor?

—Sí, sí, me gustaría. —La voz del profesor se notaba entonces excitada—. Nuestra con versación prueba, Tom, una cosa de la que antes no se tenía seguridad y es que la voz humana, en toda su claridad, puede penetrar la Capa de Heasviside en ambos sentidos. Ello significa que estaremos en condiciones de usar la radio desde la Tierra hasta el navío espacial, en todas las ocasiones del futuro.

Thomas Bryant manipuló el dial de la radio hasta la banda diez, la de mayor potencia de volumen del equipo, e hizo señas a Maddocks que se hallaba firmemente asegurado en su plaza:

—Adelante, hable con el profesor, Stanley. Sí usted habla alto, él podrá oírle perfectamente desde la Tierra.

—Confieso, que es un gran alivio —suspiró el Comandante—. Algo que me inquietaba al no tener contacto con la Tierra mientras permanecemos en el espacio. Era como sí nos sintiéramos completamente aislados.

—Levantó la voz y gritó:

—¡Alló, profesor Kelland! espero que pueda oír cuanto quiero decirle. Tuvimos un buen despegue de la Tierra, como Tom le acaba de decir y ahora nos encontramos circunnavegando la Tierra a una altura de cuatrocientas noventa y siete millas, sí mis instrumentos funcionan correctamente.

—Sí, eso es perfecto, Stanley —respondió la voz del profesor—.Esa es la clase de información que necesitaré de ustedes constantemente, mientras se encuentren en el espacio. Sepan ustedes que científicos de todo el mundo, están observando su vuelo orbital. Ahora se encuentran ustedes sobre el continente americano.

—Me quedo sin aliento sólo de pensarlo —gritó Stanley—, aquí parece que nos hallamos como sí nada se moviese en absoluto.

—Eso es algo que tienen ustedes que tener muy en cuenta —replicó el profesor—, se encuentran ahora en el espacio exterior y para todos los efectos sus cuerpos están carentes de peso, en una completa ingravidez. Asegúrense, cuando se desliguen de sus asientos de seguridad, que las botas electromagnéticas entren en funciones y de tener los pies cerca del suelo de la cabina.

—Lo haremos, profesor. ¿Desea usted estar en contacto permanente de radio con nosotros?

Tom Bryant terció en la conversación.

—No, no podrá ser, tengo miedo de que no podamos realizarlo. Las baterías no tienen capacidad para estar catorce días trabajando constantemente.

—Tom tiene razón —convino el profesor Kelland—, sugiero para estas primeras veinticuatro horas, que tomemos contacto cada quince minutos, ¿les parece bien?

—De acuerdo con lo que usted dice, profesor —afirmó Maddocks.

—El tiempo por su reloj, sería de las 11'50 —observó el profesor—, deseo, Tom, que tenga usted la radio en posición de recibir exactamente a las 12’15 ¿comprendido?

—Sí, señor.

La voz del profesor Kelland, llegó de nuevo alegre:

—De acuerdo, muchacho, cambio y corto.

El receptor permaneció mudo y nuevamente los tres hombres quedaron aislados y solitarios en la vasta inmensidad del espacio.

El Comandante sugirió alegremente:

—De acuerdo, muchachos. Vamos a desligarnos de nuestras ataduras y a dar los primeros pasos en el espacio. Seré el primero. No olviden de conectar el dispositivo electromagnético, antes de empezar a desatarse.

Lloyd y Bryant observaron con atención la maniobra de Stanley, desligándose de las correas y ataduras que le tenían fijo a su asiento especial de aceleración, en la cabina del Satélite. Vieron como una de sus botas metálicas de Maddocks vacilaba en el aire y en seguida se asentaba firmemente en el suelo, con un golpe metálico. Maddocks se esforzó por recobrar la posición de sentado, apretando los labios y con una firme decisión en todos los rasgos de su rostro. La segunda bota se reunió con la primera y finalmente Stanley Maddocks pudo incorporarse.

Se balanceó unos segundos y sonrió a sus dos camaradas de tripulación.

—Esta es una condenada sensación, muchachos. Los pies parecen firmemente asentados en el suelo y sin embargo el cuerpo permanece como flotando de una forma extraña como sí se hubiese perdido todo control sobre él esperando en cualquier momento subir hacia el techo.

Lloyd realizó la misma maniobra y se reunió con el jefe en mitad de la cabina del Satélite. Tom Bryant conectó el dial correspondiente del pequeño panel que tenía en medio del pecho, en su traje espacial, para poner sus botas

electromagnéticas en funcionamiento. Se deshizo de las ligaduras que le amarraban al asiento y siguió la misma maniobra de sus otros dos camaradas. Se puso en pie con cuidado y una vez conseguido miró sonriente a sus compañeros.

—¿No parece una cosa tan mala, no es verdad? —dijo Tom—. Pero ¿qué diablos ocurrirá sí no se enchufa la corriente a estas botas electromagnéticas? ¿Iremos volando hacia el techo?

—No, Tom, no ocurrirá nada de eso. Fíjese en esas pequeñas protuberancias que tiene en las rodillas de su traje espacial. Son unos interruptores automáticos, que funcionan cada vez que flexiona usted la pierna, para levantar el pie. Corta el circuito de una pierna mientras que la otra permanece magnetiza da. No volará usted hasta tocar el techo, mientras tenga conectado el panel pectoral de su traje en esa posición.

Tom sugirió bromeando:

—Me gustarla saber qué se siente al flotar en el espacio.

—¡Cómo! ¿Va usted a ensayarlo? —dijo Lloyd.

—Déjense de bromas y no lo intente —intervino Maddocks—. No queremos ninguna francachela durante este viaje.

—Pero no se trata de ninguna francachela, Stanley —explicó pacientemente Lloyd—. Flotar en el espacio mientras que el Satélite se halla en situación de caída libre es algo que tendremos que hacer para informar al profesor Kelland. Es sencillamente, una de las muchas cosas que necesitamos conocer, antes de volver a la Tierra, y sí Tom quiere comprobarlo ahora, déjelo hacer. Un voluntario para cualquier experiencia es más valioso que diez hombres forzados, no lo olvide.

—Lo siento, Steve —sonrió aprobando, el jefe—. De acuerdo, Tom, sí quiere usted flotar en el espacio, desconecte la clavija correspondiente. Pero tenga cuidado. No podemos permitir que se hiera a sí mismo o que se desgarre su traje espacial.

—Conformes, ahí va eso.

Desconectó la clavija de su panel frontal, en el pecho, y con un gesto, más bien confuso, dijo:

—Bien, no parece que ocurra nada.

Pero un segundo después, le pareció que toda la cabina giraba alocadamente en todos sentidos a su alrededor, hasta perderse la noción de todos sus detalles, como sí no existieran, y todo lo que alcanzaba a ver era como la visión de un caleidoscopio de extrañas sombras grises alrededor de su cabeza. Sintió algo que jamás había experimentado en toda su vida, su estómago se levantaba como si fuera a salirle por la boca y repentinamente Tom Bryant sintió un pánico sobrecogedor, como Jamás habla sentido.

—¡Por amor de Dios, hacedme volver abajo! —gritó Tom frenéticamente —. ¡Hagan algo!

Stanley Maddocks se lanzó hacia él; pero el doctor Lloyd le detuvo.

—No, dejémosle flotar un rato. Después le reconoceré desde el punto de

vista médico. Tom, en este momento, se comporta como un mártir de la ciencia.

Ambos miraban hacia arriba, pendientes de las evoluciones del muchacho que flotaba sobre sus cabezas, con las piernas y brazos encogidos formando ángulos rectos con el cuerpo.

—Procure agarrarle las piernas, Stanley —sugirió Lloyd—, mientras yo le conecto el dispositivo magnético.

El Comandante se alzó sobre sus pies y en un momento dado asió las piernas de Tom, mientras que el doctor Lloyd le sujetaba por los hombros. Manipuló convenientemente en el panel pectoral del técnico y enchufó de nuevo la corriente del dispositivo electromagnético. El punto de contacto más próximo para Bryant, en aquel momento, era la pared metálica de la cabina del Satélite y cuando se estableció el circuito, las botas se quedaron adheridas a la pared metálica más inmediata.

Las botas chocaron con la pared con un golpe metálico y Tom Bryant, se incorporó en lo que para él era una posición recta, ya que desde su punto de vista, el Jefe de vuelo y el doctor Lloyd, aparecían como si estuvieran apoyados y de pie en la pared. Tom, no sintió nada especial en aquella absurda postura y cuando volvió la cabeza, vio a sus dos camaradas de manera que formaban, con respecto a él, un ángulo de noventa grados.

—¡Hola! —gritó—. ¿Qué diablos ha ocurrido? ¿Es que la cabina ha dado la vuelta? ¿Cómo pueden ustedes estar de pie en semejante posición?

Maddocks, rio de buena gana y explicó:

—No es cuestión de hallarse de pie en ningún sitio, Tom. Como ve usted, aquí, en el espacio exterior, donde no existe ninguna gravedad, no hay ni arriba ni abajo, ni posición derecha ni izquierda. En cualquier posición en que una persona se tenga en pie, es el lugar correcto para ella. Es una cuestión de pura relatividad.

Tom Bryant levantó una bota con cierta vacilación y dio un paso sobre la pared. Siguió con otros más, observando a sus compañeros constantemente, y cuando al final se reunió con ellos, en el suelo de la cabina, dejó escapar una carcajada divertida.

—Aquí me tienen, abajo con ustedes de nuevo, aunque me encontraba igualmente bien por ahí arriba en las paredes, sin haber sentido nada especial diferente en todas esas posiciones, mientras he estado moviéndome.

—Ha sido una interesante experiencia, Tom, —dijo Lloyd—. También nosotros lo haremos eventualmente. Ahora, voy a echarle a usted un vistazo, como médico para comprobar sí ha ocurrido algo, mientras usted se hallaba en situación de caída libre en el espacio. Póngase de nuevo sobre su asiento y sujete sus botas, mientras yo le sujeto de nuevo a su litera de aceleración.

Stanley miró su reloj de pulsera y recordó a sus compañeros:

—Dése prisa, Steve. Recuerde que debemos estar en contacto con la Tierra dentro de seis minutos.

Capitulo V
LA BOMBA

El profesor Kelland estaba pendiente de la radio constantemente, en el cuarto de control de Westlake y era obvio, para cualquiera que le observase que toda su atención estaba dirigida a tomar contacto con los tres hombres que viajaban por el espacio en una órbita de 500 millas por encima de la Tierra. Había muchas cosas que preguntar a los tripulantes y poco tiempo para preguntar. Era una gran ocasión para él, como lo era para el mundo entero, y todas las grandes Compañías de Radio tenían comunicación con Westlake para seguir la conversación entre el científico y los hombres del espacio, que podían ser seguidas por millones de radioyentes. Verdaderamente una ocasión única y excepcional.

El teléfono situado a espaldas de aquel centro coordinador del vuelo orbital, sonó insistentemente y un soldado se levantó para atender la llamada.

El militar descolgó y oyó durante unos instantes la comunicación lejana, movió la cabeza y repuso:

—Sí, señor. Se lo diré inmediatamente.

Puso a un lado el receptor y se dirigió al profesor Kelland, atareado en el control de la radio en lo que tenía concentrada toda su atención.

—Perdone, señor —dijo el soldado respetuosamente.

El profesor agitó una mano sin responderle. El soldado insistió nuevamente.

—Perdone, profesor.

Sin volver la cabeza el profesor Kelland gritó en una orden irritada:

—No me moleste. ¿No ve usted que estoy muy ocupado?

—Sí, señor —repitió el soldado educadamente—. Pero se trata de un mensaje urgente de su oficina. Es muy importante. Le ruegan que acuda usted inmediatamente.

—¿Importante? ¿Inmediatamente? ¡De qué diablos me está usted hablando, joven! ¿No ve usted que no puedo abandonar esta habitación por ningún concepto? Necesito estar en contacto con los miembros de la tripulación del Satélite.

El soldado persistió.

—El inspector Gregory dice que es de la mayor importancia, señor. Ha dicho que debe usted ir inmediatamente a su oficina, en la Administración.

—¡Al diablo con lo que diga! —chilló el profesor irritado—. ¿Qué demonios supone Gregory que estoy haciendo? ¿Dónde dijo que estaba?

—En su oficina, señor.

—¡Hum! —Y miró al equipo de radio y en seguida a su reloj para salir disparado a través de la habitación donde se hallaba el teléfono. Levantó el receptor.

—¡Mire, Gregory! ¿Qué quiere ahora? ¿Qué quiere usted decir con eso de que vaya inmediatamente a mi oficina? ¿No sabe usted que tengo que establecer contacto de nuevo con el satélite dentro de cinco minutos?

—Sí, señor, lo comprendo —dijo el Inspector de Policía al otro extremo del hilo telefónico—. Pero ha ocurrido algo inesperado, algo de mayor importancia.

—¡Maldita sea, hombre! ¿Qué puede ser más importante que el Satélite en este momento?

—Los imprevistos acontecimientos afectan precisamente al Satélite, señor.

—¿Qué? ¿Qué... qué quiere usted decir, Inspector? ¿Qué ha ocurrido? ¡Vamos hable, pronto!

La voz del Inspector Gregory sonó al otro lado dura y hostil.

—La policía ha detenido a un hombre en la puerta principal, señor. Había robado un coche y trataba de escapar de la base. Se llama Clarck, ha trabajado como mecánico en el proyecto. Ha tratado de forzar la puerta y escapar pero ha chocado con un poste y ha volcado. Le hemos arrestado inmediatamente. Se ha defendido salvajemente al principio pero ha terminado por confesar que es un miembro de la Liga Antiespacial, deliberadamente situado en Westlake para llevar a cabo un sabotaje contra el Satélite.

El profesor Kelland sonrió nerviosamente: —Pero quienquiera que sea. Inspector, ha debido fracasar. Mi Satélite se halla con éxito en el espacio a 500 millas sobre la Tierra y donde ninguna cosa de la Liga Antiespacial, pueda causarle ningún daño.

—Se equivoca usted, profesor —repuso Gregory sombríamente—. Este hombre, Clark, nos ha confesado, mejor dicho, nos ha asegurado regocijándose con la mayor alegría por la hazaña, que ha conseguido situar a bordo del Satélite una bomba de relojería... ¡Y la bomba tiene que explotar dentro de una hora!

El profesor Kelland sintió que el suelo se abría bajo sus pies. La sangre huyó de su semblante dejándole blanco y tembloroso, incapaz de actuar y como paralizado por la impresión. Se agarró al borde de la mesa para sostenerse y murmuró débilmente:

—No, no, no puede ser.

—Me temo que sea así, señor —repuso Gregory—. Era uno de los hombres que trabajaron en el interior del Satélite en la última etapa y ha podido muy bien deslizar el artefacto y esconderlo allí.

—¿Dónde... dónde está esa bomba, Inspector? ¿Dónde está exactamente emplazada? —susurró el profesor con la voz rota por la fuerte emoción.

—Eso es lo que no quiere decirnos, señor —replicó malhumorado el Inspector—. Creo que podré hacerle hablar y por eso deseo que venga inmediatamente a su oficina. Cualquier procedimiento que emplee contra este tipo debe ser bajo su completa aprobación y con usted, como testigo.

—Voy inmediatamente, Inspector. Estaré ahí en menos de cinco minutos.

Salió disparado a través del cuarto de control y tropezó con el operador de

la radio. Le tocó el hombro suavemente y rápidamente le dio instrucciones.

—Llame al Satélite en el momento convenido. Dígales que algo ha ocurrido de inesperado y que esperen hasta que yo me encuentre de vuelta de mi oficina. ¿Comprendido.

—Sí, señor. Comprendido.

El anciano científico salió como un loco de la habitación y del edificio y a la salida tropezó con un verdadero ejército de reporteros y periodistas y locutores de la Televisión. Ciegamente, el profesor luchó por dirigirse sin pérdida de un momento a su coche, mientras que llamaba desesperadamente al hombre que le esperaba al volante.

—¡Wetherby, por favor, ayúdeme! ¡Sáqueme de aquí!

La puerta del coche se abrió con violencia y el gigantesco asistente del profesor Kelland saltó a tierra. Se lanzó adelante como un toro, apartando a manotazos la nube de reporteros, levantándoles del cuello como muñecos a veces y por todos los medios, consiguió aproximarse a su señor, hasta levantarle literalmente en sus brazos.

—¡Vamos, profesor, pronto saldremos de esta chusma!

Volvieron, no sin trabajo, hacia el coche del científico y la gente que ya había experimentado el poder de las manos del gigante, se apartó con cuidado para dejarles pasar. Wetherby depositó cuidadosamente a su jefe en el asiento posterior y ocupó rápidamente su asiento al volante.

—¿Dónde vamos, profesor?

—A mi oficina, a la Administración ¡pronto!.

El coche salió a todo gas del área de lanzamiento, dirigido hacia la oficina del científico, en el bloque de la Administración.

—A fe mía, Wetherby, que estoy admirando de la proeza de sacarme tan pronto de entre esa gente. No esperaba que pudiésemos zafamos tan pronto.

—No se preocupe por eso, señor —repuso el gigantesco Wetherby, mientras con el volante firmemente sujeto en las manos, enfilaba a toda marcha la amplia carretera—. ¿Es que ocurre algo, profesor Kelland?

—Sí, Wetherby —repuso el anciano hombre de ciencia, con voz solemne —. Ocurre algo de la mayor gravedad y que concierne a esos muchachos que van a bordo del Satélite, estoy aterrado.

—¿Y qué es lo que ocurre, sí puedo saberlo, señor?

—Parece ser que el Inspector Gregory de la Policía especial de Seguridad, ha echado el guante a un individuo de la Liga Antiespacial, quien ha confesado haber metido una bomba de relojería en el Satélite, antes del lanzamiento.

—¡Por todos los diablos del infierno! —gritó atónito Wetherby—. ¡Buen Dios, profesor! ¿cuánto tiempo falta para que ese artefacto cumpla su misión? ¿O es que ya ha explotado?

—No, todavía no, Wetherby. Pero disponemos de menos de una hora para enviarles esa información por radio al Satélite, en el caso de que podamos averiguarlo.

—¿Es que no ha hablado ese tipo?

—Por lo que me ha dicho por teléfono el inspector Gregory, parece remiso a soltar la lengua.

—Yo haré que ese puerco hable rápidamente —afirmó Wetherby apretando las mandíbulas.

El auto se detuvo en seguida frente a los edificios de la Administración, y Wetherby saltó rápidamente para abrir la puerta del científico y ayudarle a descender del vehículo. Dos agentes de seguridad esperaban en el exterior, y nada hicieron para impedir que Wetherby siguiera apresuradamente a su jefe al interior.

Kelland empujó la puerta de su oficina y permaneció un momento en pie, mientras se hacía cargo del ambiente que le rodeaba. Había tres hombres presentes en el local. Uno de ellos, uniformado de azul, era el Inspector Gregory, otro un sargento auxiliar de la policía y sobre el tercero, el profesor Kelland dirigió su atención, mientras se adelantaba al centro de la habitación.

Este tipo era el único que permanecía sentado. Parecía nervioso y agitado bajo la mi rada escrutadora del científico y con ambas manos se presionaba el estómago. Era una persona Joven, no mayor de veinticinco años según la estimación de Kelland. Era alto bien formado y esbelto y llevaba gafas que le daban un aspecto pacifico, más propio de persona mayor. Vestía el blanco mono de los mecánicos de la base y por encima de las manchas de aceite y de grasa propias de los monos mecánicos, se advertían manchas de sangre que procedían de un profundo corte en la cara del individuo, herida en uno de los lados. El inspector Gregory se quedó miran do a Wetherby, cuando éste entró siguiendo al científico; pero no hizo nada por señalar la presencia del asistente en la habitación de forma tan inesperada, suponiendo que lo estaba por consentimiento del profesor Kelland.

—¿Es este el hombre, Gregory? —preguntó Kelland cuando se detuvo a poca distancia del técnico mecánico sentado.

—Sí, señor, este es Clark —repuso Gregory respetuosamente—. Su nombre completo es William Charles Clark, empleado en las instalaciones del Satélite Tripulado. Nos ha dicho que ha sido miembro de la Liga Antiespacial, desde que empezó a trabajar en el proyecto y que debía esperar instrucciones aquí y aguardar órdenes secretas oportunamente. Tales órdenes fueron las de instalar una bomba retardada que le fue suministrada hace cuatro días, y cuya bomba ha sido colocada secretamente en la cabina del Satélite poco antes de su lanzamiento.

El profesor Kelland, se dirigió con calma al Joven sentado en la silla.

—¿En qué lugar plantó usted la bomba, Clark? ¡Dígamelo inmediatamente!

Los labios del Joven se apretaron y respondió con aire furioso:

—El hombre no puede probar los misterios del espacio. El espacio es el hogar de Dios y su dominio. El hombre no puede ir nunca a visitarlo. Es un sacrilegio.

—¿Dónde plantó usted la bomba, Clark?

—repitió el profesor impaciente.

—¡No se lo diré! —protestó fanáticamente Clark—. No se lo diré aunque me retenga cien años. ¡No se lo diré, aunque me mate usted!

—No se ponga dramático, Clark —intervino el Inspector Gregory agudamente—. No le reportará nada bueno.

El profesor Kelland, continuó.

—¿No se da usted cuenta, Clark, que lo que ha hecho es enviar a la muerte segura a tres hombres que ningún daño le han hecho? ¿Es que no le afecta en nada?

—Cuando se está combatiendo en una guerra, profesor Kelland —repuso sombríamente Clark—, las personas no cuentan. Naturalmente, lo siento por los miembros de la tripulación; pero el hecho de que se hallen a bordo del Satélite lo hace inevitable.

El profesor se volvió hacia el Inspector Gregory.

—Me dijo usted por teléfono. Inspector, que creía usted que podría hacerse hablar a este hombre. ¿Cómo podría usted conseguirlo?

—Usando métodos, que la Policía no usa habitualmente en este país, profesor.

—Quiere usted decir, la violencia física ¿no es así? Pero ya sabe usted lo que ocurrirá cuando este hombre vuelva a las manos de la policía regular. Le acusará a usted, Inspector. Eso significa su empleo y hasta una sentencia de prisión.

El Inspector Gregory repuso duramente:

—Hay tres hombres en el interior de su Satélite, profesor Kelland. Tienen menos de una hora para seguir viviendo, a menos que no descubramos dónde se halla emplazada esa maldita bomba. Correré ese riesgo.

—¡Espere!

Todos los ojos se volvieron al gigantesco asistente del profesor Kelland, Wetherby. quien hasta aquel momento había permanecido totalmente olvidado.

Se encaró con el profesor decididamente.

—Profesor Kelland, no es correcto a mi Juicio permitir al Inspector hacer esto. Lo que yo propongo es dejar a este tipo a solas conmigo durante diez minutos y yo les garantizo que hablará.

El profesor y el agente de seguridad se miraron recíprocamente con un gesto de inteligencia y finalmente Gregory sacudió la cabeza, asintiendo.

El profesor Kelland autorizó a su asistente.

—De acuerdo, adelante, Wetherby. Lo haré como dice usted; pero recuerde que llegado el caso, no podré hacer mucho en su favor, aunque trataré de hacer todo cuanto pueda.

Wetherby sonrió sin miedo.

—No se preocupe, profesor. Sé lo que voy a hacer. —Miró al tipo sentado y frotó los nudillos de una mano contra la palma de la otra—, Y ahora,

profesor, sí usted y estos caballeros quieren dejarme a solas con este tipo se lo agradeceré. No vuelvan por favor, hasta que yo les llame.

Aguardó pacientemente hasta que los demás hubieron abandonado la habitación y se volvió hacia el silencioso Clark con una breve sonrisa en los labios.

—Y ahora, señor Clark, quizá le parecerá mejor actitud decirme a mi donde y en qué sitio exacto ha colocado esa maldita bomba retardada a bordo del Satélite. Le advierto que no dispongo de mucho tiempo para esperarle. Menos del que usted se imagina.

—¡Váyase al infierno! —chilló Clark—. ¡Los métodos que pueda emplear con esos grandes brazos, no me asustan, criminal condenado! ¡Sí tengo que perecer como un mártir de la causa, estaré bien contento de serlo!

Wetherby le asestó un terrible puñetazo en plena cara, tumbándole en el suelo, saltando por encima de la silla que ocupaba, que dio una formidable voltereta en el aire. Clark se repuso trabajosamente chorreando sangre y cuando de nuevo estuvo incorporado, Wetherby le lanzó otro gancho a la mandíbula. Clark cayó cuanto largo era sobre la alfombra como un pelele y de nuevo, al incorporarse por segunda vez, volvió a lanzarle otro disparo en plena cara que sonó como un golpe de martillo pilón. Clark cayó fulminado, respirando agónicamente, mientras que Wetherby permanecía sobre él, con sus enormes piernas abiertas y los puños en espera de seguir zurrándole.

—¿Le parece tiempo de empezar a hablar, Clark —silbó salvajemente—, o es que no tiene bastante todavía?

Clark no contestó. Tenía la boca llena del gusto salado dé la sangre que le brotaba de los terribles puñetazos que Wetherby acababa de propinarle, sin compasión. Pero su mirada fue suficiente respuesta para el gigante.

Recogió del suelo al miembro de la Liga Antiespacial, cogiéndole por las solapas y echándole cuanto largo era a todo lo largo de la mesa del profesor Kelland, atiborrada de papeles y documentos, sujetándole fuertemente con una llave del brazo izquierdo y fijándole el brazo derecho bajo la rodilla. A un extremo de la mesa, había un vistoso pisapapeles representando, en bruñido acero, el cohete del Satélite a escala reducida, aunque de tamaño considerable. Lo manejó como un enorme martillo, en su mano derecha y murmuró entre dientes al aterrorizado Clark:

—Ahora es cuando voy a empezar a ser realmente duro con usted, Clark. Sí no me responde en seguida, voy a deshacerle el brazo a pedacitos con este trozo de acero. Se lo voy a pulverizar de forma que Jamás encuentre en condiciones de usarlo y sí se obstina usted todavía, le haré papilla el otro. ¿Cómo piensa usted que se sentirá, amiguito, paseando por ahí, desprovisto de brazos, seguramente con una bonita pareja de brillantes ganchos?

—¡Maldito seas, bandido! —rugió desesperado Clark—. ¡Te echaré la ley encima!

—¡Canalla, cochino! ¿Quién acusa a quién? ¡Sí esa bomba estalla tendrás tres asesinatos sobre tu cabeza!

Wetherby levantó como una maza el pisapapeles de acero con una terrible determinación en los ojos.

—¡Deténgase! —gritó Clark—. ¡Tengo mujer y dos hijos!

—¡Eso podrías haberlo pensado antes de plantar ninguna bomba, puerco!

—No, no ... no lo haga. Yo... yo le diré dónde está esa bomba.

—¡Habla rápido! ¡Pronto! —rugió Wetherby, manteniendo en alto como una amenaza mortal el pisapapeles de acero—. ¡Una palabra equivocada y te quedarás sin brazo derecho para toda la vida, Clark!

—Está... está en la radio, allí es donde está escondida.

—¿En qué sitio de la radio?

—No lo sé. palabra de honor. No soy técnico de radio. La puse en medio de los cables y válvulas del equipó de radio y demás cosas antes de fijarla finalmente.

—¿Eso es cierto, Clark? —insistió el gigante con una voz terrible.

—Mi palabra de honor. Esa es la verdad y cuanto puedo decir.

Wetherby soltó a Clark y lo apeó de encima del despacho del profesor cogiéndole como una piltrafa de un puñado por las solapas del mono blanco.

Por encima del hombro, gritó:

—¡Ya está profesor, pueden entrar!

Se abrió la puerta de la oficina y el profesor entró corriendo como una exhalación. Tras él, siguieron los agentes de seguridad, mirando impresionados a aquel tipo cubierto de sangre por el interrogatorio de Wetherby sin hacer ningún reproche.

—Bien, Wetherby —preguntó nerviosamente Kelland—, ¿qué ha averiguado usted?

—Todo lo necesario, profesor Kelland. Puro la bomba dentro del equipo de la radio, a bordo del Satélite.

—¿Cree usted que ha dicho la verdad?

Wetherby lanzó una fugaz mirada al tipo deshecho del fanático Clark y movió la cabeza con un gesto de asentimiento.

—Creo que sí —afirmó—. Creo que realmente es cierto. Pero en caso de que no lo fuera, sugiero que se quede aquí y sí me ha mentido y el Satélite salta en pedazos y quedara reducido a humo, volveré a por él y acabaré el trabajo que he empezado.

Clark no repuso una palabra. Tenía la cabeza agachada, mientras la sangre le goteaba del rostro y caía sobre la alfombra del despacho.

—¡Vayamos inmediatamente al puesto de control! —ordenó Kelland—. Ya me dará usted más detalles por el camino Wetherby.

—Miró impacientemente a su reloj—. ¡Santo Dios! ¡Tenemos menos de veinte minutos antes de que la bomba explote! ¡Vamos, Wetherby, no hay tiempo que perder!

En la silenciosa bóveda del espacio cósmico, tres hombres de duras facciones, estaban pendientes del recuadro negro del equipo de radio del Satélite, que constituía el único eslabón que les unía al planeta lejano. El

receptor estaba en posición de recibir y, nerviosamente, hacía rato que comprendían que algo iba mal, sin poder imaginar lo que pudiera suceder allá abajo. Podrían ser muchas cosas, unas conocidas y otras desconocidas, las que podrían causar aquel disturbio en la comunicación. Era una situación especial en todo y ellos los únicos y primeros hombres, en el primer viaje espacial tripulado en el espacio cósmico.

Tom Bryant, se pasó una mano por los labios en un gesto de desamparo y se volvió hacia sus camaradas nerviosamente.

—¿Qué suponen ustedes que pueda ir mal? ¿Por qué el profesor ha dado instrucciones de que conservemos el receptor abierto hasta que podamos oírlo? ¿No sabe acaso, que estamos gastando una enorme cantidad de energía de los acumuladores?

El doctor Lloyd repuso seriamente:

—Tiene que saberlo, Tom. Créame, amigo, sí el profesor Kelland se comporta así, tiene que existir una endiablada circunstancia para que esto ocurra.

Y continuaron a la espera, ignorando que dentro de las partes vitales del equipo de radio, se escondía una infernal máquina de destrucción, contando suavemente los segundos, hasta el último instante, en que surgiría como un volcán desintegrando el Satélite y a sus tres tripulantes, en el inconmensurable vacío espacial.

Los primeros ruidos estáticos crujieron en el equipo de radio y Tom Bryant, tenso como una cuerda de violín, se concentró sobre él y entonces, muy débilmente al principio, hasta el extremo de que no podían oír lo que decía, la voz del profesor Kelland, llegaba desde los páramos desiertos de Yorkshire.

—¡Maldita sea! —protestó Maddocks—, apenas sí puede oírse nada. ¡Gire el dial hasta la máxima potencia, Tom!

—¡Está al máximo de su potencia! —advirtió Bryant—. Un momento, tengan cuidado hasta que utilice los auriculares.

Se inclinó bajo el panel y recogió el juego de auriculares que se colocó en los oídos. Se revolvió nervioso en su asiento y manipuló el dial en posición de transmitir.

—¡Por favor, profesor Kelland! ¿Puede hablar más alto? —preguntó Tom. Le estamos recibiendo demasiado débilmente. Es preciso que hable más fuerte. ¡Corto y cambio!

Cambió a la posición de recibir y entonces la voz de Kelland llegó más fuerte y bien audible.

—¡Escúcheme, Tom! ¡Procure oírme todo lo que voy a decirle en la primera emisión, no hay tiempo que perder en repetirle nada! No haga preguntas. ¡Escuche! Un miembro de la Liga Antiespacial, ha insertado una bomba de relojería dentro del equipo de radio del Satélite. Está ahí con ustedes y tiene que explotar dentro de tres minutos. Tienen que actuar rápidamente y desmantelar el equipo. En la base de la bomba, encontrarán una

lámina pequeña y cuadrada fijada en su posición por cuatro tornillos. Es urgentísimo e indispensable desarmar esa espoleta, retirándola de allí para que ese mecanismo resulte inofensivo.

Tom Bryant sintió que el corazón se le paralizaba.

—¡Tres minutos! ¡Maldita sea! ¡No podré conseguir desarmar el equipo en tan corto espacio de tiempo, es imposible!

De nuevo se puso a la escucha.

—Es preciso sacar esa bomba y desmantelarla, Tom. Escúcheme. ¡Destroce la radio! ¡Eche mano de una piqueta, de entre las herramientas y destroce la radio sin miramientos! ¡Tiene que encontrar esa bomba y retirar la espoleta! ¡Y pronto!

Cambió y transmitió:

—Pero profesor Kelland, sí destrozamos la radio ¿cómo diablos podremos permanecer más en contacto con usted?

—Sí no consiguen destrozar el equipo, no habrá más posibilidad de contacto con la Tierra, Tom. Escúcheme, muchacho. Hay una bomba retardada en esa radio y va a explotar dentro de dos minutos y medio ¡Y ahora, de prisa!, ¡¡pronto!!

La radio enmudeció. Tom Bryant miró por un momento a la blanca superficie del dial de recepción, como sí no pudiera creer nada de cuanto había oído. Stephen Lloyd le agarró fuertemente por el hombro.

—¿Qué ocurre con la radio, Tom? ¿Qué quiere usted decir con que hay que destrozar el equipo?

Tom apretó la mano que tenía sobre su hombro, con la completa certeza de la tragedia que se les venía encima y gritó desesperado a sus camaradas de tripulación:

—¡Tenemos una bomba de relojería dentro del equipo de la radio! ¡Sólo contamos con dos minutos para encontrarla y desmantelarla!

Lloyd y el Jefe de vuelo se quedaron atónitos y durante un segundo, permanecieron en el colmo del estupor, sin poder reaccionar, mientras que Tom, de un salto, se lanzaba al equipo auxiliar de herramientas, empuñaba una piqueta y se dirigía a toda prisa hacia el equipo de radio, al que atacó con rápidos golpes hasta destrozar la delgada plancha de acero que lo protegía. Vaciló un momento, al saltar los trozos de cristal de las válvulas y gritó a sus compañeros:

—¡Maddocks! ¡Pronto, por favor, desconecte la batería, no quiero recibir una descarga eléctrica que me entorpezca! ¡Por amor de Dios, dense prisa!

Estos fueron los momentos en que Tom se convirtió en el supremo Jefe del Satélite y sus dos compañeros se precipitaron para ayudarle. El equipo de radio pronto se convirtió en una masa informe de chatarra, de trozos de acero, de válvulas rotas y cables deshechos en un caótico desorden. En seguida llegó Lloyd con un destornillador. Sin miedo a las láminas afiladas como navajas de afeitar, Tom Bryant buscó afanosamente el lugar de la bomba escondida. Según iba contando febrilmente en su mente, faltaba menos de un minuto para

la trágica explosión, que les reduciría a nada.

¡Ah, por fin! ¡Allí estaba escondida entre la masa de cables rojos y azules de la base del equipo! Una pequeña lámina cuadrada de acero con una esfera de reloj como dial, se asentaba en el fondo de la instalación.

Bryant la arrancó de un tirón brutal, se la puso contra el oído y oyó el suave tic-tac del mecanismo. Volvió nuevamente y descubrió la lámina del fondo. Arrancó el destornillador de las manos de Lloyd e insertó el borde en el primero de los cuatro finos tornillos. Tenía las manos manchadas de sudor y el mango del destornillador resbalaba trágicamente en la palma de su mano mientras lo hacía funcionar. Rápidamente se la enjugó en el traje espacial, y febrilmente, trabajó sobre aquellos malditos tornillos que parecían no querer salir nunca de su emplazamiento. Los fue dejando caer al suelo a medida que los extrajo. Tenía las manos destrozadas por las heridas de todo género sufridas al operar en aquellas condiciones, dentro del reducido recinto del deshecho equipo de la radio. Las manos estaban cubiertas de sangre por completo. Brillantes esquirlas de cristal le relucían clavadas en las palmas de las manos, contra la luz fluorescente que lucía sobre sus cabezas. Apareció por fin, la plancha de la base, que arrancó salvajemente de su sitio, de un tirón. Chorros de sudor salado le corrían por todos los poros del rostro, trabajando desesperadamente contra el tiempo, empapando completamente el cuello de su traje del espacio. Pateaba pesadamente contra el suelo metálico de la cabina, como si estuviera ocupado en una carrera contra reloj. Por fin desatornilló la espoleta y de un rápido tirón la arrancó de los hilos que la habían sujetado al resto del mecanismo. Con un profundo suspiro de alivio, la tiró a un lado y se dejó caer desplomado sobre su asiento, desmadejado por la tremenda tensión padecida. Toda la cabina giraba a su alrededor, sin poder distinguir nada concretamente. Los rostros de sus compañeros se le fueron borrando de la visión. Sintió un golpe en el hombro y la voz de Stephen Lloyd, como sí proviniera de un millón de millas más lejos.

Y como viniendo de un largo túnel de oscuridad le llegó también la voz de Maddocks.

—¿Un sedante, Steve? Sí, será lo mejor.

Y entonces se desvaneció. Cayó en un dulce y reposado sueño que le embargó hasta la última célula de su cuerpo.

Cuando Bryant se despertó, tenía frente a sí la amistosa faz de Stephen Lloyd que le sonreía cordialmente. Parpadeó los ojos para aclarar sus ideas y dijo en un cansado murmullo:

—¿Cómo fue todo, Steve? ¿Era esa bomba tan peligrosa como afirmaba el profesor Kelland?

—Por completo, Tom —replicó Lloyd suavemente—. Stanley ha tenido la oportunidad de examinarla mientras usted dormía y ha llegado a la conclusión, de que sí no hubiera usted actuado tan rápida y eficazmente, estaríamos todos a estas horas en el reino de la nada. El final nuestro y el final de la primera aventura espacial del hombre.

—Se tiene usted bien ganada una gran recompensa por lo que ha hecho.

Stanley Maddocks se acercó a ellos y añadió calurosamente:

—Propondré, desde luego, que le condecoren, Tom. Una gran medalla.

Tom se incorporó en su asiento y se pasó una mano por los ojos. Se dio cuenta que las tenia vendadas y parpadeó con sorpresa.

—Tenía usted una gran cantidad de esquirlas de cristal incrustadas en las manos, Tom —explicó el doctor Lloyd—. Cristales de las válvulas rotas de la radio. Me he llevado un buen rato sacándolas una a una. Ahora las tiene usted perfectamente.

—¡La radio! —repitió Tom como un eco. Se fijó con angustia en el hueco metálico que antes había alojado al maravilloso equipo de radio destrozado ahora. Allí estaba el sitio. No quedaba nada del único enlace posible con la Tierra y con el profesor Kelland.

—¿Qué han hecho ustedes con la radio?

—Lo que queda de ella, es una basura —le aseguró Maddocks—. No podemos arrojarla al exterior, porque de todas formas nos seguiría atraída por la gravedad del Satélite, por pequeña que sea la masa de éste.

—Entonces, eso significa que no volveremos a tener más contacto con la Tierra...

—murmuró Bryant desesperado—. ¿Qué haremos sí tenemos que solicitar, alguna ayuda?

—A partir de ahora, habremos de tomar nuestras propias decisiones —repuso con seguridad militar, Stanley Maddocks—. No tendremos ningún contacto con la madre Tierra ni con el profesor Kelland, hasta después de trece días, en que de nuevo volveremos a la superficie terrestre.

Siguió un denso silencio entre los tres hombres, con el pensamiento común de lo que todo aquello significaba. Ningún contacto ulterior con la Tierra. Todas las futuras decisiones tomadas bajo la estricta responsabilidad de ellos mismos, y sin la brillante guía del científico que había concebido y diseña do aquella maravillosa nave espacial.

No era cosa de seguir abismados en aquellos sombríos pensamientos y Maddocks se dispuso a que el asunto fuera olvidado cuanto antes.

—Bien, esta es la situación y a ella nos atendremos. Sí no hubiéramos actuado en la forma en que se ha hecho, en estos momentos estaríamos convertidos en simples átomos en el espacio cósmico. Creo que cualquier cosa por mala que sea, es siempre preferible a estar muertos y de todos modos nuestra situación no es tan desesperada.

—Voto porque tomemos un par de píldoras de ese alimento altamente concentrado que llevamos a bordo —dijo Lloyd—, y descansaremos unas cuantas horas, lo que nos hará mucho bien, sí están ustedes conformes, desde luego.

—Sí, por supuesto —afirmó el Comandante—. No tiene sentido ya montar la guardia por la radio. ¡Vamos Steve, prepare la comida, creo que es lo mejor que podemos hacer! Yo la necesito, ciertamente.

Y así acabó la crisis producida entre los vivientes del Satélite Kelland. Había sido trágico lo sucedido; pero Maddocks pensó con optimismo, que sí podían seguir resolviendo los problemas que se presentasen en igual o parecida forma, tendrían todas las posibilidades, para acabar triunfalmente su experiencia orbital y volver sanos y salvos a la Tierra, tras el periodo previsto de los catorce días de vuelo orbital.

Capítulo VI
EL ESPACIO

El Comandante de la R.A.F., Stanley Maddocks, sacó de un archivo metálico tres ligeros volúmenes encuadernados y los colocó en el lugar vacío que antes ocupaba el equipo de radio. Hizo una seña a sus camaradas, indicándoles su naturaleza, mientras bebían agua de sus botellas especiales a presión.

—He aquí, queridos amigos, los libros que constituyen nuestro diario de navegación espacial. Hay uno para cada uno de nosotros. Fue una sugerencia del profesor Kelland, que cada navegante llevase el suyo meticulosamente, donde fuese escribiendo día por día todas las incidencias que vayan ocurriendo, todos los pensamientos e ideas, cualquier experiencia sufrida y cuanto se vea o se sienta en nuestro viaje espacial. Voto porque empecemos inmediatamente y podamos llevar al profesor algo realmente valioso para que lo estudie a nuestro regreso al hogar.

—¡Demonios! —exclamó asombrado Tom Bryant—. Estoy seguro de no poder escribir ni una sola palabra en ese famoso libro.

—Escriba cualquier cosa y todas las cosas —insistió Maddocks con un guiño afectuoso—. Empiece por ejemplo, haciendo un informe del estado del equipo confiado a su cuidado, hasta el momento presente. Exprese cómo se ha sentido, sí bien, o más o menos enfermo. Escriba en su propio estilo, cómo se siente personalmente aquí en el espacio. Esto es justamente lo que el profesor, desea conocer con todo detalle.

—¿El espacio? —repitió como un eco Tom—. ¿Y qué conozco yo del espacio? Lo que sé, podría escribirlo al reverso de un sello de correos. No creo que necesite un diario de navegación. Aún no he visto el espacio.

—Ninguno de nosotros tampoco, Tom.—sonrió Lloyd amigablemente—. Pero estoy completamente seguro de que ésta es una cosa que puede remediarse fácilmente y en seguida, ¿eh, Stan? —Y dirigió a Maddocks un vistazo significativo.

Maddocks se puso a reír.

—Tengo el mismo deseo rabioso de salir al exterior como ustedes dos —repuso—, y creo que ninguna ocasión mejor que la presente. ¿Qué tal sí nos ponemos nuestros cascos y salimos a través de la compuerta de aire comprimido?

—¡Magnífico, chico! —convino alegremente el doctor Lloyd—. Pero antes he de hacer algo con ustedes.

—¿Y eso?

—Examinarles como médico a ambos —replicó el doctor—. Ahora no permito excusas. Fue usted, querido Stanley quien sugirió que llevásemos

nuestros libros de navegación con toda meticulosidad, pues bien, observándoles y viendo sí están en perfecto estado de salud, realizo parte de mi cometido. Algo que debe ir registrado en mi diario como primera cosa, todos los días.

—Pues yo me encuentro muy bien —afirmó Tom.

—Quiero estar seguro de ello, muchacho —dijo Lloyd—. No olvide las radiaciones cósmicas, Bryant. Ninguno de nosotros conoce cómo actúa sobre la estructura de nuestros organismos. Aquí en el espacio exterior, no disponemos de atmósfera que nos proteja de la radiación, y es preciso que me convenza de que estamos en perfecta condición física, mientras permanecemos a bordo del Satélite.

—Stephen tiene razón, Tom —convino el Comandante—, hemos de obedecerle. ¡Adelante!, regístrenos a su gusto.

El reconocimiento médico duró una media hora. Y de paso se observó a sí mismo toman do unas breves notas en el diario de navega clon espacial. Finalmente estuvo de acuerdo y satisfecho del resultado del examen.

—¿Y bien, Steve? —preguntó Maddocks manipulando en su traje espacial. ¿Todo está en orden?

—Así lo creo. El corazón funciona perfectamente, la respiración es normal y el pulso normal. Sí la radiación cósmica tiene algún efecto que realizar en el cuerpo humano, no lo hará hasta transcurridas treinta y seis horas.

Tom Bryant intervino:

—Voy a tomar una nota en mi diario de navegación sobre la forma de manejarse con estos trajes espaciales, cuando no exista la gravedad. Un hombre tiene que vestirse con una mano y sostenerse en su sitio con la otra, para prevenirse de flotar hacia arriba, en pleno aíre.

—Un punto interesante, Tom —afirmó el Comandante—. Ciertamente, es algo que tendremos que considerar seriamente. Llegará un momento en que un tripulante tenga que realizar un cambio rápido y no pueda efectuarlo con una sola mano.

—Para eso están los diarios de navegación

—convino Lloyd.

—Bien, caballeros—dijo Maddocks algo nervioso—, estamos todos conformes en echar un vistazo al espacio exterior, ¿no es así?

Tom Bryant arqueó los labios con un gesto tan nervioso como el del Comandante piloto del Satélite.

—Nada irá mal. espero —dijo—. Supongo que las cosas marcharán ahí fuera según están calculadas en la teoría.

—Eso es algo que no sabremos hasta que hayamos salido a través de la cámara de compresión —repuso Maddocks—. Y ahora que ha mencionado usted el asunto, Tom, creo que sería una buena idea que uno de nosotros, salga primero al exterior. Sí algo va mal, podrá ser advertido rápidamente. Y sí va bien, volverá en seguida para ser acompañado por los otros dos que queden esperando. Saldré el primero.

—Así, ya ha decidido usted ser el prime ro que arriesgue su vida. Stan —dijo Lloyd en voz baja—. Creo que debemos hablar sobre el particular, primero de todo. Su vida es de un valor incalculable. No habrá forma de conducir el Satélite hacia la Tierra, sí usted falta. No podremos volver sin usted.

—¿Y qué hay con respecto a usted mismo, Steve? —repuso Maddocks—. Usted es el médico del Satélite. ¿Qué ocurrirá sí somos atacados por la radiación cósmica? ¿Y sí somos atacados por el sol en el exterior en un momento u otro y necesitamos un tratamiento que usted sólo nos puede proporcionar? ¿Qué podríamos hacer sin un médico a bordo? Y por otra parte, ¿no ocurre igual con Bryant? Sí algo va mal en el equipo técnico del Satélite, ¿quién podría repararlo sin la presencia de Tom?

—Somos Igualmente valiosos todos, para la buena marcha del Satélite, Stan —continuó el doctor Lloyd—. Faltando alguno de los tres, los otros dos tienen muy pocas o ninguna oportunidad de volver vivos a la Tierra. Usted es el Jefe, por supuesto; pero sugiero que vayamos todos juntos al exterior, y sí algo ocurre a alguno de los tres, los demás estarán dispuestos para hacer entrar rápidamente a la víctima en el interior del Satélite.

El Comandante miró a Tom.

—¿Qué le parece la idea, Bryant?

—Yo opino que debemos salir Juntos —fue la respuesta del muchacho—. Creo que nada nos ocurrirá a ninguno.

—Tom tiene razón sin duda —aprobó Lloyd—. Estos trajes espaciales han sido comprobados a las mil maravillas. Tienen cuanto es preciso para que salgamos al espacio cósmico y podamos permanecer en él, sin daño alguno.

—¡Adelante, pues, de acuerdo! —convino el Jefe—. Vamos Juntos, Tom. Tomaremos tres cuerdas del depósito, que nos amarraremos al cinturón del traje. En la superficie exterior del Satélite hay un gancho especial, apropiado para fijar el otro extremo de estas cuerdas salvavidas. En caso de que perdamos contacto con el casco del Satélite o que las botas electromagnéticas dejen de funcionar, podremos ser izados a bordo, evitando así, flotar en el espacio y extraviarnos para siempre.

Tomaron las cuerdas salvavidas y fijaron uno de los cabos al cinturón de sus trajes espaciales y en seguida procedieron a cubrirse la cabeza con los cascos del equipo, con su espesa mirilla de glasita, fijándolos perfectamente al cuello del equipo. Cada uno comprobó el casco de los demás y el resto del equipo para que nada quedase olvidado.

Este era, sin duda, el mayor acontecimiento del viaje. Se trataba de dirigir una mirada al Universo, desde el lugar en que nadie, antes, lo había hecho, la contemplación de las maravillas del espacio exterior, que los hombres habían soñado desde el principio de la inteligencia humana... Y ellos serían los primeros. Para ellos, sería el honor y la gloria de aquel momento.

Permanecieron erectos en su atuendo espacial, aunque otro hombre de la Tierra no lo hubiera reconocido, ya que el coloreado de sus trajes, les daba un

fantástico y casi sobrenatural aspecto, como sí se tratase de unas criaturas procedentes de un mundo lejano. Sobre la espalda, se habían ajustado un equipo de dos cilindros gemelos de oxigeno, que les mantendría vivos en el negro vacío exterior. Alrededor del sólido cinturón de acero, se colgaron los diversos utensilios que pudieran necesitar en cualquier momento y en el lado izquierdo, una pesada pistola de reacción, especialmente diseñada por el Profesor Kelland, para una rápida propulsión en el espacio. Estaba concebida bajo la misma teoría de propulsión del Satélite, conteniendo en una pequeña cámara interior, una potente mezcla condensada de hidrógeno - oxigeno capaz, al entrar en funcionamiento, de poder trasladar a su portador, a una cierta distancia en la dirección requerida.

En el pecho llevaban la amplia placa que contenía los mecanismos precisos para subsistir en el espacio exterior. El de la parte superior izquierda, tenía el dial de control del paso del oxígeno desde los cilindros hasta el casco y el superior derecho, el control del magnetismo de las botas metálicas. El inferior izquierdo, para la circulación calorífera del traje espacial, y el derecho, el correspondiente a los micrófonos que les permitiría poder hablarse recíprocamente.

Procedieron a encerrarse en el compartimento de aire comprimido. Permanecieron delante de la puerta circular que daba a la cámara instalada entre el casco metálico interior y el exterior del Satélite. Lloyd y Bryant permanecieron en silencio, mientras el Jefe, Maddocks, hacía girar el volante que llenaría de aire la cámara. Su único movimiento consistía en seguir con los ojos la ascensión de la línea roja del aparato que marcaba la operación de llenar de aire la cámara de compresión. Cuando estuvo a la presión correcta, exactamente a la misma de la cabina, Maddocks cortó el suministro de aire, y presionó el botón que actuaba sobre la válvula interior. La puerta de acero se apartó suavemente hacia un lado y apareció la cámara intermedia, que veían por primera vez desde hacía cuarenta y ocho horas, desde su lanzamiento en los páramos de Yorkshire.

Maddocks, a través del equipo de radio personal, la señaló con un gesto a sus compañeros:

—Aquí está, camaradas. Vamos a salir a donde ningún hombre, antes jamás ha permanecido. Vamos a observar el espacio, desde el exterior del Satélite.

—Hizo un gesto con una mano fuertemente enguantada—. Entremos en la cámara de compresión. Usted primero, Tom y luego Steve. Entraré el último.

Bryant con el corazón latiéndole con fuerza, dirigió sus pasos por el piso de acero de la cabina y entró en la cámara, seguido del doctor Lloyd. Les pareció que se dejaban atrás el hogar más confortable que Jamás habían conocido. Finalmente entró el Comandante. A la derecha de la válvula interior, había un panel de control con diversos mecanismos para abrir y cerrar aquel compartimento a voluntad de los tripulantes. Maddocks dio vuelta a la rueda que controlaba la válvula interior y muy despacio la sólida

puerta de acero se fue deslizando con un suave zumbido, tras ellos, cortándoles finalmente la visión de la cabina del Satélite.

Cuando estuvo perfectamente cerrada, Maddocks se volvió a sus compañeros y les dijo a través de su micrófono:

—Y ahora caballeros, voy a vaciar de aire esta cámara en que nos hallamos, y con ello tendremos el primer test de calidad para nuestros trajes espaciales. ¿Están respirando ahora suficiente cantidad de oxígeno de sus cilindros?

Ambos hombres levantaron la mano, en señal de afirmación. Tom Bryant tragó algo semejante a un nudo que se le había formado en la garganta, y se preguntó sí sus compañeros se hallarían en igual situación emocionada que él. Eran sensaciones totalmente distintas a como Jamás podían percibirse en la Tierra. Aquello era sencillamente otro mundo distinto eran los tres primeros hombres que iban a asomarse al espacio cósmico: pero desde una altura en el vacío de quinientas millas. Esperaban ansiosos el marcador del aire, tensos y silenciosos y finalmente, tras unos momentos que les parecieron horas, el Comandante dijo:

—Voy a abrir la válvula del exterior. Lentamente hizo girar el volante mientras que la puerta de acero se descorría como un telón de fondo hacia lo desconocido. Poco a poco fue apareciendo el negro, el negro terrible de la bóveda del espacio.

Y con todo, no era exactamente lo que pudiera llamarse con toda seguridad lo negro. Para Tom Bryant, de pie en el umbral de la válvula exterior, aquello le parecía más bien un tono de púrpura profundo y las estrellas, a años luz de distancia, resplandecían con un brillo blanco que jamás podía ser observado desde la superficie de la Tierra, y en seguida, el majestuoso y terrible silencio, envolvió a los observadores, con el hondo sentido de hallarse en presencia de lo más grande que jamás antes habían conocido.

Por un instante a Tom Bryant le pasó por la mente la idea, de que quizá la gente que formaba la Liga Antiespacial, tuviese razón. Aquel espacio no estaba concebido para que los ojos del género humano lo contemplaran, y que debía ser la morada infinita de Dios y que ellos eran unos simples transgresores de sus fronteras sin límites.

La voz de Maddocks le sacó de su ensimismamiento.

—Que el doctor Lloyd salga al exterior por el casco del Satélite. No hay miedo de herir se, ni de que se produzca ningún daño. No hay el temor de caerse a ningún sitio y las suelas electromagnéticas nos mantendrán fijos al casco del navío.

Lloyd le contestó por medio de su radio:

—No tengo temor, Stanley; pero no debo ser el primer hombre que salga de la cámara de aire comprimido. Creo que el primer hombre que ponga los pies en el casco exterior del Satélite, será el primero que haya contemplado por primera vez el espacio cósmico. Es un gran honor y usted es el hombre llamado a recibir ese gran honor.

Tom Bryant intervino:

—Estoy de acuerdo con el doctor Lloyd. Usted es el Jefe de esta expedición, Stanley y usted debería ser el primero en hacerlo.

—Bien. No quiero discutir con ustedes. Y puedo añadir que se lo agradezco mucho.

Stanley Maddocks se dirigió despacio y ponderadamente hacia el exterior del Satélite, poniendo un pie cuidadosamente en el casco del navío espacial. En aquel lugar, a quinientas millas de altura sobre la superficie de la Tierra, donde no existía el concepto de «arriba» ni «abajo» encontró que inmediatamente se hallaba en posición erecta y que la válvula exterior de la cámara de aire comprimido era un agujero circular en la cubierta que se hallaba bajo sus pies.

Le pareció como sí Bryant y Lloyd, al salir de la válvula, caminaran horizontalmente, pero tal ilusión quedó desvanecida, cuando sus compañeros se hallaron a su lado, igualmente de pie, asomados al profundo espacio de color de púrpura oscuro. Uno tras otro, fijaron los cabos de sus cuerdas salvavidas a la anilla del casco del Satélite y cuando se encontraron sujetos a completa satisfacción, comenzaron a gozar de aquel panorama fantástico y único.

Allá a lo lejos, en la semioscuridad y al nivel de sus ojos, estaba el globo totalmente iluminado de la Luna, brillando con un resplandor extraordinario, entre las brillantes estrellas, con sus montañas y cráteres mucho más ostensibles que como podían ser vistos desde la Tierra.

—Es curioso —dijo Tom—, la Luna no parece desde aquí, más grande que vista desde la Tierra.

Maddocks sonrió divertido:

—Seguramente no lo esperaba, ¿eh, Tom? Recuerde, querido amigo, que la distancia desde nuestro planeta a la Luna, es de doscientas cuarenta mil millas y que las quinientas millas que nos separan de casa, apenas significan nada. Seguimos ahora, estando, de la Luna a una distancia de doscientas treinta y nueve mil quinientas millas.

—¡Demonio! —gritó Tom—. Esta distancia es una jornada que parece casi imposible de realizar.

—Sólo por el momento presente, Tom —añadió Stephen Lloyd—, un viaje a la Luna es imposible. No ha sido inventado todavía el combustible capaz de impulsar a un cohete a la velocidad requerida para alcanzar la Luna y no se ve tampoco la forma de que un ser humano pueda soportar la terrible aceleración precisa, para tal hazaña.

Maddocks añadió:

—Y existe, además, el problema de hacerlo volver a la Tierra, en el momento justo para el disparo, en el viaje de regreso.

—¿Y qué hay del principio del giroscopio?

—preguntó Bryant.

—Sí —repuso el Jefe—, ya conocemos eso; pero sólo es un principio que

se refiere al manejo de un navío por medios giroscópicos.

El doctor Lloyd se mezcló de nuevo en la conversación:

—Dejen la Luna y las estrellas para el futuro, compañeros. Den una vuelta y echen un vistazo a nuestra querida y vieja madre Tierra. ¡Allí!

La Tierra apareció a sus ojos, enorme y poderosa, pareciendo cubrirles el horizonte lejano por encima de sus cabezas, como un planeta gigantesco, coloreado de verde y azul, pareciendo que de un momento a otro podría caerles encuna y devorarles.

De pie sobre el casco del Satélite, los tres hombres, viajeros del espacio, parecían algo insignificante ante la vasta inmensidad del mundo del que habían escapado dos días antes.

—¡Santo Dios, es grande, enorme! —murmuró Tom.

—Muy grande, Tom —convino Lloyd—, parece a tal distancia como un gigantesco globo de los que hay en las escuelas.

—Se está moviendo —continuó Bryant—, creo que puedo verla moverse rápidamente.

—No tan rápido como parece, Tom —dijo Stanley—. Nosotros también, nos movemos a diez y ocho mil millas por hora.

—¡Miren! —gritó fuerte Tom—, puedo ver el continente americano. ¿No lo ven allí? Aparece como lo veíamos en la geografía de niños, excepto quizá un poco más largo en la cola.

Por un gran rato, los tres hombres continuaron maravillándose de los encantos fascinantes del silencioso espacio. Había mucho que ver realmente y poco tiempo disponible para verlo. Doce días no eran mucho tiempo. Deberían necesariamente volver a la Tierra y difícilmente había una nueva oportunidad para volver al espacio. Finalmente Maddocks advirtió.

—Es tiempo de volver al interior, muchachos ¿no es así, Steve? No conocemos qué efectos producirá la radiación cósmica estando así a plena exposición, y ya llevamos una hora aquí, según mi cuenta.

—Sí, Stanley, creo que tiene usted razón —afirmó el doctor con voz en que parecía advertirse, cuánto lamentaba obedecer la su gerencia del Jefe—. Aunque es como un sacrilegio volver a encerrarnos ahí dentro y volver la espalda a este maravilloso escenario de infinita belleza tan pronto de haber sido descubierto.

Tom entró el primero, siguiéndole el doctor Lloyd y por último el Comandante. Los tres hombres permanecieron encerrados en la cámara de compresión, mientras el Comandante maniobraba en la rueda que cerraba la válvula exterior. Una vez cerrada perfectamente, el Jefe activó la inyección de aire y cuando la presión estuvo equilibrada con respecto a la cabina procedió a abrir la válvula interior.

Penetraron rápidamente en la cabina del Satélite y esperaron impacientemente a que el Comandante cerrase desde dentro, la válvula interior. Ahora que volvían de su primera visita al espacio, sintieron que tenían motivos para hablar largo y tendido sobre cuanto habían visto y

explicarse recíprocamente las maravillas observadas en aquel vasto infinito de oscura púrpura, con la Tierra y la Luna vistas por primera vez desde aquella posición del espacio cósmico. Procedieron a desmontarse los cascos y a dejar fuera los útiles e instrumentos que habían tomado para la salida al exterior del Satélite.

Los tres hombres se miraron con los ojos brillantes por el entusiasmo y Stanley Maddocks, fue el primero en hablar.

—Bien, caballeros, hemos visto lo que nadie hasta ahora, en el género humano, ha visto.

—No me lo hubiera perdido por nada del mundo —dijo Bryant.

—Nadie lo habría dejado perder —convino el doctor Lloyd—. Lo más lamentable de todo es pensar que el profesor Kelland no está en condiciones de verlo con, sus propios ojos y que tampoco estamos en condiciones de tomar contacto con él por el momento.

—Sí hubiéramos perdido el tiempo rebuscando en la radio, ninguno vivirla ahora para contarlo, Steve. Fue el propio profesor Kelland quien ordenó destruirla, como única oportunidad de salvar el Satélite y nuestras vidas.

—No lo he olvidado, querido amigo —dijo Lloyd—, ni tampoco he olvidado que todo eso lo debemos a sus esfuerzos, Tom, y que estamos vivos gracias a usted. Usted encontró la bomba y la desmanteló segundos antes de que explotara.

—Sí —dijo Bryant—, supongo que es la única forma de considerar el asunto. Era el caso de no poder elegir realmente, ante una muerte segura.

Maddocks se restregó las manos fuertemente.

—Bien, caballeros, propongo que nos dediquemos durante una hora a poner en orden nuestros diarios de navegación, después de cuanto hemos visto, creo que podré escribir una docena de páginas de un tirón.

—Sí —dijo Lloyd—, y después de eso, sufrirán ustedes un buen reconocimiento médico. Por primera vez, hemos estado todos expuestos a pleno espacio cósmico, sin que haya mediado el casco del Satélite, entre nosotros y la radiación. Es preciso que compruebe sí alguno ha sufrido algún efecto nocivo.

—¡Siempre el médico y sus reconocimientos! —suspiró Tom.

—Lo siento, Tom; pero es de una absoluta necesidad —indicó Lloyd—. Sí algo sucede a alguno de nosotros debo conocerlo inmediatamente, para ponerle el remedio y el tratamiento más rápido.

—Sí, ya me hago cargo, Steve —repuso Bryant—. Olvídelo, sólo estaba bromeando.

El doctor Lloyd dio una palmada en el hombro de Bryant.

—Ya lo sé, muchacho. Y ahora démonos prisa en atacar esos diarios de navegación o nunca hallaremos paz de este conductor de esclavos que tenemos aquí con el Comandanta Maddocks.

CAPÍTULO VII
UN HOMBRE EN EL ESPACIO

Los tres hombres permanecían congregados alrededor del panel de instrumentos frente a la silla del piloto, observando con estupor los extraños movimientos de todos los diales y agujas. Aquellas delicadas piezas de precisión, se movían alocadamente en todas direcciones y hasta el mercurio de diversos controles subía y bajaba inconsistentemente.

—No lo comprendo —dijo Maddocks sacudiendo la cabeza pensativamente—. No puedo comprenderlo.

Tom Bryant trató de sonreír con cierto aire de broma.

—¿No lo comprende usted, Stanley? Por todos los demonios, no se lo reprocho. Yo me suponía el técnico de a bordo; pero tampoco lo comprendo.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que está ocurriendo, Tom? —preguntó el Comandante Maddocks.

Bryant sacudió la cabeza seriamente:

—En absoluto. He comprobado todos los circuitos, y vuelto a comprobar. No he hallado nada fuera de lo normal. Y además, de haber cualquier cosa, no debía afectar a todo el sistema. Los instrumentos no están montados, ni tienen sus conexiones en serie.

—Entonces sólo debe ser una sola cosa —repuso Maddocks con aire preocupado—, algo está ocurriendo fuera de nuestra experiencia normal. El mismo Tom, se encuentra tan a oscuras como nosotros. Parece ser que la causa, es algo que proviene del exterior, del espacio cósmico. Algo de lo que no tenemos ni idea porque ningún hombre la ha experimentado antes, sin duda alguna.

Lloyd tragó un poco de saliva antes de contestar

—La forma en que habla, Stanley —dijo hace erizarme el vello de la nuca. ¿No creen ustedes que llevamos el espíritu de un fantasma a bordo?

Maddocks miró agudamente a Lloyd y se dio cuenta de que éste reía bromeando. Stanley rió a su vez.

—No diga cosas así, Steve —le amonestó—, me parece que el espacio le está afectando. Y no podremos permitir que nuestro único médico se nos vuelva chiflado.

—Pero nada explica lo que ocurre con los instrumentos, señores —Indicó seriamente Tom—, voy a ocuparme una vez más de los circuitos a ver sí he descuidado alguna cosa.

En aquel momento Stephen Lloyd le tomó fuertemente por el brazo.

—¡Mire ahora! ¡Santo Dios! ¡Todos estos instrumentos van a saltar en pedazos como sí se hubieran vuelto locos!

Y súbitamente todo el Satélite se estremeció, como si fuese zarandeado por la mano de un gigante. Toda la estructura vibraba de Una forma terrible, hasta

que los tres hombres rodaron por el suelo de la cabina en confuso montón. Intentaron ponerse en pie, pero al doblar las rodillas, se desconectó el dispositivo electromagnético de las botas de acero y sin control posible, flotaron por el interior de la cabina. Atacados de pánico, mientras todo el casco vibraba terriblemente, procuraron asirse con las manos a lo primero que tenían a su alcance y poco a poco, trabajosamente, fueron descolgándose por las paredes hasta hallarse de nuevo sobre la cubierta metálica donde nuevamente pudieron asentar los pies magnetizados.

La horrible vibración del Satélite había cesado repentinamente y de nuevo Maddocks comprobó con ansiedad sus preciosos instrumentos, que ahora aparecían actuando normalmente.

Y repentinamente, la explicación le vino a la mente.

—¡Ya lo tengo, sí, eso debe ser! Sé lo que ha ocurrido! ¡Hemos chocado con un meteorito! Por eso los instrumentos parecían enloquecidos. ¡La aproximación de un meteorito les ha afectado así!

—Pero eso debe ser imposible —intervino Lloyd—, las probabilidades son de cien millones contra una.

—Pues esa probabilidad entre cien millones se acaba de producir. ¡No existe otra explicación posible!

—¡Dios mío! —exclamó Tom, aterrado—. Sí eso ha sido así, debe haber producido algún daño en el casco del Satélite. —Indicó a Maddocks nerviosamente—: ¡Compruebe la presión del aire! ¡Observe sí está cayendo!

Maddocks actuó el dial de la presión del aire y observó el marcador con ansiedad. Des pues de unos momentos respiró aliviado.

—No, Tom, permanece constante.

—Eso quiere decir que la chapa interior todavía permanece intacta, gracias al Cielo murmuró Bryant—. Pero Dios sabe qué clase de catástrofe le ha ocurrido en la superficie. Es preciso que salga e inspeccione lo ocurrido.

—Creo que tendré que disponerme a una reparación del casco.

—Sí, por supuesto —asintió el Jefe—. Steve, vaya con él.

—Puedo ir yo primero —repuso Bryant testarudamente.

—Sí que puede ir —replicó Maddocks—, pero estoy al frente del Satélite y yo pongo las condiciones y doy las órdenes. Una de ellas es que ningún miembro salga solo a la superficie exterior. Es más seguro el otro camino.

Bryant encogió los hombros.

—Como usted bien dice, Stanley, usted es el Jefe. —Se volvió hacia Lloyd —. De acuerdo, Steve, no hay tiempo que perder, tenemos que salir inmediatamente. Póngase el casco ahora mismo.

Los dos hombres procedieron a enfundarse los incómodos cascos y pusieron en marcha los dispositivos del aire interior. Maddocks se dirigió hacia el control de las válvulas, interior y exterior, esta última manipulada por Bryant y Lloyd.

De nuevo experimentaron la sensación irreal de salir de la cámara de compresión y hallarse sobre el casco del Satélite, con la puerta circular de la

cámara bajo sus pies. La enorme masa azul gris de la Tierra se balanceaba por encima de sus cabezas, casi como si fuera posible tocarla con las manos. Pero en esta ocasión, las mágicas sensaciones del espacio cósmico les dejaron indiferentes, tenían algo grave de qué ocuparse. Algo que podía suponer la vida o la muerte de todos aquellos intrépidos exploradores del espacio. Lentamente fueron moviéndose a lo largo del casco del Satélite en el absoluto y terrible silencio del vacío y de repente, Bryant que iba en cabeza, levantó una mano en señal de hacer alto.

A pocas yardas del cohete final de la última fase, el meteorito había chocado de pasada, desgarrando el casco del navío a todo lo largo, con una terrible amenaza para el vuelo posterior en la atmósfera terrestre. En una largura de seis pies, la superficie del brillante acero del Satélite había sido abierta en una grieta longitudinal, como sí alguien hubiese actuado con un gigantesco abrelatas. Los filos de la grieta aparecían desgarrados y ennegrecidos y toda el área que cubría el desgarro aparecía distorsionado por el calor y roja como una cereza.

Tras la mirilla de glasita de su casco, Bryant vaciló como sí sufriese un agudo dolor físico. Bajó el brazo y los dos hombres se adelantaron unos cuantos pasos al extremo de sus cuerdas salvavidas hasta que Bryant habló a través de su micrófono.

—No se acerque más Lloyd. Este metal está tan incandescente como jamás hemos visto antes nada parecido. Derretiría nuestras botas como si fueran de mantequilla.

Stephen Lloyd murmuró.

—Gracias a Dios, que no nos ha matado el choque.

—De haber chocado de frente —repuso Bryant—, ahora no seríamos más que unos átomos flotando en el espacio.

—¿Qué va usted a hacer, Bryant? —repuso Lloyd.

—Por el momento no puedo hacer nada, repuso el técnico—, hemos de esperar que se enfrié lo suficiente, de lo que en estas condiciones se producirá rápidamente. Y en seguida tengo que ver la forma de conseguir una lista de chapa de acero suficientemente larga para cubrir enteramente el desgarrón y soldarla convenientemente.

—Sí solamente ha resultado dañada la superficie exterior —sugirió Lloyd —, ¿no es mejor que la dejemos así? El suministro de aire no ha sufrido nada en la colisión.

Tom Bryant repuso, con el conocimiento que le daba su calidad de técnico de la tripulación:

—No ocurrirá nada mientras permanezcamos en el vuelo orbital, Lloyd. Pero tan pronto como Maddocks tome contacto con la pesada atmósfera de la Tierra para el aterrizaje, esta grieta abriría el Satélite de cabo a rabo. No, es absolutamente preciso repararlo inmediatamente, sin duda alguna.

—Pero ¿tenemos a bordo listones de acero, Tom? Creo que no los he visto en ninguna ocasión.

—Es cierto Stephen, no hemos traído tales listones de chapa de acero. A causa de la certidumbre de lo que ustedes dijeron antes, que hay una probabilidad contra cien millones de que esto ocurra.

—Entonces, ¿dónde iremos para conseguir esa planea de acero y reparar el daño?

—No lo sé todavía, pero es preciso encontrarla, aunque sea preciso arrancar parte de la cabina.

—¿Y eso sería un procedimiento seguro?

—No conozco otro todavía, Lloyd. ¡Por todos los diablos, cuantas más maravillas encontramos en el espacio, más nos encontramos ignorándolo todo! Causa risa acordarse de toda esa gente de la Tierra, que piensa que un viaje a la Luna, es un simple viaje de placer en un barco cualquiera.

—Sí —convino el doctor Lloyd—, estoy completamente convencido que eso se llevará muchos años todavía.

—Bien, volvamos e informemos a Maddocks de lo que ocurre —dijo Tom —. El es el Comandante y quizá él tendrá alguna brillante idea sobre la forma de hacerse con la plancha de acero para soldarla en la grieta abierta por ese endemoniado meteorito.

Los dos hombres volvieron sobre sus pasos y realizando las operaciones necesarias con las válvulas de paso, entraron en la cabina donde les esperaba ansiosamente el Comandante Maddocks. Bryant le informó rápidamente de lo ocurrido. Cuando Tom hubo terminado su informe, Maddocks sacudió la cabeza de un lado a otro, con los labios apretados.

—Estoy de acuerdo con usted, Tom, en que no podemos volver a la Tierra en esas condiciones, con semejante grieta abierta en el casco del Satélite. Se haría polvo literalmente y arderíamos como ratas por la fricción de la atmósfera superior de la Tierra. Pero, en nombre del Cielo, ¿cómo quiere usted que yo le proporcione esa plancha de acero ¿No sabe usted que no llevamos a bordo nada que se le parezca?

Bryant replicó con voz en la que se advertía una nota de sarcasmo.

—Pensé que usted nos proporcionaría alguna brillante idea.

—¿Por qué?

—Porque usted es el Comandante Jefe, como está acostumbrado a decirnos. El chico de luminoso cerebro, que conoce todas las respuestas. ¿No tiene ahora una dispuesta?

Maddocks se dirigió hacia él con un gesto de cólera.

—¡Escuche Tom! No sé lo que intenta usted; pero sí es alguna clase de diversión a mi costa, se equivoca usted. ¡No lo permito!

—¡Puede ser, Maddocks, pero ahora no está usted en un desfile militar! Yo no soy ningún estúpido recluta. Guarde sus voces para cuando se encuentre de vuelta en la Tierra.. ¡sí volvemos a la Tierra!

Lloyd se mezcló con sus dos camaradas para poner paz en aquella insensata discusión.

—¡Bueno, chicos! Ya está bien, cállense los dos. No se comporten como

dos niños. No podemos permitir disturbios entre nosotros mismos, aquí en el borde de la nada. Vamos a afrontar la situación como hombres que somos, y a buscar entre todos una solución.

Maddocks se inclinó hacia Lloyd como si fuera a seguir discutiendo con él y en seguida cambió su gesto colérico, sonriendo ligeramente.

—Sí, por supuesto, tiene usted razón. Lo siento, Steve. Lo siento y le pido excusas, Tom, sí he dicho algo que no debía.

—Está bien, Stanley. No tiene que excusarse. Ha sido culpa mía. Por una razón u otra he estado desbarrando como un chiflado. No sé por qué.

El doctor Lloyd les miró alternativamente. Era el médico de la tripulación y antes del viaje, había estudiado los efectos de la radiación cósmica; pero sólo como se conocían en la Tierra. Pero no conocía nada de tales efectos de la radiación sobre un ser humano, situado en el espacio exterior, sin protección contra los misteriosos y terribles rayos cósmicos. En su opinión tales radiaciones, irían actuando sobre la mente de los hombres que estuviesen expuestos constantemente a ellas, lentamente, haciéndoles actuar y hablar en una forma, como no podía imaginarse que lo hicieran, en Igualdad de situación, allá abajo en la Tierra.

Tendría, desde luego, que vigilar con sumo cuidado cualquier repetición de otro altercado parecido entre Maddocks y Bryant, e incluso con él mismo, ya que el hecho de ser médico no le excluía de la posibilidad de tales extrañas influencias, ajenas a la voluntad del que las sufría, por completo.

Tom Bryant se acarició la mejilla pensativamente, mirando las paredes de acero de la cabina. Tras un momento de reflexión; dijo:

—Creo, queridos colegas, que tengo la posibilidad de obtener una sección de plancha de acero que recubre el interior de la cabina y arreglar con ella el desastre organizado por el meteorito. Las planchas son suficientemente largas para eso.

Maddocks parpadeó con asombro.

—¿Desgarrar la cabina de arriba a abajo? ¡Pero esto podría acarrear la pérdida del sistema de aireación! En lugar de circular simplemente por la cabina, el aire iría a parar entre la coraza interior y la exterior del Satélite. ¡Y el suministro de aire no es posible re novarlo hasta que volvamos a la Tierra!

Tom Bryant explicó:

—Yo la soldaría, lo mismo que soldaré la producida en el casco exterior del Satélite.

—¿Qué quiere decir, Tom? —pregunto Lloyd.

—Simplemente esto —continuó Tom—. Por una vez cortaremos la total circulación del aire dentro de la cabina. Nos pondremos el equipo completo espacial mientras corto con el soplete la sección de cabina requerida. Entonces soldaré los bordes, combados hacia atrás, con el casco exterior del Satélite. De esta forma, seguirá formando una unidad precintada y herméticamente cerrada y el aire volverá de nuevo a circular otra vez.

—Eso significa que parte de la chapa interior de la cabina, pasará a formar

parte del casco exterior del Satélite —advirtió Maddocks con incertidumbre —, Esto va a debilitar la totalidad de la estructura del navío ¿no es cierto?.

Bryant hizo un gesto de impaciencia.

—Aunque sea sí, ¿qué podemos hacer mejor? ¿De qué forma puedo reparar el desastre exterior? ¿Tiene usted una idea mejor, Maddocks?

El doctor Lloyd miró atentamente de nuevo a los dos hombres. Maddocks se encogió de hombros y se pasó una mano nerviosa por su bigote descomunal. Acabó afirmando con un gesto de cabeza al técnico.

—Está bien, Bryant, usted es el experto en la materia. Sí usted lo dice así, qué remedio queda.

—Gracias —repuso Bryant un poco sarcásticamente.

La operación llevó casi tres horas de trabajo. Durante todo el tiempo se había cortado por completo el suministro de aire al interior de la cabina y los tres miembros de la tripulación, permanecieron con el equipo espacial completo respirando de los cilindros gemelos adosados a la espalda. Primero, con un soplete de oxiacetileno, Tom procedió a cortar una sección de la pared de la cabina, lo suficientemente grande como para reparar el daño sufrido en el casco del Satélite, causado por el meteorito. Después calentó los bordes del corte producido y los curvó hacia atrás de forma que pudieran ser soldados con el deslustrado metal del casco exterior. Finalmente soldó los bordes con un experto trabajo y seguidamente que hubo terminado, hizo señas a Maddocks de que podía intentar probar de rellenar nuevamente de aire la cabina. Los tres hombres esperaron con ansiedad, sin quitar los ojos de la aguja marcadora del instrumento correspondiente, para estar seguros de que no existía escape alguno por las soldaduras efectuadas y que el nivel correspondía a la cifra normal. Todo marchó correctamente y la presión permaneció constante y al preciso nivel.

Stanley Maddocks hizo señas a sus camaradas para que se quitaran los cascos del traje espacial, mientras él a su vez se quitaba el suyo.

—Enhorabuena, Tom —felicitó el Jefe—, ha hecho usted un excelente trabajo.

—Gracias —repuso Bryant—, ahora espero que el trabajo que tengo que realizar a fuera, sea tan bueno como este. Sí no es así, será el adiós para nosotros tres cuando choquemos con la atmósfera en nuestra vuelta a la Tierra.

—Lo hará usted muy bien —dijo Lloyd—. Estoy completamente seguro.

—Gracias, Steve —repuso Tom, con una calurosa sonrisa—. Y ahora, creo que debo empezar ese trabajo inmediatamente. No sabemos qué ocurrirá por el efecto del vacío del espacio, en la estructura, entre las dos corazas, exterior e interior del Satélite, ni no se suelda la avería lo más pronto posible.

Stephen Lloyd murmuró:

—¿Es cierto que quiere usted empezar ese trabajo en seguida? Ha estado usted trabajando sin descanso varias horas con esa condenada chapa de acero.

—Ya he trabajado más duro y por más tiempo en la Tierra, Steve —repuso

Bryant.

—Sí, pero las condiciones de la Tierra, no son como las que reinan aquí en el espacio

—advirtió el doctor Lloyd—. Entre otras cosas, no tenía usted que usar un engorroso traje espacial y un casco, en Westlake ¿no es así?

Ahora fue Maddocks quien intervino en la conversación.

—Parece usted olvidar, Steve, que el peso no significa maldita la cosa en estas condiciones. Podría usted, situado sobre el casco del Satélite, manejar con la mano un camión de diez toneladas, sí tuviera, por supuesto, ese camión de diez toneladas para jugar con él.

—Sí, sí, claro está —convino Lloyd—. Lo había olvidado. Qué extraño. Esta es la más obvia diferencia de lo que ocurre aquí ¿no es así?

—Gracias por pensar por mí de todos modos, Steve —dijo Tom Bryant—. Ahora, al quiere usted ser tan amable de actuar como pareja mía y ayudarme a llevar este equipo fuera, a la cubierta del navío, le quedaré muy obligado.

—¿De acuerdo Stanley? —preguntó Lloyd, recibiendo de Maddocks un asentimiento con un gesto afirmativo del Jefe.

—Sí, Steve, puede usted acompañarle. Yo permaneceré en el interior de la cabina, sin perder de vista estos instrumentos míos. Ya han bailado como si estuvieran enloquecidos. Nada sabemos, sí pueden volver de nuevo a empezar otra vez.

—La razón de semejante disturbio, sabemos que ha sido la aproximación de ese condenado meteorito —indicó Bryant—; pero no es de esperar que esto ocurra otra vez.

—Eso no implica que usted ignore su trabajo Tom —repuso el Comandante con cierta acritud—, pero es siempre mejor proceder con seguridad ¿no está usted de acuerdo?

El doctor Lloyd suspiró resignadamente. Le pareció que aquellos dos hombres iban a recomenzar sus disputas y en aquel momento no era cosa de pensar en tener que administrar un sedante para quitarles los nervios, ya que podía haberse obtenido un efecto completamente indeseable, al inhibir otros sentidos.

Se dirigió acompañando a Tom a través del sistema de válvulas conocido al exterior del Satélite, y cuando se hallaron expuestos al vacío, bajo el imponente dosel de estrellas de la vasta inmensidad del Universo, Lloyd fijó el cabo de su cuerda salvavidas al gancho correspondiente.

—No olvide su cuerda salvavidas, Tom —dijo por radio a su compañero —, déjeme hacerlo por usted.

Realizada la operación de seguridad, se dirigieron con las herramientas y equipo necesario hacia el lugar en que el meteorito había chocado con el casco del Satélite y Tom, procedió a efectuar una más cercana inspección del daño ocasionado.

—Ya se ha enfriado lo suficiente —anunció Bryant—, sí quiere usted alargarme el soplete, Lloyd, empezaré mi trabajo inmediatamente.

Con la colaboración del doctor Lloyd, Tom comenzó su trabajo de reparación. Comenzó su trabajo cuidadosamente, soldando el listón de acero sacado de la cabina a lo largo de la grieta producida en el casco, previo el arreglo de la chapa y así continuó hasta aproximarse al final de la grieta. Con un gesto de fastidio comprobó que su cuerda salvavidas no era suficiente para permitirle llegar hasta el final.

—¡Por todos los diablos! —exclamó malhumorado.

—¿Algo va mal? —preguntó Lloyd.

—¿Qué sí va algo mal? —explotó Tom con exasperación, ¡Maldito sea todo! ¿No lo ve usted? Fíjese en esta condenada cuerda mía. He llegado al límite cuando aún me faltan unos dos pies de longitud para terminar.

—Espere un momento, Tom —repuso Lloyd—. Volveré a la cabina y traeré otra más larga. No se mueva de aquí.

—¿Dónde espera usted que me vaya?—respondió Tom irritado—. No esperará que vuelva yo solo a la Tierra.

Stephen Lloyd hizo su camino de regreso pesadamente con el cuidado necesario hasta alcanzar y desaparecer por el agujero circular de la entrada de la válvula exterior. Bryant le vio desaparecer y cerrarse tras él la puerta del casco del Satélite. Por un momento la idea de encontrarse solo en el exterior, por completo aislado de sus dos compañeros, le aterró; pero después ahuyentó la preocupación y con un encogimiento de sus amplios hombros bajo el traje espacial se dedicó a repasar el trabajo efectuado. Tras un minuto, pensó que podía irse la cuerda al diablo. Después de todo, no tenía necesidad de estar atado. Mientras que sus botas electromagnéticas estuviesen funcionando, manteniéndole adherido al casco del Satélite, nada tenía que temer. La reparación debería ser terminada urgentemente, en su estimación, cuanto más pronto estuviese terminada más pronto podría volver a la acogedora cabina del navío espacial, aunque se encontrase con Maddocks, que parecía la única persona Importante en aquel viaje. Bryant tomó la decisión y la puso en práctica. Con torpes movimientos de su mano enguantada, pudo desenganchar el extremo de la cuerda salvavidas, sujeta al pecho de su traje espacial y con el mayor cuidado volvió de nuevo a tomar el cilindro de oxiacetileno y el soplete, para acabar cuanto antes de soldar el trozo que aún quedaba pendiente. Desde la posición erecta, que Maddocks le había insistido muchas veces que guardase mientras se hallase en el exterior, Tom calentó hasta el rojo cereza los astillados bordes de la grieta abierta en el casco, en el pequeño tramo final. Entonces tomó el martillo de su cinturón y chapeó los tres pies de extensión de los desgarrados bordes de la chapa acerada del casco, para poder soldarla seguidamente. Aquella posición erecta ya le tenía rendido de cansancio y pensó con rabia que era Maddocks quien había siempre insistido en que no dejara de mantenerla. El joven técnico siguió todavía cinco minutos más hasta terminar el chapeado. Se aseguró el martillo en el cinturón y miró hacia la salida de la válvula exterior para ver sí Lloyd volvía; pero la válvula permanecía cerrada. ¿Qué le ocurriría a Lloyd para gastar tanto tiempo? No

importaba, el doctor sonreiría satisfecho cuando al volver, viese que todo el trabajo había sido enteramente realizado sin el auxilio de la nueva y más larga cuerda salvavidas que había ido a buscar.

Tom se Volvió para mirar en conjunto el trabajo realizado y creyó sentirse satisfecho del resultado. La soldadura aparecía todavía al rojo. Bryant se Inclinó de rodillas para mirar más de cerca el aspecto de la soldadura que se iba enfriando rápidamente y al hacerlo, el resorte automático de los controles de las rodillas de su traje espacial, quedó desconectado. Y antes de que Bryant pudiera imaginar lo sucedido, se halló flotando suavemente en el espacio, separado del casco del Satélite.

—¡Santo Dios —pensó— estoy flotando en el vacío!

La figura embutida en el traje espacial, se fue separando muy despacio y casi insensiblemente del navío espacial. Los ojos de Bryant se dilataron de terror, tras la mirilla de glasita de su casco e instintivamente comenzó a agitarse frenéticamente, tratando por todos los medios de aproximarse al Satélite; pero sus movimientos no dieron ningún resultado. Se vio envuelto por aquella aterra dora inmensidad del vacío, en la que resal taba la gigantesca bola ardiente del Sol, con sus ígneas protuberancias de gases, invisible desde la Tierra, hundido allá a millones de millas de distancia. Poco a poco se sintió presa del pánico más espantoso, gritó y el sonido pareció reverberar dentro de su casco hasta que eco de sus mismos gritos le hicieron pensar que se estaba volviendo loco. Se revolvió lentamente en el espacio sin poder conseguir otra cosa, que observar su lento desplazamiento y las brillantes estrellas que poblaban a mirladas toda la extensión del espacio sin límites y por encima de su cabeza, el enorme globo verde azulado de la Tierra. Verdaderamente, ahora sí que era un hombre en el espacio, completamente solo en la vasta inmensidad del eterno vacío, sin nada que hacer, sino esperar hasta que su reserva de aire en los delgados cilindros adosados a la espalda quedaran exhaustos y morir entonces rápidamente ahogado por asfixia dentro del traje espacial, que le serviría de ataúd.

Capítulo VIII
EL RESCATE EN EL ESPACIO

El doctor Lloyd esperaba que la válvula exterior se abriera frente a él. Permaneció silencioso, llevando en la mano la nueva cuerda salvavidas extra larga, hasta que la válvula le permitió salir del casco del Satélite. Caminó cuidadosamente hasta el extremo del casco en que se había producido el desastre del meteorito y entonces, súbitamente abrió los ojos aterrado en un incomprensible estupor.

La superficie del Satélite estaba completamente desierta.

La cuerda salvavidas que llevaba en auxilia de Bryant se escapó de sus manos y comenzó a flotar suavemente en el espacio, abandonada, mientras que giraba su cuerpo en todas direcciones para tratar de localizar a su extraviado compañero. Se apercibió de la cuerda salvavidas de Bryant, suelta y abandonada, colgando solamente por el extremo sujeto al gancho del exterior de la válvula de salida del navío espacial. ¡Santo Dios! ¿Qué habría hecho aquel atolondrado muchacho?

Y entonces vio el soplete de acetileno flotando, suavemente a unas veinte yardas de altura sobre su cabeza y la horrible realidad golpeó su conciencia con la fuerza de un tren exprés. Tom Bryant se había escapado del Satélite, despegándose del casco y ahora volaría sin rumbo por el espacio, en cualquier parte del negro vacío de aquella inconmensurable infinitud.

Moviéndose tanto como pudo permitirle su traje espacial, el doctor Lloyd recorrió toda el área del casco del Satélite, buscando con los ojos febrilmente, en la estrellada bóveda, el punto en el que pudiese aparecer su extraviado compañero y al fin pudo distinguirlo, quedándosele paralizado el aliento dentro de su garganta. Tom Bryant giraba lentamente sobre sí mismo, de la cabeza a los pies y ya se hallaba a más de cien pies alejado del casco del Satélite. Tras el primer momento de pánico, Lloyd volvió rápidamente sobre sus pasos hacia la entrada del Satélite en dirección a la cámara de compresión. Con gestos desesperados realizó las necesarias manipulaciones hasta saltar dentro de la cabina, hallando a Stanley Maddocks enfrascado en la contemplación del panel de instrumentos. Lloyd se sacó rápidamente el casco y atenazó un hombro del Comandante.

—Tom... Tom Bryant —barbotó con voz ronca—, está ahí fuera... flotando en el espacio...

Maddocks se incorporó como impelido por un resorte. Sujetó al doctor por los brazos.

—Recobre la calma, Lloyd gritó alarmado—. ¿Qué diablos dice usted?

Lloyd hizo un movimiento nervioso de tragar saliva y continuó:

—Sí, Stanley, Tom Bryant se encuentra a la deriva flotando en el espacio. Ha debido soltarse de la cuerda salvavidas, mientras yo volvía por esta otra de

mayor longitud, como le he dicho antes, y ahora se encuentra ¡a casi cien pies de distancia del Satélite!

—¡Diablo de criatura! —rugió el Comandante—. ¡Maldito estúpido! ¡Ya hubiera podido tener más sentido!

—¿Y qué diablos haremos ahora, Stan?— gritó Lloyd con una nota de pánico en la voz—. ¿Qué podremos hacer?

—¡Cálmese, Lloyd! —insinuó enérgicamente el Jefe—. No es tan mal asunto como parece. Recuerde las pistolas de reacción diseñadas por el profesor Kelland. Fueron concebidas para una ocasión parecida a ésta. ¡Vamos, tan pronto como sea posible! ¡No hay un instante que perder!

Ambos hombres se atornillaron nueva mente sus cascos espaciales con toda urgencia y se encaminaron al exterior. Febrilmente aguardaron las operaciones de rutina para la apertura y cierre de las válvulas de la cabina y saltaron finalmente al casco del Satélite. Permanecieron uno junto a otro sobre la metálica superficie exterior del navío espacial, hasta encontrar la trágica figura flotante de Bryant, lejana en el purpúreo ambiente del espacio vacío que les rodeaba.

—¡Allí está! —gritó el Comandante, apuntando con una mano en la dirección conveniente, donde se hallaba su infortunado compañero.

—¿Dijo usted cien pies? Yo creo que está a más de doscientos.

—Se va separando lenta e inexorablemente del Satélite todo el tiempo — replicó el doctor Lloyd con ansiedad—, ¿qué podremos hacer, Maddocks?

—Lo primero será tomar contacto con él con la radio —dijo el Comandante—, conecte su aparato y llame repetidamente por su nombre hasta que le responda.

—¿Y qué ocurrirá sí se encuentra inconsciente?

—Consideraremos esta posibilidad, cuando hayamos llamado repetidas veces dentro de un tiempo prudencial. ¡Pronto, llámelo!

Lloyd conectó su micrófono con el transmisor individual de su equipo y empezó a llamar a Bryant una y otra vez. Aunque no le era posible oír a Maddocks, advirtió por el movimiento de sus labios, a través de la mirilla de glasita, que el Comandante, llamaba insistentemente al joven técnico.

—¡Tom, Tom Bryant! —gritó el doctor Lloyd—, aquí el doctor Lloyd que le llama!

¡Respóndame urgente, Tom! ¡Por favor, es de vital importancia para usted!

Allá lejos, en el espacio, a cien yardas del Satélite y ligeramente sobre él, Bryant volvió de nuevo a su estado consciente. Momentos antes, al comprobar su estado desesperado, en que nada podía hacer sino esperar, como cuestión de tiempo, a morir asfixiado cuando le faltase el reducido suministro de oxígeno de sus cilindros, había caído en un estado de completa inconsciencia. Supuso que el horrible conocimiento de su estado le había producido un shock nervioso y como una estúpida señorita, había perdido el conocimiento. A través de su mirilla de glasita, las estrellas brillaban en el profundo púrpura del espacio cósmico y que se movían siempre, hacia arriba, siempre hacia

arriba... Trató de revolverse de nuevo. Pronto consiguió ver la enorme masa de la Tierra y el Satélite. El planeta verde azulado ocupó toda su visión a través de la mirilla de su casco, apreciando los grandes continentes, el azul de los océanos y las capas de nubes lejanas que formaban el conjunto de la Tierra madre. Y allí estaba también el Satélite, como una mancha brillante bajo los rayos del Sol, pareciendo un insecto deslizarse sobre un gigantesco animal azul gris.

Y a Maddocks y a Lloyd.

Ambos se encontraban sobre el casco del Satélite observándole. Gracias a Dios, algo podría ayudarle, seguramente. Al menos, una esperanza surgió en su mente desesperada. Comprendió rápidamente que debía utilizar la radio, y conectándola, trató de gritar a través de su micrófono:

—¡Maddocks. Lloyd! ¡Soy yo, Bryant! ¿Pueden oírme? ¿Díganme sí pueden?

Cambió la posición de recibir e inmediatamente oyó las voces mezcladas de sus dos camaradas en un confuso barullo que le impedían discernir claramente a alguno de los dos. Y en seguida pudo oír la voz del doctor Lloyd que le llamaba con toda precisión.

—¡Tom Bryant! ¿Puede usted oírme? ¡Responda! ¿Puede usted oírme? Escuche a...

Y de repente la voz de su compañero de viaje desapareció totalmente, y en su lugar oyó:

—«...vuelve, vuelve... El espacio no es para ti... Vuelve, vuelve...»

¿Qué diablos sería aquello? ¿Quién estaría hablando? —se preguntó Tom Bryant en el colmo del asombro.

Y de nuevo la voz del doctor Lloyd:

—¡Bryant, Tom Bryant! ¡Contésteme sí puede! ¡Cambio para oír! ¡Contésteme sí puede!

Con un enorme alivio, Tom cambió para transmitir y con una voz nerviosa y tensa, repuso:

—Sí, sí, puedo oírle, Steve. ¡Ayúdeme, por amor de Dios! ¡Creo que voy a morir!

Y en seguida la voz firme y segura del Jefe del Satélite:

—No pierda la cabeza, Tom. Conserve su sangre fría. Ahora iré a rescatarle. Tenga calma y escúcheme. El profesor Kelland, preparó para la tripulación unas pistolas a reacción, como instrumento fundamental, para una emergencia como ésta. Escuche. En su cinturón, a mano derecha, en su equipo y cerrada con una cremallera, hay una pistola reactora cargada con veinte cápsulas del mismo compuesto hidrógeno - oxigeno que sirve de combustible al Satélite. Funciona apuntando precisamente al lado contrario de la dirección deseada. Tome su pistola con el mayor cuidado. Procure tener calma, porque el arma no está sujeta al traje de ningún modo. Sí ahora está usted de cara al Satélite, apunte por encima del hombro y apriete el gatillo. ¡Adelante y actúe como digo!

Bryant respiró con el inmenso alivio de saber que disponía de un instrumento salvador y con dedos temblorosos, rebuscó con trabajo hasta extraer la pistola reactora del pesado cinturón, dentro de su funda, que cerraba una cremallera. Aproximó la otra mano para sujetarla por el cañón y sin poder imaginar lo que sucedía, la pistola, ligera como una pluma, se escapó de sus manos y quedó flotando en el vacío, lejos de su alcance.

Se apresuró a radiar a los dos hombres que esperaban ansiosamente su retorno al casco del Satélite:

—¡Maldita sea! ¡He perdido la pistola reactora! ¡Se ha escapado de mis manos al sacarla de la funda y está flotando también en el espacio! ¿Qué puedo hacer ahora?

No hubo respuesta y Bryant, gritando aterrorizado continuó:

—¡Contéstenme! ¡Por amor de Dios, no puedo volver, llévenme de aquí!

Sobre el casco del Satélite, Lloyd murmuró suavemente en el micrófono, mientras Maddocks le miraba fijamente a través de su mirilla de glasita:

—Ha perdido la pistola. Me parece que así no podrá jamás regresar al Satélite, —dijo el Comandante fríamente.

—¿Cómo?

—Tendré que ir a buscarle —afirmó el Jefe, con voz desprovista de toda emoción.

—¿Sabe usted lo que está diciendo, Stanley? —gritó Lloyd—. No querrá usted significar que va a arrojarse también en el vacío para traer de vuelta a Bryant.

—¿Y qué quiere usted que haga? —repuso Maddocks enérgicamente—. ¿Dejarle hasta que se le acabe el suministro de oxígeno y muera asfixiado?

—No lo sé, Stanley —repuso Lloyd moviendo dubitativamente la cabeza —. De verdad que no lo sé.

Maddocks habló a Bryant.

—Quédese donde está y espere. Bryant. Voy a buscarle personalmente.

—Tenga cuidado Stanley —murmuró Lloyd fervientemente—. ¡Por Dios Santo, no permita que le ocurra nada a usted!

—Sé lo que tengo que hacer —replicó el Jefe de vuelo secamente. El profesor Kelland y yo, ya realizamos una serie de sesiones sobre el particular en Westlake. Yo sé cómo manejar esa pistola reactora.

Con el mayor cuidado, sacó Maddocks su pistola. La sujetó fuertemente por el cañón, y se dirigió a Lloyd:

—Otra cosa que anotar cuidadosamente en el diario de navegación. Estas pistolas deberían tener una ligazón cualquiera con el equipo espacial. El perderla, como ha hecho Bryant, significa sencillamente la muerte.

Se desató la cuerda salvavidas y con suavidad dobló las rodillas hasta desconectar el control automático del dispositivo electromagnético de las botas y rápidamente se encontró flotando en el vacío, como una simple pluma empujada por la brisa de un día de verano. El doctor Lloyd oyó su voz a través de su receptor:

—Tendrá usted que guiarme, Lloyd. Estoy de cara a usted y la espalda puesta a Bryant. Usted tendrá que decirme como hacer la puntería y disparar mi pistola.

—Sí, por supuesto.

Lloyd observaba cómo flotaba Maddocks en el espacio. Ya era el segundo hombre de la tripulación que perdía el contacto del casco del Satélite, sin nada donde asirse, fuera de la única tabla de salvación que constituía para todos ellos la cubierta acerada del Satélite Kelland.

Bryant se distinguía allá a lo lejos, solo como un muñeco grotesco perdido, en aquel vacío cuajado de estrellas, con los brazos ondulando hacia arriba y abajo, como un pájaro en vuelo.

Lloyd advirtió claramente:

—Tom se encuentra inmediatamente detrás de usted, Stanley. Quizá unos cuantos pies más arriba de donde usted se encuentra. Tire su primera descarga directamente frente a usted, una fracción ligeramente más abajo.

Flotando a unas cuantas yardas por encima del Satélite, Maddocks tomó puntería de acuerdo con las instrucciones recibidas del médico, y disparó la primera carga. Una brillante lengua de fuego escarlata brilló, sin sonido, en el profundo escarlata del espacio cósmico y Maddocks sintió como sí una mula le hubiese coceado brutalmente en el estómago. El Satélite tan sereno e inmóvil en apariencia hasta un momento antes, empezó a cabecear en todas direcciones y el enorme bulto de la Tierra le pareció girar como si fuese un balón golpeado por gigantescos futbolistas.

El médico observaba horrorizado, cómo el cuerpo de Maddocks saltaba y saltaba hacia arriba, en el espacio, y a través de los pequeños micrófonos de la radio de su casco, podía escuchar la agitada respiración del Comandante, afectada súbitamente por la aceleración brusca en el vacío. Maddocks se desplazaba a enorme rapidez, de cabeza arriba —con relación al Satélite— y con una ligera inclinación. En breves instantes dejó atrás a Tom Bryant que quedó en seguida lejos bajo sus pies. El doctor Lloyd pensó, con el corazón latiéndole como un martillo pilón, que seguramente el profesor Kelland no habría controlado bien la actuación de la pistola reactora. ¿Qué podría influir para que algo fuese mal en aquel instrumento?

Se puso a gritar frenéticamente por la radio.

—¡Por Dios, Stanley! ¡Trate de controlar sus movimientos! ¡Se escapa usted endiabladamente hacia arriba! ¿Qué es lo que va mal?

La respuesta le llegó, con seguridad, del Comandante Maddocks.

—No creo que nada funcione mal, Lloyd. Es, sencillamente, que no estaba preparado para recibir el impulso contrarío de estas descargas en el espacio exterior. No tenga cuidado, amigo mío, estoy bajo control. ¿Cómo me encuentro ahora con relación a Tom Bryant? ¿Estoy más cerca?

—Sí, creo que lo está, Stanley. Aunque creo que usted se encuentra directamente sobre él, me parece que Bryant debe hallarse a unas doscientas yardas más abajo. ¡Dispare hacia arriba y ponga ahora más cuidado en sus

movimientos!

—No se preocupe, Steve. —Y con una plegaria en el corazón, apuntó la pistola por encima de su cabeza. Pero antes de tirar del disparador, creyó mejor alentar con alguna palabra de ánimo al joven técnico. A través de la radio se dirigió al muchacho:

—¿Qué tal se encuentra, Bryant?

—Creo que bastante bien, Stanley. Pero no veo la forma de alcanzar nuevamente la cubierta del Satélite.

—Ahora es una labor conjunta, Bryant. Trate de darme alguna señal de orientación, en la dirección precisa. ¿Puede usted verme desde donde se encuentra ahora?

—Sí, le veo claramente sobre mi cabeza, ligeramente frente a mí:

—Eso es suficiente. Y ahora escúcheme, Tom. Voy a disparar la segunda carga de la pistola. Espero que me sitúe en la proximidad suya, más o menos alejado. En cuanto me encuentre lo suficientemente cerca, trate de agarrarse a mí, con el solo cuidado de no romperme el traje espacial. La menor desgarradura y ya sabe usted lo que ocurrirá. ¡Ahora va!

Maddocks tomó un profundo respiro, tensó sus músculos y tiró del disparador de la pistola - cohete. La llamarada salló por encima de su cabeza. El Comandante se sintió empujado hacia abajo a una velocidad imponente. Abrió los brazos y comenzó a realizar toda suerte de movimientos que le sirviesen de freno y control. Con su radio en posición de recibir, oyó la voz de Tom, que sonaba excitada en sus oídos:

—¡Ahora va bien, Stanley! ¡Creo que podré asirme a usted de un momento a otro!

En el escarlata profundo del espacio cósmico, dos bultos humanos se movían rápidamente para unirse. Sin movimiento, Tom Bryant esperaba con los brazos abiertos a que Stanley llegase cerca, más cerca. En un momento dado, el joven técnico cerró los brazos desesperadamente sobre la figura que se emparejaba con él, descendiendo rápidamente y consiguió engancharse a él atenazándole el cuello. Maddocks lo advirtió al ver pasar las manos enguantadas frente a la mirilla de su casco. Simultáneamente oyó la excitada voz del muchacho gritándole:

—¡Ya estoy, Stanley! ¡Ahora estoy seguro!

—Yo no lo diría con una seguridad del ciento por ciento, hasta que pisemos la cubierta del Satélite. ¿Y qué tal va el oxígeno, Bryant? ¿Cuánto calcula usted que le queda todavía?

—Lo suficiente para llegar a la cabina del Satélite, creo yo. Sobre diez minutos o algo más.

—Espero que esté usted en lo cierto —repuso Maddocks—. Esté preparado para el choque, Tom. Voy a disparar la pistola sobre el hombro mío y creo que sobre los suyos también. Sentirá usted algo parecido a la aceleración sufrida al escapar de la Tierra, aunque no en semejante escala.

—¡No se preocupe, muchacho! —repuso Maddocks—. Ya tengo alguna

experiencia con esto, ya sé cómo debo manejarla, como habría hecho usted de no haber perdido su pistola-cohete.

Bryant no respondió y Stanley se sonrió para sí, dentro del casco de su equipo. Era una buena lección para Bryant. Así aprendería que no podía conducirse como un imbécil atolondrado, poniendo en peligro inútilmente las vidas de los demás tripulantes, compañeros de viaje. Maddocks escrutaba con la máxima atención, el momento de aproximarse al Satélite. En un momento dado, disparó nuevamente frente a él y la gran velocidad que le empujaba contra el Satélite, disminuyó en el acto, sintiendo el tirón de los dedos de Bryant alrededor de sus hombros. Empezó a caer entonces más lentamente sobre el rasco del navío espacial y en seguida divisó la figura solitaria del doctor Lloyd, bajo ellos, atisbando ansiosamente a través de la oscuridad. Maddocks, todavía disparó otra carga hacia arriba y dos segundos después, otra en dirección a sus pies, hasta sentir por fin sus botas metálicas adherirse, imantadas, en la cubierta salvadora del Satélite.

Lloyd se precipitó hacia ellos y tras la mirilla de glasita del médico, el Comandante pudo advertir como gesticulaba afanosamente. Se aproximó a Bryant y a través de la radio, gritó angustiadamente.

—¡Santo Dios, Stanley! ¡Mire a Tom! ¡El suministro de aire le falta y se está ahogando!

Todavía sosteniendo al joven técnico, cuyas botas ya imantadas le sujetaban al casco, Maddocks se volvió hacia él. Bryant aparecía sofocado en el interior de su casco, con los ojos rodándole en las órbitas y la boca abierta, en un espasmo agónico. El joven luchaba por sobrevivir con un suministro de oxígeno ya agotado. Maddocks calculó, que sí dentro de un minuto Bryant no se encontraba en el interior de la cabina del Satélite, moriría por asfixia.

—¡Rápido! —gritó Lloyd—. ¡Tome uno de mis cilindros para él!

—Imposible —repuso el Comandante En el momento de desconectar el tubo que une los cilindros, el vacío le mataría. ¡Pronto! ¡Llevémosle a la cámara de compresión!

Entre ambos condujeron al joven Bryant inconsciente sobre la cubierta del Satélite hacia la abierta válvula del exterior. Lloyd se deslizó con premura y Maddocks ayudó a depositar en el interior el cuerpo inerme de Tom. Cerraron rápidamente la válvula exterior que borró de sus campos de visión el espectáculo del cielo estrellado y el espacio cósmico con su impresionante tono de púrpura profundo, que había estado a punto de convertirse en la sepultura de Bryant y del Comandante Jefe del navío.

Con terrible ansiedad, Maddocks esperó hasta que el indicador de la presión marcó la altura necesaria y rápidamente se despojaron de los cascos, haciéndolo en primer lugar con el joven técnico que permanecía desmayado y lívido en el suelo, con la cabeza caída hacia un lado y un tinte de ceniza oscuro en las facciones.

Maddocks accionó la válvula interior y el doctor Lloyd, recogió el cuerpo

sin vida de Bryant y lo depositó en el interior de la cabina, procediendo rápidamente a hacerle la respiración artificial. Le puso en posición conveniente la cabeza, le abrió la boca dejándole afuera la lengua y se aplicó frenéticamente a hacerle volver en sí, por todos los medios.

—¿Puedo hacer algo, Steve? —preguntó desolado el Jefe.

Lloyd movió la cabeza negativamente, rodando el suelo metálico de la cabina con las gotas de sudor que abundantemente le calan de la frente.

—No, nada por el momento, Stanley, hasta que vuelva de su estado inconsciente. Espero que pueda conseguirlo pronto.

—¿Cree usted en la posibilidad de que ha ya podido morir?

—Podría ser —repuso sombríamente el doctor Lloyd, mientras trabajaba sin desean so para hacer que volviera la respiración al pecho del joven técnico —. ¿Sabe usted tomar el pulso?

—Sí, desde luego —replicó el Jefe—. Y se echó de rodillas junto al infortunado Tom, tomándole una muñeca. Con las yemas de sus largos dedos, rebuscó ansiosamente el latido arterial del muchacho durante unos momentos, y al fin su rostro se distendió con una sonrisa de optimismo.

—¡Todavía está vivo, Steve! ¡Aunque débil, su pulso sigue latiendo!

—¡Gracias a Dios! Y con renovado vigor continuó sus manipulaciones. Quizás transcurriría media hora sin que Bryant diese el menor signo de vida hasta que Maddocks que continuaba de rodillas junto al muchachos lanzó un grito de alegría.

—¡Está respirando, Steve!

El doctor, agotado por el tremendo esfuerzo y la tensión nerviosa, continuó todavía unos momentos más hasta que Bryant parpadeó levemente y exhaló un ronquido de dolor. El médico cesó en sus movimientos, sofocado por el terrible esfuerzo, dejando caer los brazos como sí le pesaran una tonelada.

—¡Llévelo a su asiento, Stanley! Sujétele y quítele el traje espacial. Lo siento, Maddocks, ahora ya no puedo ayudarle lo más mínimo, estoy agotado.

—No se preocupe por eso, Lloyd, descanse ahora que bien lo necesita. Ya ha cumplido bien su tarea de médico. ¡Bryant vivirá gracias a usted!

—Y gracias también a usted, Stanley, repuso Lloyd calurosamente. Sin su heroica actuación en el espacio, nunca hubiera vuelto al Satélite. Yo... yo Jamás habría tenido arrestos para hacerlo.

Stanley sonrió levemente mientras levantaba al Joven técnico en sus brazos, y lo depositaba cómodamente en su asiento.

—También lo habría hecho usted, llegado el caso. ¿Quiere usted saber algo, querido amigo? Me sentí por un momento tan aterrado que estuve dudando algunos instantes, entre dejarle solo a su suerte o jugarme la vida en su rescate. Pero llegado el momento supremo, siempre triunfa el deber y el concepto del honor. Yo también estaba espantado, Steve.

Lloyd no respondió. No sabía sí el Comandante había dicho la verdad o lo hizo por hacer que él se sintiera más satisfecho. Nada de aquello importaba ahora. Ambos habían hecho todo lo posible por rescatar a Bryant de una

muerte segura, cuando todo parecía perdido para el muchacho. Y ahora completaría su actuación con el auxilio de la medicina.

Una hora más tarde, Bryant volvió completamente en sí de su inconsciencia. Parpadeó nerviosamente los ojos, con aire ausente, hasta que comenzó a distinguir las cosas que le rodeaban y a percibir la luz fluorescente de la cabina, sobre su cabeza. Por unos instantes permaneció sin otro movimiento, recordando y poniendo en orden sus confusos pensamientos. Recordó por fin el horror su miedo al flotar en el espacio a la deriva y la aventura de Stanley saliendo a rescatarle y su vuelta por fin al Satélite, donde ya sus recuerdos terminaban al haber caído en la inconsciencia de la muerte. Oyó un movimiento a su lado y por fin vio al doctor Lloyd frente a él, observándole ansiosamente. El doctor le dirigió una amplia sonrisa, como sí denotase que por fin todo marchaba bien.

—¿Qué tal se encuentra, Bryant?

Antes de que pudiera contestar, Stanley, se aproximó al doctor y preguntó a su vez ansiosamente. Bryant sonrió a sus dos compañeros. Movió la cabeza y preguntó con aire maravillado.

—¿Qué... qué ha ocurrido, allá afuera? —Stanley le rescató, Bryant —repuso el doctor Lloyd—, gracias a él está usted vivo ahora. Le debe usted la vida absolutamente Tom.

—Y al doctor Lloyd igualmente —añadió el Jefe—, el aire se le había terminado al tomar contacto con el casco del Satélite. Steve le hizo la respiración artificial. Ha trabajado como un esclavo durante tres cuartos de hora en condiciones terribles, cuando parecía que usted estaba ya muerto.

—Les debo la vida a ambos —murmuró cálidamente Bryant—. Les quedo eternamente agradecido.

—¡Bah! Eso no tiene sentido —repuso Lloyd en tono de broma—. No parece sino que nos pasemos la vida salvándonos la vida uno al otro constantemente. Recuerde la bomba de relojería, Tom. Usted pudo encontrarla y desmantelarla y sólo a usted se debe que vivamos todos. Sin usted habríamos sido lanzados en forma de átomos a la Luna.

Bryant oyó el elogio sin responder, descansando echado sobre su plaza.

—¿Y qué hay de la rotura del casco del Satélite? —preguntó finalmente Bryant. ¿Se perdió el soplete y el resto de la plancha de acero?

—Ni una cosa ni otra —repuso Lloyd—, ya recordará que la plancha estaba asegurada con una cuerda salvavidas.

—¿Y el soplete?

—Stanley se hizo con él antes de que le trajésemos a la cabina. Lo había fijado a un extremo de un cable salvavidas también y pudo rescatarlo igualmente.

Tom Bryant trató de incorporarse ante una súbita duda:

El trabajo no está acabado. Tengo que volver todavía.

Trató de levantarse de su asiento; pero la firme mano del doctor Lloyd le hizo volver a su posición de descanso.

—Descanse todavía un buen rato, Tom. La soldadura de la chapa puede esperar unas cuantas horas, hasta que se encuentre completamente restablecido de su espantosa experiencia.

—Le aseguro que me encuentro perfectamente, le digo, Lloyd —dijo el joven técnico, insistiendo y tratando de levantarse de nuevo.

—¿No encuentra otra cosa mejor que decir a su médico, amigo? —dijo riendo Stephen Lloyd—. Ya se lo diré cuando se encuentre útil para abandonar la cama, jovencito y mientras tanto, quieto donde se encuentra.

Bryant hizo un gesto fatalista, encogiendo los hombros.

—De acuerdo, Steve, sí se empeña. Pero recuerde esto. Llevamos doce días en este momento fuera de la Tierra y el Satélite ya estará a punto de ir aproximándose a las altas capas de la atmósfera terrestre. Sí esa grieta no está reparada perfectamente cuando iniciemos el choque con la atmósfera, este Satélite se convertirá en un castillo de fuegos artificiales y quedaremos reducidos a átomos de metal y de carne y huesos.

—No me he olvidado de esa contingencia —respondió Lloyd brevemente —. Pero no se preocupe por ahora, muchacho. Le permitiré salir al casco exterior antes de cinco horas.

Tom Bryant recordó súbitamente algo, que hasta aquel momento había olvidado completamente. Y entonces el recuerdo le llegó tan fresco a su mente como si acabara de sucederle. Frunció el entrecejo preocupado.

—¿Recuerdan ustedes dos, cuando me encontraba flotando en el espacio solitario? ¿Cuando ustedes tomaron contacto conmigo por la radio?

—Sí, perfectamente —afirmó Maddocks.

—¿Alguno de ustedes dos, en cualquier momento... —Y Tom Bryant se detuvo confuso por un momento y continuó: —Sé que lo que voy a decirles suena a chifladura, pero ¿alguno de ustedes me repitió estas palabras: «Vuelve, vuelve. El espacio no es para ti. Vuelve...»?

Un silencio absoluto reinó entre los tres hombres de la tripulación durante unos breves instantes. Stanley Maddocks miró ansiosamente a Lloyd y éste le hizo un gesto significativo arqueando las cejas.

El doctor acabó respondiendo con tono afectuoso:

—No, Tom, ninguno de nosotros ha dicho esas palabras. ¿Por qué tendríamos que decir semejante tontería? Eso parece ridículo.

Bryant movió la cabeza.

—Así es, Lloyd, a mí también tac suena a cosa ridícula. Y ahora más, cuando me encuentro en seguridad en el Satélite. Pero ciertamente, esas fueron las palabras que oí claramente en el espacio exterior. Primero, hubo una serie de interferencias muy ruidosas, después la voz de Stanley que llegó claramente a mis oídos. Me llamaba y me preguntaba sí podía oírle y en seguida esa voz misteriosa, con un raro timbre metálico: «Vuelve, vuelve. El espacio no es para ti... Vuelve... vuelve...» Esto es lo que me dijo.

—¿Y qué más dijo, Tom? —preguntó el médico.

—Eso fue todo —repuso Bryant—. El joven técnico se puso a reír.

Probablemente es taba soñando. Estaba tan aterrado, fuera de mí, que sin duda quise ver espíritus y fantasmas alrededor mío.

—Sí, en efecto, estaba aterrado y son cosas que debió imaginar. Esa es la respuesta —concluyo el doctor Lloyd con un signo afirmativo de la cabeza.

Y así terminó el asunto que preocupaba al muchacho. Cuatro horas más tarde, Tom Bryant, ya completamente repuesto, salló de nuevo al exterior del Satélite, acompañado del doctor Lloyd y sobre el casco dañado completó a toda satisfacción el trabajo de soldadura, en el desastre producido por el meteorito.

Y más tarde, cuando se dispusieron a dormir, el doctor se sentó en su litera y tomó su diario de navegación, dejando constancia de la nota siguiente: «En mi opinión, la mayor amenaza con que puede encontrarse un astronauta en el espacio exterior, es la radiación cósmica, extremadamente peligrosa. Todavía no dispongo en este momento, del perfecto conocimiento de cómo afecta la mente de un navegante espacial, hasta el extremo de hacerle oír claramente voces qué no existen. Esto no es el principio. Primeramente se producen fuertes irritaciones de carácter salidas coléricas intempestivas que no tienen explicación alguna. Yo mismo he sido afectado por iguales efectos sorprendentes, en tal aspecto como Maddocks y Bryant. A nosotros nos desapareció; pero ahora nos enfrentamos con el hecho, de que el técnico Bryant, mientras se hallaba flotando en el espacio, oyó una voz diciéndole que el espacio no era para él, ordenándole volver, reiteradamente. Esa voz existió sólo en su mente, y he llegado a la evidencia de que se debe al resultado producido por las radiaciones cósmicas en su cerebro.

CAPÍTULO IX
LA FASE FINAL

El Comandante Jefe de Vuelo, Stanley Maddocks permanecía descansando en su plaza, con las manos detrás de la cabeza, mirando la luz fluorescente que iluminaba la cabina del Satélite, instalada sobre él.

Sus ojos aparecían desusadamente brillantes y fijos en algún punto perdido y ocasionalmente, un pliegue de las comisuras de la boca, ponía en sus facciones una nota de grave preocupación, mientras sus dos cama radas dormían en el interior de la cabina del Satélite cerca de él.

Empezó a fijarse en su cerebro la idea odiosa, de pensar por qué estúpida razón, Stanley Maddocks, permanecía encerrado a aquel extraño aparato volando por el espacio cósmico, acompañado de una pareja de individuos de mediano talento, que apenas sabían que hacer la mayor parte del tiempo. El joven Tom Bryant, se le antojaba algo absurdo, un muchacho atolondrado que sólo le había producido preocupaciones hasta llevarle a un estado colérico y a poner en grave riesgo su propia vida. Y allí estaba también Lloyd, el médico del espacio, cuya misión consistía en realizar estúpidas experiencias con sus cuerpos, haciéndoles ensayos y comprobaciones todo el tiempo, para saber Dios sabe qué tonterías sin sentido.

—¡Por todos los diablos! —pensó Maddocks en voz alta—, había que estar loco de atar para soportar aquella situación tan ridícula y descabellada.

Todo se debía al viejo lunático profesor Kelland, que ahora se encontraría bien seguro allá abajo en la Tierra, esperando el resultado de enviar tres hombres al espacio cósmico. Sí Kelland les había inducido a aquella grotesca aventura ¿por qué no les había acompañado, en lugar de quedarse tranquilamente esperando el resultado de la aventura, tomándoles a ellos como conejillos de Indias? Seguramente Kelland no confiaba en el buen resultado del vuelo espacial, como ya había expresado su miedo al respecto y por eso, sin duda alguna, no se había corrido el riesgo de acompañarles en aquel vuelo cósmico de su creación. A Maddocks, le pareció que él, era el mayor idiota que el mundo había conocido. Pues bien, que Kelland, aquel condenado viejo estúpido y chiflado, tuviese su breve momento de gloria y que dijese a todo el mundo que dentro de pucos días, su Satélite volverla sano y salvo a la Tierra. Pero estaba completamente equivocado. El Satélite no volvería a la Tierra, ni dentro de pocos días, ni nunca más. Maddocks lo impediría. Una rabia incontenible puso un velo de furor delante de sus ojos, cuando se puso en pie.

Frente a él, se bailaba el banco de instrumentos precisos, para guiar el Satélite a volver en su momento, a la Tierra. Se fijó especialmente en el dispositivo para la tercera fase, que impulsaría al navío hacia la primitiva aceleración, el giróscopo que guiaría el morro del Satélite hacia la superficie

de la Tierra y los de los cohetes reactores que servirían de freno en la formidable velocidad de caída a través de las capas de atmósfera envolventes del planeta, junto a los del dispositivo retráctil para el planeo y toma final de tierra en algún lugar del mundo, de donde procedían. Todos eran vitales por sí mismos para el viaje de vuelta al hogar; pero sí fuesen destruidos, no habría tal regreso.

—¡Esta vez no se reirá el profesor Kelland maldito zorro!

De su cinturón tomó una pesada llave inglesa y con los labios crispados y los dientes apretados con un gesto de ferocidad animal en todo su semblante, soltó un grito salvaje y avanzó hacia los instrumentos con la firme intención de reducirlos a chatarra a fuerza de golpes.

El doctor Lloyd que se hallaba en una situación duermevela, analizando con profunda atención e Interés los efectos de las radiaciones cósmicas sobre el organismo humano, fue el primero en advertir lo que ocurría y las fatales intenciones del Comandante Jefe del navío espacial.

Dirigió primeramente una mirada medio somnolienta al lugar que debía ocupar Stanley Maddocks y lo halló vacío y en seguida pudo advertir la furia demoniaca retratada en el semblante del Jefe, que avanzaba a través de la cabina empuñando una llave inglesa en la mano. Lloyd se incorporó como electrizado, y en tres largos pasos se aproximó a Maddocks, tratando de sujetarle la mano que empuñaba la mortal herramienta.

Maddocks, al advertir el movimiento de su compañero, se echó hacia un lado dejando escapar otro grito salvaje, con la locura pintada en sus facciones. Con su enorme puño, lanzó un terrible directo a la mandíbula del doctor Lloyd con toda la fuerza de que era capaz. El doctor pudo en una fracción de segando, desviarse lo necesario, para que el tremendo puñetazo le alcanzase como un disparo en el hombro, lanzándose en seguida sobre el Comandante, para empujarle hacia atrás, lejos del objeto de su furia, el precioso banco de instrumentos.

—¡No se comporte como un maldito loco, Maddocks! —gritó Lloyd cuando se vio por un momento libre de él—. Sí toca a esos instrumentos no podremos volver a la Tierra ni en mil años!

—¡Váyase al diablo, maldito estúpido! —gritó Maddocks fuera de sí—. ¡Déjeme en paz, o le saltaré los sesos con esta llave inglesa!

—¡Mejor será que yo muera, a que perezcamos todos! —repuso Lloyd con los dientes apretados en una mueca de angustia—. ¡Tire esa endemoniada herramienta, Maddocks!

Mientras los dos hombres luchaban frenéticamente al otro extremo de la cabina, Tom Bryant despertó súbitamente, parpadeando bajo la luz que le cata del techo del Satélite y tras un segundo de vacilación, buscó con la mirada el motivo de aquellos gritos y del ruido insólito de la lucha que se desarrollaba tan cerca de él.

El aliento se le detuvo en la garganta, al ver a Maddocks y a Lloyd luchando como dos demonios, por la posesión de la fatídica herramienta, al

otro extremo de la cabina. Un lado de la cara del médico estaba herida, por un gran corte, que le sangraba en abundan cía. Bryant les miró como hechizado, durante un segundo y se dio cuenta de que Maddocks con la ventaja que ya poseía sobre su adversario, se disponía a lanzar otro golpe mortal sobre el doctor Lloyd.

Rápido como una centella, Tom saltó de su asiento, se despojó de las ligaduras que le retenían y cargaba hacia adelante, en socorro del infortunado Lloyd, que parecía llevar la peor parte en aquella inexplicable lucha a muerte.

En el momento en que la llave inglesa, esgrimida por Maddocks, caía hacia adelante para aplastar el rostro del médico, el brazo de Bryant se Interpuso hasta agarrar el brazo asesino, como en una garra de acero, por la muñeca de Stanley.

Maddocks gritó como un desesperado, mientras Bryant le retorcía el brazo hasta fijárselo a la espalda, en una llave terrible.

—¡Por el amor de Dios, Bryant! —gritó desesperado Lloyd—. ¡Desármelo!

—¡Está fuera de sí y quiere destrozar el panel de instrumentos!

—¡No se preocupe ahora, Steve —repuso Tom, poniendo su enorme fuerza juvenil en el brazo agarrotado del Comandante—, sí intenta seguir luchando él mismo se romperá el brazo!

—¡En el hombre del Cielo, procure no hacerle ninguna herida! ¡Le necesitamos con todos sus sentidos para que podamos volver a la Tierra !

—¡No hay momento de elección posible! —gritó Tom.

Bryant relajó la terrible presión que ejercía sobre el brazo de Maddocks, hasta que procuró situarse cara a cara con él. Levantó el puño derecho y antes de que el Comandante pudiera reaccionar, lo descargó como una maza sobre la mandíbula de Stanley, que lanzó un gemido ahogado y tambaleándose como un borracho, cayó de rodillas. Rápido como el rayo, Tom lo rodeó con sus potentes brazos y lo arrastró hasta su asiento, depositando el cuerpo medio conmocionado del Jefe en su litera del Satélite, amarrándole en un abrir y cerrar de ojos con las bandas de seguridad del asiento.

Se volvió hacia Lloyd, que se cuidaba de limpiarse la herida del rostro con un opósito de gasa.

—¿Qué demonios le ha podido ocurrir, Steve? —preguntó Tom en el colmo del estupor.

—Supongo que es el efecto de una fuerte radiación cósmica, muchacho —repuso el médico resignadamente—. La misma causa que le afectó a usted, cuando se encontró solo, flotando en el espacio, haciéndole creer en la presencia de voces de espíritus misteriosos. ¿Le ha pegado muy fuerte?

Bryant lanzó un vistazo sobre el atontado Comandante, yacente en su asiento y se encogió de hombros.

—Creo que despertará de aquí a un cuarto de hora, puede usted estar seguro, Steve.

—Bien, creo que lo mejor será que le prepare una inyección calmante, que

le tenga en reposo unas cuantas horas. Seguramente pensará de forma distinta cuando vuelva en sí.

—¿Y qué ocurrirá sí eso no es así? ¿Sí se obstina en hacer que se destroce el Satélite?

—Estaremos prevenidos para tal eventualidad. En cualquier caso le administraré una segunda dosis.

Bryant hizo un gesto preocupado, mientras que el médico se aproximaba al botiquín de la cabina.

—Entonces —continuó Tom—, ¿supone usted que habrá que mantenerlo quieto a fuerza de drogas? ¿Qué ocurrirá, Steve, cuando llegue el momento preciso de realizar la maniobra de vuelta a la Tierra? Sí no cambia su mente, no podremos permanecer así indefinidamente, Steve.

Lloyd se volvió con tono exasperado.

—¡Por todos los diablos! Ya veremos la forma de considerar tal eventualidad cuando el momento llegue. Creo que Maddocks, será otro hombre, el mismo que siempre ha sido, cuando pase esta crisis.

—No me maravillarla, sí él también ha oído esas misteriosas vocea —murmuró Tom, de forma que no fuese oído por el doctor Lloyd.

Más tarde, Lloyd puso al descubierto el brazo del Comandante, y le puso una inyección sedante. Miró con simpatía al rostro del Maddocks, al penetrar la aguja en la piel de su camarada.

—¡Bueno! —dijo Lloyd con un suspiro de alivio—, esto le mantendrá tranquilo por unas diez horas—. Ahora voy a preocuparme de mi mismo un poco también.

—Sí no hubiese sido por usted, Steve, habría conseguido destrozar ese panel de instrumentos —sugirió con aire preocupado Tom.

—Yo no habría podido resistirle, Bryant —sonrió el doctor—. Sí usted no hubiese acudido en mi ayuda, me habría matado seguramente y habría destrozado después lo que se proponía. Parece ser que debemos pasarnos todo el tiempo salvándonos la vida el uno al otro ¿no es cierto?

—Me fumaría ahora un cigarrillo —apuntó Tom con un gesto de súplica —. Daría una fortuna por hacerlo.

—Esa es una de las cosas, que estamos forzados a renunciar, ya lo sabe usted, amigo mío en este viaje espacial. Por lo que a mí respecta, ya hace tiempo que me bebería una cerveza fresca.

Ambos hombres continuaron descansando en sus asientos, dejando pasar las horas monótonas y eternas. Los dos hombres sabían, que se aproximaba cada vez más el momento en que el Satélite se aproximase a una órbita más cerrada con respecto a la Tierra. El dial que marcaba su aproximación al planeta lo haría ver oportunamente, el momento llegado. Sí no funcionaba en esa forma, entonces seria llegado el momento de utilizar el giroscopio y el estadio final de emergencia. El único hombre que sabía cómo utilizar debidamente aquellos precioso instrumentos, era Maddocks, y Maddocks permanecía como un lunático sin esperanza, podría considerársele por el

momento como un demente incurable.

El futuro se les aparecía muy lejos de ser de color de rosa, y ambos hombres se miraron en el interior de la cabina.

Cuando se acercó el momento, en que Maddocks debía volver en sí, ambos hombres se le aproximaron, examinándole cuidadosamente para estar presente en las primeras reacciones del Jefe, que ahora yacía inconsciente.

Tom Bryant tenía sus potentes brazos preparados para entrar rápidamente en acción, llegado el caso y Lloyd a su vez, esperaba con una jeringuilla en la mano para inyectar de nuevo otra dosis de sedante, que le pusiera fuera de peligro por otras diez horas.

Stanley Maddocks, suspiró, dijo algo entrecortadamente y finalmente parpadeó a la luz fluorescente de la cabina. Lloyd y Bryant le espiaban ansiosamente. Los ojos de Maddocks se abrieron tímidamente y se quedó mirando a sus dos camaradas que le rodeaban a los lados de su asiento. Farfulló alguna cosa ininteligible y Lloyd ya se preparaba para propinarle el pinchazo correspondiente.

—¿Qué demonios ha ocurrido Steve? ¿Qué me ha ocurrido a mí? —murmuró con voz alterada.

Lloyd cerró los ojos interiormente murmuró una plegaria de gracias a Dios.

—¿No puede usted recordarlo Maddocks?

Stanley Maddocks, sacudió pesadamente la cabeza y se pasó una mano por el rostro.

—Hace algunas horas me sucedió algo extraño... han ocurrido una serie de cosas que ahora me aparecen confusas... ¿Estuve luchando con usted Steve, o es que he estado soñando?

Stephen Lloyd se señaló el corte que tenía en la cara.

—Mi querido amigo, usted trató de aplastarme el cráneo con una llave inglesa, eso es todo.

Maddocks expresó el mayor asombro en sus facciones, mirando fijamente al médico y después se volvió hacia Bryant con una mirada perpleja.

—Bien, Tom, supongo que usted también tomaría parte de alguna manera. ¿Cuál ha sido su intervención en este asunto?

—Pues... pues yo tuve que propinarle un gancho en la mandíbula, Stanley. Lo siento de veras; pero no tuve otro remedio en ese momento.

Maddocks se tocó la parte afectada, amoratada y dolorida por el tremendo puñetazo del joven técnico y repuso:

—¡Válgame Dios! ¿Tuvo usted que hacer lo tan a lo vivo? —dijo—. Bien, cuando volvamos a la Tierra le emplazo a usted al gimnasio de Westlake y sobre el «ring» le prometo devolverle el golpe, más los intereses correspondientes —concluyó con una afectuosa sonrisa.

Los tres hombres rompieron a reír con juntamente, con un sentimiento de verdadero alivio. La crisis había pasado y Maddocks podía considerarse un hombre normal.

El momento de la vuelta a la Tierra se aproximó y había que estar

dispuesto inmediatamente para aprovecharlo. En realidad, debían sentirse tan preocupados y tensos para volver, como lo estuvieron al partir en el viaje espacial hacia la aventurera jornada que habían vivido en aquellos días.

A Tom Bryant le parecía, como si realmente hubiese vivido toda su vida en aquel espacio púrpura, viendo siempre el centelleo de las estrellas y la sensación fantástica, de inmensa soledad y grandeza que sólo conocen los que han vivido en el espacio cósmico.

Y se encontraba hambriento y deseoso de echar un vistazo a un trozo de la Tierra, de volver a ver sus verdes colinas, los ondulantes páramos de Yorkshire y los comercios y las casas de las grandes ciudades que había dejado allá en el planeta, tras él.

Desde aquel momento, los tres hombres emplearon todo su tiempo en una constante vigilancia de los preciosos instrumentas que deberían indicarles con toda exactitud, el momento de volver hacia el planeta. Lloyd estaba como sobre ascuas, temiendo por cualquier inesperado acontecimiento, volviera a producirse el súbito ataque de enajenación mental que había afectado tanto a Maddocks y que él no podría evitar. Sí se repetía el caso no siempre podría contarse con la buena suerte de poder eludir las intenciones mortales del culpable, ni tener idea de cuáles serian las intenciones funestas para todos, de tal ataque. Maddocks vigilaba cuidadosamente de nuevo, con su ojo experto, el suministro del oxigeno y recontó igualmente las provisiones concentradas que se almacenaban en el Satélite, ocupando el menor lugar y peso posibles y que habían sido calculadas para catorce días. Ya se encontraban en el décimo tercero día en el espacio y el abastecimiento especial de que disponían, estaba tocando a su fin.

Sí el Satélite no daba signos de aproximarse a una órbita más cerrada, con respecto a la Tierra, dentro de doce horas, Maddocks conocía perfectamente cómo hacerlo manualmente y por supuesto, toda la tripulación debería de nuevo pasar por la terrible agonía de sufrir la terrible aceleración del regreso, al volver a encontrar, en sentido inverso, las capas atmosféricas.

Y el momento llegó. Maddocks lo puso en conocimiento de sus dos camaradas de viaje.

Bien, muchachos, vamos con la segunda paliza. Ha llegado el momento de volver a casa y ver de nuevo al profesor Kelland.

Stephen Lloyd levantó los ojos de su diario de navegación, donde estaba haciendo anotaciones, desde hacia media hora.

—¿Nos estamos aproximando ya en órbita cerrada, Stanley? —preguntó.

—No, Steve, continuamos al mismo tren de siempre; pero ya no es posible aguardar más tiempo. Se ha terminado el alimento el suministro de aire ha terminado antes de lo que se había calculado. Quizá Bryant haya acelerado este proceso, al abrir la coraza interior de la cabina, no lo sé ciertamente.

Tom miró al Comandante y repuso con cierto aire de disgusto:

—¡Demonio, Stan! Usted sabe igual que yo, que era absolutamente indispensable obtener de alguna parte un trozo de chapa de acero. De no haber

reparado el desastre exterior del casco del Satélite, no habríamos tenido la menor posibilidad de volver a la Tierra en una pieza.

—Nadie niega que usted tiene razón, Tom —repuso Maddocks pacientemente—. Puede ser que la falta de aire se deba a otra circunstancia cualquiera. Lo que quiero decir es que ha llegado el momento de volver por absoluta necesidad a la Tierra, tan pronto como sea posible y que el Satélite no muestra el menor signo de adoptar una órbita más cerrada.

—¿Y entonces? —preguntó ansiosamente Lloyd.

—Pues deberemos poner en ignición el estadio final del Satélite y hacerlo volver con ayuda del giroscopio, —afirmó Stanley.

—¿Y cuándo? —preguntó a su vez Bryant.

—Ahora mismo —fue la réplica decidida del Comandante—. Inmediatamente después de que nos fijemos convenientemente a nuestros asientos espaciales para la aceleración.

Tom se puso en pie y se paso una mano por el estómago, con una expresión dolorida.

—Siento como una extraña mariposa que me recorre las tripas de nuevo. Igual que cuando salimos disparados de Westlake ¿Cree usted que es posible que me encuentre un poco asustado?

Lloyd sonrió de buena gana.

—Todos lo estamos, Tom —repuso el médico—. Yo mismo siento un escalofrío helado que me recorre toda la espalda—. Se volvió hacia Stanley que permanecía en pie en medio de la cabina—. De acuerdo, Stanley, usted es el Comandante. Cuando usted disponga.

Se dirigió hacia su asiento disponiendo todo lo necesario para fijarse nuevamente en las bandas de seguridad y colocar la cabeza en un ángulo adecuado, preparándose para la dura prueba que se acercaba.

Bryant frunció el seño.

—¿Cree usted que debo ocuparme de comprobar los circuitos, antes de que usted opere sobre la fase final y el giroscopio?

—¡Demonios! —exclamó Maddocks con sorpresa—. Le dije a usted que hiciera ese trabajo hace dos horas. ¿Es que todavía no lo ha hecho?

—Sí —confesó Tom—. Ya los comprobé. Pensé que quizás...

Su voz se desvaneció, sin continuar nada más, quedándose de pie mirando pensativamente a sus pies forrados con las botas metálicas imantadas.

—Sí entonces estaban bien, ahora también lo estarán, Tom —repuso tranquilamente Stanley—. Proceda a fijarse en seguida sobre su asiento.

—De acuerdo.

Y el joven técnico se apresuró a fijarse convenientemente sobre su plaza. Las manos le temblaban ligeramente. El médico dirigió una mirada hacia él y le preguntó en el tono más cordial:

—¿Se encuentra usted bien del todo, Bryant?

—Sí, muy bien, Steve —afirmó Tom—. Es que no ceso de pensar en la dosis de rápida aceleración que debo sufrir de nuevo. Creo que trataba

deliberadamente de retrasar la vuelta, todo lo posible.

—No puede usted detener lo inevitable, Tom —replicó Maddocks, con cierto aire militar en sus enérgicas palabras, mientras se ajustaba la posición de su asiento en la cabina, de tal forma, que tuviese la cabeza en un ángulo inclinado hacia adelante, para poder observar en todo momento el complicado panel de instrumentos que estaban exclusivamente a su cargo, y que deberían hacerles volver a la Tierra en cuestión de minutos, una vez fueran manipulados.

El Comandante terminó finalmente de asegurarse. Y lanzó una mirada final a su alrededor para estar seguro de que todo iba bien. Bryant y Lloyd permanecían fuertemente ligados a sus asientos y en posición adecuada para empezar a resistir la terrible aceleración del Satélite en cuanto iniciase su vuelta al planeta. La bronceada faz de Tom, a causa de las radiaciones del espacio, mostraba especialmente una fuerte tensión nerviosa., que no podía disimular.

—Permanezca relajado, Tom, todavía no hemos empezado —advirtió el Jefe.

Bryant trató de ensayar una débil sonrisa, como dando a entender que aquello no le afectaba maldita la cosa.

—¿Todo dispuesto? ¿Están confortablemente situados? Díganme sí hay algo que va mal. No habrá reclamaciones posibles desde el momento en que haya pulsado el botón de retroceso —advirtió el Comandante.

—Me encuentro perfectamente —aseguró el doctor Lloyd.

—¿Tom?

—No se preocupe por mí, Stanley —repuso el muchacho—. Me encuentro en el quinto cielo. Bryant bromeó y volvió a sonreír débilmente. Lloyd suspiró con alivio.

Maddocks levantó la mano hacia el panel de instrumentos, para poner en marcha el estadio final de los cohetes de retroceso, en un gesto experimental. Antes de hacerlo definitivamente se dirigió por última vez a sus colegas.

—De acuerdo muchachos, eso es cuanto deseo. Voy a presionar el botón de la fase última del Satélite, y nuestro navío espacial saltará hacia adelante, a una terrorífica velocidad, sin gravedad que lo detenga. Tan pronto como la presión de aceleración lo permita. haré entonces entrar en funcionamiento el giroscopio. Un giro de ochenta grados, será suficiente para colocarnos en una órbita decreciente y más cerrada, que nos llevará hacia la Tierra. Cuando la fuerza de gravedad terrestre actúe sobre el Satélite y se perciba el tremendo roce del aire de las capas atmosféricas, haré actuar los cohetes de reacción, en la misma dirección del morro del Satélite para que actúen de frenos. Y finalmente, haré salir del casco las alas retráctiles, más cerca de la superficie, cuando la velocidad disminuya a doscientas millas por hora, para permitimos deslizar el navío sobre la superficie, hasta el punto de aterrizaje. El profesor Kelland, desea a toda costa, conservar el Satélite de una pieza, además de nuestras vidas, por supuesto, y voy a hacer lo humanamente posible, porque

este deseo se convierta en una auténtica realidad. ¿Alguna pregunta?

No hubo preguntas y Stanley Maddocks, con una extraña voz llena de emoción y tensa por el instante que vivía, dijo:

—Oprimiré el botón dentro de cinco segundos a partir de este momento. —Y empezó la cuenta de los segundos finales para tener más preparados a sus camaradas para el momento de entrar en el instante de la súbita aceleración.

—«Cinco, cuatro, tres, dos, una ¡FUEGO! »

Con un gesto rápido, pulsó el dispositivo de ignición de los cohetes del estadio final del Satélite y la total estructura del navío espacial se conmovió en una sacudida formidable, mientras que los potentes motores hidrógeno oxígeno entraron en funcionamiento con su enorme potencia, en aquella infinita bóveda del espacio cósmico.

CAPÍTULO X
EL RETORNO DE LOS HOMBRES DEL ESPACIO

Tom Bryant trató de levantar la cabeza, tan pronto como las bandas de sujeción del asiento se lo permitieron y dejó escapar un grito de terror y de angustia, al recibir el primer choque de la súbita aceleración que afectó hasta el último de sus nervios. Su cuerpo torturado rehusaba soportar la espantosa presión con la que tenía que luchar. Un agudo dolor invadió todo su cerebro y el joven técnico quedó al instante, literalmente aplastado sobre sus ataduras, con las facciones horriblemente contorsionadas por los efectos de la presión, cayendo en un profundo agujero de oscuridad, un pozo sin fondo de negra soledad, donde sólo existía el olvido, la nada.

Stephen Lloyd, médico al fin, luchó fanáticamente por permanecer consciente, a pesar del dolor terrible que tenía que soportar cada onza de su organismo sujeto a aquella terrorífica aceleración. Su profesión era la de un hombre dedicado a la medicina en la Edad del Espacio y le demandaba todos los conocimientos posibles sobre los efectos de la aceleración desde cualquier punto de vista científico. Sufrió una inconcebible tortura, con los dientes apretados, sin poder mover un solo músculo de su cuerpo; pero consiguió mantenerse despierto.

Stanley Maddocks, el hombre que controlaba el Satélite, con una fenomenal fuerza de voluntad, permaneció igualmente consciente en la última fase de esta dura prueba. Sobre sus hombros recaía la total responsabilidad del experimento y de no operar sobre el giroscopio en el momento exacto, al hallarse inconsciente y fuera de juego, se arriesgaba a enviar al Satélite hacia el espacio exterior en un vuelo de pesadilla, del cual jamás habría retorno alguno. Para Maddocks no habla derecho a perder la conciencia de sus actos.

La cabeza le ardía, literalmente enloquecida por la presión, y en el momento en que creía perdida la batalla, la presión comenzó a decrecer, afortunadamente, cuando todo su cuerpo se hundía sin remedio.

Lo peor ya había pasado, y el marcador de los diales del brillante cuadro de instrumentos que tenia frente a sus ojos, comenzaba a sincronizarse hacia un foco único. La velocidad en que viajaban en aquel momento, era sencillamente increíble. Y entonces llegó el momento de operar sobre el giroscopio.

La aguja de la escala del giroscopio, marcaba, como desde que comenzó el vuelo orbital en el cero, y ahora, con toda la concentración de que era capaz el Jefe levantó su brazo tembloroso en la dirección del pequeño volante fijo bajo la escala graduada del instrumento. Gracias a Dios, pudo llevar a cabo la operación precisa.

La delgada línea roja de la aguja de la escala, se movía siempre en la

proporción de como el Comandante actuaba sobre el pequeño volante del mando «Un grado... dos... tres... »

Ahora todo iba más fácilmente; pero no podía precipitar al Satélite bruscamente en la órbita deseada.

—«Cinco grados... ocho... diez...»

Aquello iba mucho mejor. La aceleración decrecía rápidamente, mientras que la colosal velocidad permanecía constante.

—«Veinte grados... treinta... cuarenta... »

La presión de la aceleración estaba casi terminada y por una mirada de reojo, Maddocks pudo comprobar que el joven Bryant volvía en sí de su pasada inconsciencia.

—«Cincuenta grados... sesenta... setenta y cinco... ochenta»

Stanley Maddocks cortó el giroscopio y volvió la cabeza triunfante a sus camaradas.

—Hasta ahora, caballeros —dijo con cierto aire de presunción—, todo ha ido como el profesor Kelland, había augurado. Nos aproximamos a una órbita cerrada, rápidamente.

Y casi en el acto, comenzaron a sentir el roce del aire atmosférico en el casco del Satélite. Al principio sólo fue un vago zumbido y a medida que los segundos transcurrían, se volvió más y más fuerte, hasta alcanzar el horrísono rugido de un huracán exterior, que impedía sostener ninguna conversación en el interior de la cabina.

La temperatura se volvió ligeramente más cálida dentro de la cabina, mientras que Maddocks, con grave expresión, atendía, sin quitar los ojos, al delicado y complicado panel de instrumentos. El doctor Lloyd oprimió el resorte automático que le sujetaba a su asiento, en la posición de soportar la aceleración, y liberándose de sus ligaduras, se aproximó a Stanley, pegándole la boca literalmente al oído y gritándole con todas sus fuerzas:

—¿Qué ocurre, Stanley? ¡Santo Dios, la cabina está tan caliente como la boca de un horno!

—¡Es normal, Steve! Ahora pondré en marcha los cohetes del morro del Satélite para frenar la velocidad rápidamente. La fuerza de la aceleración lo aplastará contra la pared de la cabina. ¡Pronto, hombre, cada segundo nos hace perder oportunidades de regresar vivos!

El doctor Lloyd volvió nuevamente a su plaza y nuevamente asegurado, hizo un gesto con la mano al Comandante. El Jefe, con un gesto crispado de su rostro lívido, puso en funcionamiento los cohetes de frenado del morro del Satélite.

Los cuatro motores rugieron en el acto lanzando sus chorros de fuego en la misma dirección del morro del navío espacial, apuntando ya sobre la superficie, alarmantemente cerca, de la Tierra. Dentro de la cabina sintieron como sí les golpeara un martillo pilón. Presionados de plano contra sus asientos, Lloyd y Bryant creyeron que sus ataduras iban a saltar hechas trizas de un momento a otro, y a ser arrojados fuera de sus asientos, para ser

aplastados contra las vibrantes paredes de acero de la cabina. El calor era terrorífico. La tripulación del Satélite se hallaba literalmente bañada en el sudor de sus propios cuerpos. Era el momento de dejar libre el dispositivo retráctil en el morro del Satélite, para que decreciese aún más la velocidad del aparato y evitase el proceso de rozamiento y combustión de las miríadas de fragmentos microscópicos de meteoritos, que el Satélite debía encontrar en las capas atmosféricas, y que tan gravemente podrían afectar, tanto al navío espacial como a la tripulación.

Gritando a sus compañeros, aún no estando seguro de que su voz pudiese ser oída por el salvaje bramido del roce del aire en el exterior, Maddocks informó:

—¡Ahora van las alas retráctiles, muchachos! ¡El dispositivo hará tomar un ángulo fijo de dirección al vuelo del Satélite y nos conducirá con seguridad para deslizamos suavemente a la superficie de la Tierra!

Levantó la palanca correspondiente y las cuatro alas, encerradas hasta entonces en el casco del Satélite, surgieron lentamente a la vista de los tripulantes, hasta tomar su verdadera disposición, pareciéndose entonces a las de un avión.

Maddocks, comprobó la velocidad y la altura.

La velocidad, era aproximadamente de cinco mil millas por hora y la altura de trescientas Cincuenta millas.

Demasiado todavía.

Los cohetes de frenado, todavía operaban con demasiada fuerza y el empuje de la aceleración, demasiado grande. Cualquiera que se libertara de sus amaras, seria estrellado violentamente con increíble fuerza contra las paredes metálicas de la cabina, y hecho pedazos.

La velocidad iba reduciéndose ostensiblemente. El calor de la cabina había dejado de incrementarse y entonces, por primera vez, el Jefe de vuelo, comenzó a estar seguro de que volvían con seguridad, a la madre Tierra. El ruido del aire había disminuido y entonces podían entenderse a través de la cabina.

—¿Qué tal va eso, Stanley? —preguntó ansiosamente el doctor Lloyd.

—Bien, muy bien —fue la satisfactoria respuesta del Comandante—. Ya no hay miedo de quemarse. La velocidad ha bajado a cuatro mil millas por hora. Los cohetes reactores del frenado, dejarán de funcionar dentro de cinco segundos y la presión de la aceleración bajará aún más.

—¡Buenas noticias! —gritó entusiasmado el joven técnico, que hablaba por primera vez.

La cabina se enfriaba rápidamente, como Maddocks había profetizado, y finalmente el Comandante pudo anunciar, que ya podían en seguida, desligarse de sus ataduras de seguridad.

—¡Un momento todavía! Déjenme probar el primero —pensó tras una breve reflexión—. Mi trabajo ha terminado y sí me doy un porrazo, el doctor Lloyd cuidará de curarme convenientemente.

Ambos hombres aguardaron con ansiedad a que el Jefe, soltara el dispositivo automático de soltarse de sus ligamentos de seguridad. Todo parecía indicar de que la deceleración había terminado, ya que no parecía muy fuerte; pero el doctor Lloyd opinó que todavía deberían permanecer sujetos en sus asientos.

Stanley Maddocks se desligó de sus ataduras y sacó las piernas fuera de su plaza. Trató entonces de ponerse en pie; pero una reacción inercial le lanzó contra la pared, pudiendo, sin embargo, evitar herirse contra la acerada pared metálica de la cabina.

—Es preciso esperar unos momentos aún.

Pónganse en pie, con cuidado para evitar una caída peligrosa todavía.

Lloyd y Bryant se pusieron en pie con cuidado y fueron hasta donde se hallaba el Comandante. Permanecieron en silencio y el médico dijo finalmente:

—Creo que todo está hecho ¿no es así Stan?

Maddocks sacudió la cabeza.

—Sí, Steve, he hecho todo lo posible, mi función ha terminado. Los cohetes de frenado, están extinguidos y todo lo que tenemos que hacer es esperar. Las alas retráctiles nos conducen suavemente a la superficie de la Tierra.

—¿Dónde podremos aterrizar? Esto es lo que estoy imaginando. —preguntó con interés Tom.

—Eso es algo que no podremos saber, hasta que salgamos fuera de la cámara de compresión en el último momento, Tom —repuso el Comandante sacudiendo la cabeza—. En este momento, todos los observatorios del mundo estarán siguiendo nuestro vuelo a través de toda la superficie del globo. Saben nuestra ruta momento a momento. Sí conserváramos nuestra radio, podríamos estar en contacto con el profesor Kelland, en Westlake. El profesor nos tendría informados minuto a minuto; pero desgraciadamente no es así. —Y encogió los hombros con un gesto fatalista.

—¡Malditos sean esos condenados imbéciles de la Liga Antiespacial! —gruñó Bryant con rabia—. De no haber sido por ese traidor de la base de Westlake, podríamos estar maravillosamente informados de todo.

—¡Bueno, Tom, no se disguste por eso!

—intervino Lloyd—. Ese puerco nos tendrá a todos dispuestos a testificar contra él en el proceso que se le siga. Nadie puede escapar a un intento de asesinato, ni aun en un navío espacial.

—¿No tendríamos alguna posibilidad de saber dónde nos encontramos ni de dónde tomaremos tierra? —preguntó Bryant.

—En absoluto, muchacho —repuso el Comandante—. Ya les habría informado en el acto.

—¿Y qué ocurrirá sí lo hacemos sobre el mar?

—No es cosa que debe preocuparnos —continuó el Jefe explicando—, el profesor Kelland preparó el Satélite para tal eventualidad. Este Satélite flotará

en el agua por un período de unas doce horas. El tiempo suficiente para ser rescatados.

—¿Y sí chocamos con una montaña?

—¿Está muy pesimista, no es así? —repuso esta vez Lloyd con una franca sonrisa, mientras se enjugaba el rostro del sudor que lo cubría.

—Deseo conocer hasta donde sea posible, qué posibilidades tenemos de sobrevivir, Steve —dijo Tom con calma—. Creo que todavía existe la posibilidad de que no alcancemos la Tierra como seres vivientes.

—Así, usted piensa en todo lo peor, Tom —explicó Lloyd pacientemente —. Aún en el caso de chocar contra una montaña, o estrellarnos sobre una Jungla, lo que no espero, por la integridad del Satélite Kelland, sepa usted que esta cabina, especialmente, está construida de una forma tal, que tenemos casi un cien por cien de posibilidades de conservarla íntegra y salir intacta del desastre, sin demasiado daño. En cualquier caso, al hallarnos ya sobre la propia superficie, volveremos a ligarnos fuertemente a nuestros asientos. De esta forma, nos prevendremos de resultar seriamente dañados.

—Estoy loco por fumarme un cigarrillo

—insistió Tom Bryant.

—¿Y quién no, de nosotros, querido? —añadió Lloyd—. Sepa usted, querido amigo, que la primera cosa que pida, cuando nos echemos a la cara el primer ser viviente, será la de pedirle un cigarrillo, en tierra firme.

Maddocks encontró la forma de bromear.

—¿Y qué ocurrirá sí aterrizamos en el Polo Norte, Steve? A menos que los osos polares y los pingüinos hayan adoptado la costumbre de fumar ahora.

—Pues tiene razón Stanley, es algo que no se me había ocurrido —repuso Lloyd con una sonrisa divertida.

El Jefe comprobó la velocidad del Satélite nuevamente y después de un cálculo rápido, anunció a sus compañeros:

—Velocidad mil cien millas por hora, altura 285 millas. La órbita se estrecha decididamente.

—La velocidad parece todavía demasiado elevada ¿no le parece? —preguntó Tom con aire intranquilo.

—Va cayendo gradualmente —replicó el Comandante—. Ahora vamos desliándonos realmente y la resistencia de la atmósfera, va cediendo gradualmente también. Deberemos aterrizar cuando estemos a una velocidad de unas cuatrocientas millas por hora.

—Eso parece todavía muy rápido —advirtió Lloyd.

—En un avión ordinario sí lo es —explicó Maddocks—, pero no en este Satélite. Kelland lo diseñó especialmente para un aterrizaje a velocidad de sobre quinientas millas a la hora. Esté tranquilo, Steve, no sufriremos ningún daño, tomando tierra a esas cuatrocientas millas de velocidad horaria.

Todo lo que podían hacer en aquellos momentos, era esperar. Reunidos los tres hombres mirando con avidez los instrumentos, no apartaban los ojos del indicador de la velocidad. Aquello era lo único importante por el momento.

Una hora más tarde la velocidad descendía a ochocientas millas y la altura a doscientas setenta.

—Todavía nos quedan un par de horas en, el aire —advirtió el Jefe de vuelo.

Lloyd preguntó:

—Bien, caballeros, ya hemos terminado nuestro viaje espacial. Hemos vivido en el espacio cósmico y ahora ya estamos de regreso al hogar ¿Continuarán ustedes trabajando en la causa de estas expediciones espaciales?

Maddocks respondió inmediatamente:

—¿Hacerlo de nuevo? Por supuesto, Steve. ¿Por qué no? Como cosa cierta, yo espero hacerlo de nuevo. Esto es sólo el principio, espero que el profesor tenga éxito con sus nuevas experiencias con el fluoreno como combustible, para lanzar un navío espacial de la Tierra a la Luna. Por el momento el fluoreno parece algo imposible para este respecto Pero el profesor trabaja de firme, junto a un puñado de científicos de los Estados Unidos y de la Unión Soviética. Cuando el primer cohete sea disparado hacia la Luna, tengo la esperanza de ser incluido entre la tripulación.

—¿Y qué hay de las posibilidades de una estación espacial, Stanley? —siguió el doctor Lloyd—. ¿Cree usted que será posible tener éxito con esa idea?

—Por lo que he sacado en consecuencia de este Satélite, creo que lo habrá. Esa será la primera fase segura para tal viaje espacial, Construir primeramente una gigantesca estación en el espacio, lanzar un navío desde la Tierra que la alcance convenientemente y después de aprovisionarse debidamente, salir hacia el Satélite de la Tierra. Para el primer salto hacia las quinientas millas de la órbita de la estación será suficiente la solución actual de hidrógeno-oxígeno, ya que en esa órbita, como acabamos dé comprobar, no existe prácticamente la fuerza gravitacional.

Lloyd se volvió con una afectuosa sonrisa hacia el joven técnico.

—¿Y qué hay con respecto a usted, Tom? ¿Qué piensa usted de todo esto?

Bryant se hallaba sumido en profunda preocupación. Había deseado tanto ser miembro de la tripulación espacial, que pareció que el Cielo había escuchado sus súplicas, dadas las circunstancias que concurrieron en el caso de Bailey, en el último instante, anterior al lanzamiento. Recordaba la indescriptible agonía sufrida al salir de la Tierra, el terror padecido al soltarse del casco del Satélite y quedar abandonado flotando en el espacio cósmico, y también, en el más desesperado de aquellos momentos, el voto que había hecho, de que sí conseguía volver a la Tierra, de una pieza, dejaría estar al espacio cósmico, dándose por bien satisfecho con la aventura corrida. El espacio no era para él. El espacio era para los locos, los idiotas y gente así. Y ahora, ya no se encontraba tan seguro de aquella pasada opinión. Todo había pasado y ahora volvía al hogar. Los peligros quedaban tras él, y la próxima vez, sí existía tal vez, no iría hacia los espacios cósmicos a ciegas. Los errores serían debidamente corregidos y evitados. Tom miró a su interlocutor

fijamente a los ojos y repuso con seguridad:

—Creo que ha sido una maravillosa experiencia, Steve. Sí, creo que volveré de nuevo sí existe la ocasión de volver, y tengo esa oportunidad.

—Creo que lo haremos los tres —dijo el médico—. Hay todo un mundo de nuevas experiencias en el espacio, para un médico. El espacio es el gran desafío al mundo médico. Algo que debemos ir a su encuentro, combatir y derrotar y vencer por todas los medios.

—¿Y también los voces misteriosas que surgen en la mente del astronauta? —dijo el joven técnico, sin ningún asomo de broma en sus ojos ni en su expresión. El había oído aquellas voces bien claramente y no lo olvidaba.

—Sí, Tom —repuso el doctor Lloyd—. Hasta las voces que surgen en la mente de un hombre en el espacio cósmico. Esas huecas y desconocidas voces del vacío. Eso es un reto que hay que aceptar y combatirlo. Mientras que los astronautas sigan sufriendo el terror de esas misteriosas voces, yo quisiera ser el campeón que las venza.

El Satélite empezó a vibrar y a cabecear y los tres hombres vacilaron en sus posiciones tranquilas hasta aquel momento. Maddocks consiguió tenerse mejor que los demás sobre sus pies y dirigió una mirada escrutadora a los instrumentos.

—¿Ya, Stanley? ¿Estamos aterrizando? —preguntó Lloyd con el aliento en suspenso.

—No, aún estamos en el aire normalmente —repuso Maddocks sacudiendo la cabeza—. No sé a qué se deberá esta circunstancia.

—¿Cuál es la velocidad y la altura? —preguntó a su vez Tom.

—Velocidad seiscientas millas, altura, doscientas cincuenta.

—¿Se imagina que habrá sido esa sacudida? —inquirió Lloyd.

Maddocks miró a Bryant.

—Podría tratarse de la chapa del casco del Satélite, quizás.

—¡Hice un trabajo magnífico! —protestó Bryant, en su defensa.

—Ya sé que lo hizo —replicó el Comandante—, pero creo que ningún trabajo de reparación humana, en tales condiciones soportaría todos los días transcurridos y la vuelta a la Tierra.

—¿Podría darse el caso de que se destrozase todo, todavía? —volvió el doctor Lloyd a preguntar con ansiedad.

—No lo sé—. De todas formas, pronto lo sabremos.

«Velocidad: 500 millas, altura 200. »

«Velocidad: 450 millas, altura 180. »

«Velocidad: 430 millas, altura 120. »

«Velocidad: 430 millas, altura 80. »

—¡Todavía un minuto! —ordenó el Comandante. Una delgada línea de sudor corría por la frente de Tom Bryant. Parecía como si todo dependiese del trabajo de soldadura que habla realizado en el casco del Satélite, tanto sí el Satélite tomaba tierra normalmente, como sí tuviese todavía que saltar en pedazos antes de aterrizar.

«Velocidad 400, altura 20 millas». Se hallaban cayendo hacia la Tierra decididamente, a toda velocidad.

Por toda la superficie del mundo, se hallarían en aquel momento diseminados incontables equipos de salvamento, prestos a acudir en socorro del Satélite y de la tripulación, tan pronto como chocaran con el suelo. Stanley Maddocks aguardaba febrilmente impaciente, las inquietas agujas de los indicadores del panel de instrumentos y tras unos segundos, advirtió nuevamente:

—¡Velocidad 380, altura cero! ¡Cuidado con vuestras cabezas, muchachos, vamos a aterrizar de un segundo a otro!.

En un instante se aprestaron sobre sus literas de aceleración, sujetándose fuertemente. Ninguno de los tres, tema la más ligera idea de en qué parte del mundo irían a tomar contacto con la Tierra, ni qué país se encontrarían bajo sus pies. El choque del aterrizaje, cuando se produjese, podría ser terrible; pero yaciendo a todo lo largo de sus literas espaciales de aceleración, estarían en condiciones de no sufrir apenas, daño apreciable.

Y entonces el Satélite chocó con la superficie de la Tierra.

Se produjo un fuerte impacto, que resonó como una bomba y todo el Satélite se conmovió y vibró y, en seguida, apreciaron un largo y tremendo chirrido como el producido por los potentes frenos de un gran camión aplicados en caso de instantánea emergencia, yendo a gran velocidad.

La cabina se inclinó fuertemente de costado, todavía un rugido de fuertes vibraciones y después el silencio más completo.

El ángulo de la cabina no se hallaba a nivel del suelo y cuando los miembros de la tripulación, tras desatarse, trataron de salir fuera del navío espacial, lo hicieron combados y con gran dificultad. Stanley Maddocks no pudo por menos que levantar los brazos entusiasmado y emocionado:

—¡Bienvenidos al hogar, aunque Dios sabe en qué parte del mundo hemos venido a caer!

—Vamos a echar un vistazo al exterior, Stan —dijo Tom excitadamente—. ¡Santo Dios! ¿No sería para morirse de risa sí nos encontráramos ahora en medio del terreno de lanzamiento de Westlake?

—Eso es altamente improbable—discutió el Jefe de vuelo.

Se deslizaron a tropezones hacia la válvula exterior y tras manipulaciones convenientes, se encontraron impacientes y maravillados con la primera visión de la Tierra, después de dos semanas de no ver, sino el gigantesco globo de la Tierra permanentemente, mientras permanecieron en órbita.

Hasta donde sus ojos podían alcanzar, sólo veían una sábana brillante de arena que se perdía en el horizonte, en todos sentidos. El cielo entero se les aparecía despejado y no podían distinguir el menor objeto ni la menor señal de criatura viviente. El Satélite había abierto una larga y enorme hendija a través del desierto y mientras los tripulantes giraban una vuelta de inspección alrededor del navío inmóvil sobre la arena, Bryant se fijaba con los ojos escrutadores en la envoltura metálica del Satélite, originalmente tan brillante,

aparecía ahora ennegrecido por el fuego y brutalmente claveteado de pequeños agujeros de cabo a rabo. En el lugar que había realizado su experta reparación de soldadura, cuando el incidente desastroso del meteorito, había una masa de metales retorcidos mellados y derretidos en un verdadero caos,

Bryant murmuró estupefacto.

—¡Santo Dios! Echen un vistazo al Satélite. Allí ¡Parece haber salido del propio infierno!

—Y en realidad ha salido del Infierno, Tom, o algo de lo más parecido.

Creo que hemos tenido una suerte loca, con no perecer abrasados en la atmósfera, muchacho, —comentó Lloyd.

—Ha debido ser, realmente, algo muy próximo a eso —admitió Maddocks.

—Trato de imaginar, dónde diablos nos encontramos —sugirió Bryant—. Creo que esto es un desierto ¿pero cuál?

Stephen Lloyd sacudió la cabeza. Se imaginó, como primera providencia, que no tenían ningún alimento a bordo y estaban a merced de cualquier equipo salvador de cuantos se hallaban en aquel momento tras ellos, por toda la superficie del planeta y como sí leyera sus pensamientos, el Comandante dijo:

—Donde quiera que nos hallemos, no será por mucho tiempo. Desde que disparé la fase final, todos los telescopios y observatorios del mundo se han aprestado a nuestra localización e inmediata búsqueda. En estos momentos, todas las emisoras del mundo, en los cinco continentes, están sobre aviso y lanzando llamadas e informaciones para localizarnos inmediatamente. Estoy seguro de que seremos rescatados rápidamente.

Bajo un sol abrasador, los tres hombres se aligeraron de sus trajes espaciales y se refugiaron en la sombra que proyectaba el Satélite contra la ardiente arena del desierto.

El sol, aún permanecía alto sobre el cielo del desierto, cuando Maddocks fue el primero en advertir una pequeña nube que se dirigía hacia ellos, en el brillante horizonte deformado por el calor y la luz solar. Se incorporó y con los brazos abiertos, gritó entusiasmado:

—¡Ya están aquí, muchachos! Ahora sabemos dónde estamos.

Bryant y Lloyd se le aproximaron y juntos observaron la delgada nube de polvo en la arena, que acabó resolviéndose en una columna de jeeps y de vehículos de remolque en dirección al sitio en que se hallaban.

Pronto estuvieron en condiciones de distinguir la bandera que ondeaba en el parabrisas del jefe de la columna: la bandera tricolor, roja, blanca y azul de la República Francesa.

—¡Franceses!—exclamó Maddocks alegremente—. Seguramente hemos debido aterrizar en el desierto del Sahara.

Al llegar la fila de vehículos y hacer alto en la arena amarilla, a unas cuantas yardas de distancia, Tom Bryant advirtió a su vez:

—Ya les conozco ¡Son gente de la Legión Extranjera!

Los ocupantes de los jeeps, cubiertos totalmente por el polvo arenoso del

desierto, vestían el quepis del ejército francés y muchos: de ellos Iban armados con fusiles automáticos.

El personaje que iba en cabeza de la formación, en el puesto de mando, era un joven oficial, tostado por el sol, tocado de un blanco quepis manchado de sudor, camisa kaki y pantalón corto del desierto y un pañuelo de seda multicolor, alrededor del cuello. Se despojó de sus gafas para el sol, y se dirigió hacia ellos, sonriendo afectuosamente, mostrando unos dientes blanquísimos bajo la delgada línea de un fino bigote. Se quitó el guante de la mano derecha y se aproximó a los hombres del Satélite, con un gesto de exquisita educación y en perfecto inglés:

—¿Tengo el honor de dirigirme al Comandante de Aviación señor Maddocks, al doctor Lloyd y al señor Bryant?

Maddocks se adelantó un paso al joven oficial y con un gesto correspondió, gentilmente, a la pregunta.

—Sí, señor, somos nosotros. Yo soy Maddocks, estos dos caballeros son mis colegas.

El oficial continuó:

—Permítanme presentarme. Soy el teniente André Duclerc, del ejército francés. Estoy al mando de la patrulla del desierto, que tenía instrucciones de vigilar por sí el Satélite tomaba tierra en esta parte del territorio.

—¿Quiere usted decir, que hay diferentes organizaciones alertadas por el mundo, teniente? —preguntó Lloyd encantado.

—Sí, señor, así es. Cuando se tuvo noticia de que el Satélite se dirigía hacia una órbita más cerrada sobre la Tierra, una información especial ha sido radiada por el mundo entero. En seguida, nos llegó una orden especial al Fuerte Perry, para que vigilase con mi patrulla, por sí el Satélite aterrizaba en el desierto. Tengo entendido, que instrucciones similares han sido difundidas con gran rapidez de medios, por todo el mundo. Puede decirse que todo el planeta está ahora vigilado por incontables patrullas y expediciones de socorro, utilizando todos los medios imaginables, en cuyos servicios toman parte tanto personas militares como civiles. A mí me ha correspondido el honor y la gloria de llegar el primero hasta ustedes a atender sus más inmediatos deseos. Cuanto pueda hacer por ustedes, no tienen más que decirlo, y siempre que esté dentro de mis posibilidades, pueden considerarlo concedido.

El doctor Lloyd sonrió con gentileza, tosió y con cierta timidez, dijo:

—Por casualidad, teniente, ¿puede usted ofrecernos un cigarrillo?

—Por supuesto, señor, no faltaba más.

—Y el teniente Duclerc, sacó inmediatamente una pitillera de plata de uno de sus bolsillos. La abrió, mostrándola repleta de cigarrillos que ofreció a la mirada ansiosa de los tripulantes del Satélite Kelland.

Todos aceptaron agradecidos y en sus rostros se advirtió el placer inmenso de dar las primeras chupadas a aquel cigarrillo, el primero que fumaban tras dos semanas de total abstención.

—Y ahora caballeros, sugiero que volvamos cuanto antes al Fuerte Perry.

—¿Qué haremos con el Satélite? —preguntó Maddocks con cierta ansiedad.

—Quedará perfectamente atendido, señor Maddocks, no tiene que preocuparse. Una guardia armada quedará junto al navío espacial hasta recibir posteriores órdenes de mis Jefes. ¿Está usted satisfecho?

—Por completo, Teniente —repuso Maddocks y añadió gentilmente: —Creo que hemos tenido una gran fortuna con encontrarnos con usted y sus hombres, al aterrizar en esta zona. Difícilmente habríamos hallado una tan excelente cooperación.

—Estoy a su completo servicio, señores—, repuso sonriente el oficial francés complacido por el elogio del Jefe británico.

Maddocks, Lloyd y Bryant, subieron a los Jeeps, yendo acompañados del Teniente Duclerc y rápidamente, a la cabeza de aquella motorizada caravana, cruzaron el árido desierto en dirección al Fuerte Perry, puesto avanzado en el Desierto del Sahara.

Desde la emisora de radio del Fuerte, Stanley Maddocks pudo tomar contacto directo con el profesor Kelland, en Westlake.

Al principio Maddocks notó un ligero temblor de emoción en la voz del anciano científico; pero pareció ignorarlo. Era completamente natural en aquellos momentos.

—¿Y está usted completamente seguro, Stanley, que todos se encuentran bien? preguntó ansiosamente Kelland—. ¿Qué ningún daño ha sobrevenido a ninguno de ustedes en este histórico viaje por el espacio?

—En absoluto, profesor —contestó el Comandante con aplomo—. Nos encontramos tan valientes como unos gallos de pelea. Ya podrá usted apreciarlo personalmente.

—Lo que voy a hacer inmediatamente —repuso Kelland—. Desde hace seis horas, hay un avión dispuesto a partir, para llevarme a mí y a mi estado mayor de técnicos en dirección a cualquier parte del mundo donde ustedes hubieran aterrizado. En cuanto termine de hablar con usted, salimos para el aeropuerto y nos dirigiremos a Argel. Deseo que el Satélite permanezca quieto donde está, sin que nadie lo toque, hasta nuestra llegada. Queremos examinarlo tal y como ha llegado a la Tierra, procedente del espacio cósmico.

—Así se está haciendo, profesor —repuso Maddocks—. Esté tranquilo sobre el particular. El teniente francés con quien hemos tenido la fortuna de encontrarnos y sus hombres, nos están rodeando de toda clase de atenciones y cooperando maravillosamente con nosotros.

—Entonces, hasta muy pronto en que le veré bajo los cielos de Africa.

La voz del profesor sonaba feliz y alegre como la de un chico con zapatos nuevos y Maddocks pensó que realmente había razón para que se sintiera así. Kelland se había convertido en el científico del momento. Sobre él, había recaído el honor de perfeccionar el primer Satélite Tripulado, el primero con éxito definitivo. Su nombre jamás sería olvidado y como también supuso

Stanley, tampoco lo serían los nombres de Maddocks, Lloyd y Bryant.

El profesor y su equipo de científicos y técnicos, llegaron inmediatamente a Argel, desde donde volaron hacia el Fuerte Perry. Unos jeeps les llevaron hasta el sitio donde yacía el Satélite, en la posición de aterrizaje, y realizaron toda una serle de investigaciones agotadoras sobre todo los pormenores del asunto. Transcurrieron siete días hasta que el profesor quedó completamente satisfecho de sus trabajos. El Satélite fue transportado intacto a Inglaterra y sus ahora, mundialmente famosos tripulantes, volvieron por vía aérea con el hombre que había hecho posible aquel viaje espacial.

Por sus informes y los diarios de navegación, llevados tan metódicamente, se aprendieron muchas cosas del misterioso espacio cósmico. Todas las experiencias fueron sometidas a la más rigurosa crítica científica, para prevenir todos los fallos y errores imprevistos, y en el futuro, los hombres que saltaran de nuevo al espacio, ya tendrían una mejor idea de lo que tendrían que encontrarse en tales condiciones, estando capacitados para luchar con ellas.

En la cena dada en honor del famoso científico y su intrépida tripulación, como los periódicos la llamaban, el Comandante de la R. A. F., Stanley Maddocks apareció espléndido con su nuevo uniforme y fue invitado a dirigir la palabra a la selecta concurrencia.

Stanley Maddocks se puso en pie y una vez se acallaron los calurosos aplausos con que fue saludado, tomó la palabra.

—Gracias, señoras y caballeros, por esta gran recepción, aunque no pueda comprender en toda mi vida, por qué nos han colmado de tantos honores a mis compañeros y a mí. El éxito del vuelo orbital de nuestro Satélite, es sin duda un gran triunfo científico y puede abrir el camino para muchos otros viajes hacia el espacio cósmico, del tan poco conocemos. Pero creo que el honor y la gloria, se deben solamente a un solo hombre, el brillante científico que lo ha hecho posible. Hablo, sin duda, del diseñador del Satélite Tripulado, del profesor Kelland. Sin él, no habríamos conocido el triunfal viaje al espacio, ni el posible retorno a la Tierra.

Un estruendo de aplausos cortó las últimas palabras de Maddocks, que permaneció un buen rato sin poder continuar hablando. Miró a Kelland, que se encontraba Junto a él y ambos hombres se sonrieron calurosamente, el uno al otro.

Se oyeron gritos de:

—¡Qué hable el profesor Kelland!—, desde todos los rincones del espacioso local. Más bien a regañadientes, el anciano científico se puso en pie, nervioso sin saber dónde ponerse las manos, se estiró el cuello, se retocó la corbata, tosió y finalmente se dirigió al auditorio:

—Gracias a usted, Stanley y a todos ustedes, amigos míos. El éxito del viaje del Satélite, es, como acaba de decir el Comandante Maddocks, un gran paso en el mundo de la Ciencia. Pero la parte que han tomado en la aventura los señores aquí presentes, miembros de la tripulación, ha sido fundamental.

Han sido tres hombres, por completo aislados del contacto con la Tierra, dispuestos en todo momento a vencer los constantes imprevistos riesgos y azares del espacio cósmico. Han podido traer hacia nosotros, muchos, muchos datos de la mayor importancia para los futuros viajes del espacio y el hecho de que también el Satélite haya llegado intacto hasta nosotros, es a mi Juicio, el mayor logro.

Estamos, con todo, moviéndonos en las fronteras del espacio cósmico, amigos míos, y las dificultades que hay que vencer allá, son muchísimas. Pero mientras existan hombres como Stanley Maddocks, Stephen Lloyd y Thomas Bryant, que lo han arriesgado todo, sí, todo, hasta la vida, en ese viaje espacial, conoceremos muchos días de triunfo.

Con el conocimiento que esto nos ha aportado, no tengo duda de que viviremos para ver los primeros navíos espaciales tripulados hacia la Luna, y nuestros descendientes, en los siglos venideros, con los conocimientos que tengan en sus manos a su vez, se lanzarán valientemente hacia las estrellas, lejos del sistema solar que conocemos únicamente, hasta que sea una realidad y una verdad evidente, el poder decir, que el espacio ha sido conquistado.

FIN